

M. Fernández de Navarrete



**MARINOS
Y
DESCUBRIDORES**



COLECCIÓN CÍSNEROS

929
FER

1.600

MARINOS Y DESCUBRIDORES



COLECCIÓN CISHNEROS

DIRIGIDA

por

D. CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE

Catedrático de la Universidad Central

Y PUBLICADA

por

EDICIONES "ATLAS"



MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE

MARINOS
— Y —
DESCUBRIDORES



MADRID

1 9 4 4

R. 7200



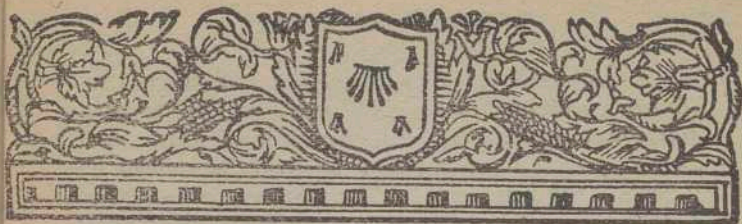
INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

ES PROPIEDAD

Copyright by Ediciones

"Atlas". Madrid, 1944

R. 2077



BIOGRAFIA DEL AUTOR



ACIO don Martín Fernán-
dez de Navarrete en la villa
de Abalos, provincia de Lo-
groño, diócesis de Calaho-
rra, en la noche del 8 al 9
de noviembre de 1765. Fue-
ron sus padres don Francis-
co Antonio Fernández de
Navarrete y doña María Ca-
lalina Giménez de Tejada,

y ambos correspondían a las familias de más
ilustre y distinguido linaje de Rioja y Navarra.
Aún no había cumplido los tres años de edad
cuando lo recibieron en la Orden de San Juan
de Jerusalén en 9 de agosto de 1768, a lo que con-
tribuyeron varios parientes maternos, que pertene-
cían a ella, en especial don Francisco Antonio Gi-
ménez de Tejada, residente en Malta y tío carnal
de su madre, que llegó a ser gran maestre de dicha
orden. En Abalos comenzó y concluyó el estudio
de las primeras letras al lado de su padre, hom-
bre estudioso y a la sazón de los más capaces e
instruidos del país, quien le explicaba con la mayor
solicitud y esmero la religión, geografía y los pri-

meros rudimentos gramaticales. Pasó después a Calahorra en diciembre de 1774, con el objeto de estudiar gramática latina, y allí permaneció hasta abril de 1777, en que se trasladó al Real Seminario de Vergara (fundado en el año anterior por la Sociedad Vascongada) del que era entonces director el ilustrado eclesiástico don Antonio de San Martín, ayo que fué de su hermano mayor don Antonio en Burdeos y Bayona. En este establecimiento literario, que tantos hombres célebres ha legado a nuestra patria, empezó a dar muestras de su distinguido talento y constante aplicación en el estudio de las humanidades, matemáticas y física experimental, siendo condiscípulo de don Luis de Salazar, ministro que fué de Marina, con quien contrajo desde entonces una amistad íntima y tierna, que ha durado lo que su existencia. Merecióle particular predilección la literatura, y ya en el Seminario empezó a distinguirse en ella haciendo algunas composiciones poéticas, que le valieron un premio extraordinario en las juntas celebradas por la Sociedad Vascongada en julio de 1779, y que su nombre se mencionase en la Gaceta de Madrid. Conociendo el señor conde de Peñaflorida, director de dicha Sociedad y fundador del Seminario su decidida afición a las bellas letras, le puso en correspondencia epistolar con don Tomás de Iriarte, a quien mereció finas atenciones.

Concluido que hubo el estudio del álgebra, geometría, trigonometría y los principios del cálculo diferencial e integral, pidieron sus padres en 1780 al ministro de Marina, marqués González de Castejón carta-orden para que se le admitiese de guardia marina en la compañía del departamento de El Ferrol, y obtenida en 13 de agosto del mismo año de 1780 acudió a su destino; el 6 de noviembre fué colocado en la compañía de guardias marinas, de que era teniente el capitán de navío don Francisco de Paula Jovellanos, que, conociendo su bello carácter y singular talento, le relacionó con su herma-

no don Gaspar; de este modo la suerte le iba haciendo contraer relaciones y aun amistad con los personajes más distinguidos y notables de este tiempo, cuyas huellas debía seguir con tanto lucimiento y honor suyo, como gloria de su patria.

Viendo don Francisco Jovellanos y el director de la Academia (que lo era a la sazón don Cipriano Vimercati) su sólida instrucción en las ciencias exactas, desearon que hiciese unos brillantes y lucidos exámenes, como se verificó, manifestando en la rectitud y seguridad de sus respuestas conocimientos extraordinarios a su edad. Dedicóse en seguida al estudio de la navegación y de la maniobra, concluido el cual en marzo de 1781, se embarcó el 1 de abril en el navío «San Pablo», que mandaba el capitán don Luis Muñoz de Guzmán «pasando así de la vida científica a la vida práctica, y de la tranquilidad y reposo de los estudios a la agitación y peligros de marino». Trasladándose en junio a Cádiz este navío, se incorporó a la escuadra que estaba bajo las órdenes del teniente general don Luis de Córdoba, e hizo la campaña de aquel verano sobre las costas de Inglaterra con la escuadra combinada francesa y española, regresando a Cádiz a los sesenta y cinco días de mar, no sin haber corrido algunos riesgos y sufrido graves penalidades. Con el objeto de proteger un convoy que se dirigía a América y defender nuestras costas de las agresiones de los ingleses salió el 2 de enero de 1782 con don José Mazarredo, mayor general de la escuadra, quien al ver su aplicación y buena índole le cobró tal afición, que él mismo cuidaba con paternal solícitud de su instrucción náutica, sobre todo en la parte concerniente a las observaciones astronómicas. Vuelto de esta expedición en 10 de enero, no estuvo mucho tiempo entregado al descanso; el 3 de junio verificó otra salida en el navío S. Fernando con la escuadra combinada, que después de hacer una larga travesía tuvo la suerte de apresar un convoy inglés que se dirigía a Quebec y Terranova. Nuestra

escuadra dió la vuelta a Cádiz, habiendo pretendido en vano dar caza a la inglesa, que logró escapar a causa de la mayor velocidad de sus navíos forrados en cobre. Poco permaneció nuestro joven marino en esta ciudad; el 9 salió otra vez con dirección a Algeciras en compañía del guardia marina don José Vargas y Ponce, unido a él desde entonces con indisoluble amistad a sostener el desgraciado ataque de las baterías flotantes contra Gibraltar; aquí prestó relevantes servicios, auxiliando con intrepidez a infinitos desgraciados, que hubieran perecido si con la lancha de su buque no hubiera acudido presuroso a libertarles de tan inminente peligro. Al anocheecer del 20 de octubre concurrió al reñido combate que se trabó en el cabo Espartel entre la escuadra combinada y la inglesa y que duró por espacio de algunas horas, hasta que los ingleses huyeron, sin que fuese posible perseguirlos con buen éxito por la oscuridad de la noche. Regresó a Cádiz nuestra escuadra, y a fines de este año, en premio de sus buenos servicios, fué promovido a alférez de fragata. Hízose en París la paz con Inglaterra en 20 de enero de 1783; y como con el nuevo género de vida se hubiese debilitado algún tanto su salud, obtuvo licencia para ir a restablecerla con los aires sanos de su país natal y de las provincias vascongadas, en que permaneció hasta que a fines de noviembre vino a Madrid, donde tuvo la más lisonjera acogida entre los principales literatos de aquel tiempo, y trató con intimidad a don Gaspar Melchor de Jovellanos, a don Tomás de Iriarte y a don Leandro Fernández Moratín.

Destinado al departamento de Cartagena pasó a esta ciudad en enero de 1784, y embarcado en la fragata Santa Casilda, mandada por don Antonio Escaño, se halló en varias campañas de corso; en 3 de noviembre se dirigió a las Islas Baleares, en cuyo punto estuvo hasta mayo de 1785, que volvió a Cartagena. Poco después hizo otra salida con la escuadra que a las órdenes de don José Mazarredo

llevaba el doble objeto de experimentar las mejoras o adelantamientos en la construcción de buques y hacer la paz con la regencia de Argel; comisiones que desempeñó el señor Mazarredo con tino extraordinario.

En esta época dirigió Navarrete bajo el pseudónimo de don Pancracio Lesmes de S. Quintín una carta crítica a don Vicente García de la Huerta, con motivo del romance adulador y exagerado que escribió en elogio del general don Antonio Barceló por la última expedición española contra Argel en 1784, a la que contestó Huerta con unas notas apostillas, en las que no adivinando su verdadero autor hacía insolentes alusiones al abate Ceruti, a Vargas y, sobre todo, a Iriarte.

Como en este año muriese el ilustre conde de Peñaflores, fundador y director de la Real Sociedad Vascongada, compuso el Elogio póstumo de este benemérito patricio, a quien no sólo amaba por relaciones de familia que a él le unían, sino que apreciaba además por su laboriosidad y celo en promover y generalizar los conocimientos útiles. También por este tiempo escribió dos cartas al periódico el Censor, que se publicaba en Madrid bajo la protección del esclarecido conde de Floridablanca, una sobre algunas reformas en ciertas órdenes militares, y la otra sobre el teatro. Destinado en febrero de 1786 en clase de ayudante a la compañía de guardia marinas de Cartagena, y ávido de enriquecer su entendimiento, se dedicó allí al estudio de las matemáticas sublimes con aplicación a la astronomía, navegación, maniobra y arquitectura naval, bajo la dirección de don Gabriel Císcar, completando de este modo su educación científica. En 28 de abril de 1787 fué nombrado alférez de navío; en febrero de 1789 se presentó en compañía de otros siete oficiales a públicos exámenes en que disertó con general aplauso sobre la astronomía física. Durante su permanencia en Cartagena salió a luz el Semanario literario, para el cual escribió algunos artículos en

prosa y varias poesías; amena ocupación de los cortos momentos de ocio que le dejaban los serios y áridos, aunque sublimes, estudios de su carrera.

Era nuestro marino, por su talento y constante aplicación, el ídolo de sus jefes y superiores y el asombro de sus compañeros e iguales; pero agobiado de tamañas tareas se quebrantó su salud en términos que llegó a temerse por sus preciosos días. Con el fin de recuperarla hizo algunos viajes a Formentera y Alicante, mas como no bastasen a su completo alivio, se le concedió Real licencia en mayo de 1789 para pasar a Abalos al seno de su familia, adonde llegó a fines de dicho mes. En su casa nativa, con el cuidado de sus padres, el género de vida tranquilo y los aires saludables del pueblo que le dió el ser, consiguió su total restablecimiento, que fué celebrado con la agradable noticia de su ascenso a teniente de fragata y el recibo de una real orden para que pasase a reconocer los archivos del reino y recoger cuantas noticias y manuscritos encontrase pertenecientes a marina, comisión en que quiso utilizar su laboriosidad y conocimientos el entendido ministro de Marina don Antonio Valdés, que tenía el proyecto de establecer en la isla de León una biblioteca o museo marítimo. Para llevar a cabo tan importante y delicado encargo, después de visitar a sus parientes y hermanos, y de despedirse con ternura de sus queridos padres, que exhalaron su último aliento sin tener la grata satisfacción de volver a ver a su hijo celebrado por toda la Europa y reputado como uno de sus miembros más ilustres y sabios, abandonó la villa de Abalos en 28 de abril de 1790. Como la corte a su llegada a Madrid se encontrase en Aranjuez, pasó a este Real sitio, con el fin de tratar con el ministro de Marina acerca del orden y método que debería seguir en el reconocimiento de los archivos. Mandósele por Real orden que comenzase sus trabajos e investigaciones por la Biblioteca de Madrid y por los archivos de algunos monasterios y particulares, en que se conservaban

documentos importantes y preciosos relativos a marina. Después de haber reconocido la Biblioteca de Madrid y la de San Isidro y los archivos de los excelentísimos señores marqueses de Santa Cruz y de Villafranca, de los duques de Medina Sidonia, del Infantado y de Alba, se trasladó al Escorial a registrar su célebre biblioteca, cuya existencia actual se debe en gran parte al celo y eficacia con que atendió a su custodia como director de la Academia de la Historia. Cerca de tres años invirtió en tan prolijos reconocimientos; en uno de ellos (1791) fué admitido en clase de socio de número por la Sociedad económica de Madrid, distinción que debió, indudablemente, al marqués de Castriello, después duque del Parque; y en su recepción leyó un Discurso sobre los progresos que puede adquirir la economía política con la aplicación de las ciencias exactas y naturales, y con las observaciones de las sociedades patrióticas, que se publicó en aquel año a expensas de la misma Sociedad. No fué ésta la única noble recompensa que recibió su aplicación a la corta edad de veintiséis años; también fué admitido en su seno por la Real Academia de la Lengua Española, a propuesta del marqués de Santa Cruz, que le honraba con su amistad, de don Manuel de Lardizábal y de don Tomás Antonio Sánchez, que habían tenido ya más de una ocasión de admirar su talento. Dió gracias a este Cuerpo en un Discurso sobre la formación y progresos del idioma castellano, y sobre la necesidad que tienen la oratoria y la poesía del conocimiento de las voces técnicas o facultativas, que leyó en 29 de marzo de 1792, y fué escuchado con unánimes muestras de aprobación. En abril del mismo año le abrió sus puertas la Academia de Nobles Artes de San Fernando, a petición de don Bernardo Iriarte, que sin saberlo el interesado le propuso para académico de honor. Parece que todas las Corporaciones científicas y literarias se disputaban a porfía la gloria de ser las primeras a recibir en su seno al joven marino, que tanto contribuiría después a en-

grandecerlas, y que había de ser algún día su más firme columna en medio de las olas embravecidas de las revoluciones y de los furiosos embates de mezquinos y turbulentos partidos.

Después del detenido y minucioso examen de las bibliotecas y archivos mencionados, en que encontró documentos y papeles de suma importancia para la historia de los descubrimientos hechos por los españoles en los siglos XV y XVI, como los dos diarios de los viajes primero y tercero de Colón, y otros papeles que sería muy prolijo enumerar, partió a Sevilla a registrar el Archivo general de Indias, rico y respetable depósito de nuestras glorias marítimas. Conoció en esta ciudad y trató amistosamente a don Francisco Bruna, decano de la Audiencia; a su fiscal don Juan Pablo Forner, a don Manuel Arjona y a don Joaquín Sotelo, ilustrados fundadores de la Academia sevillana, que elevaron a un alto grado de esplendor y que produjo después a los conocidos literatos Lista y Reinoso. Mientras se hallaba entregado a estas pacíficas y útiles tareas, nuestro Gobierno, por causas que a nadie se ocultan, declaró en 1793 la guerra a la república francesa, y creyendo que la patria necesitaba los brazos de todos sus fieles defensores dirigió al rey una representación, pidiendo ser empleado en defensa de la causa nacional. No se accedió por entonces a su demanda, y el ministro Valdés le pasó un atento oficio dándole las gracias en nombre de S. M. por su lealtad y celo, y mandándole continuase desempeñando sus importantes trabajos; pero al fin en 4 de junio recibió una real orden para que se trasladase a la isla de León, aunque sin suspender las tareas que bajo su dirección debían continuar sus subalternos. En 13 de junio pasó de Sevilla a la isla y fué embarcado en la fragata Santa Sabina, transbordado luego al navío Concepción, que mandaba el brigadier don Francisco Santisteban, se le nombró ayudante de la mayoría general de la escuadra, que a las órdenes del teniente general don Juan de Lán-

gara estaba para salir a campaña. En ella iba también don Juan Bautista Arriaza, con quien por la conformidad de gustos y de estudios entabló íntimas relaciones e hizo una colección de los versos de su amigo que, improvisados por la mayor parte, miraba éste con poco aprecio; así es que cuando en París quiso hacer su primera edición tuvo que acudir a él para que se los facilitase. Hizo derrota la escuadra para las costas del Rosellón, y después de los infructuosos ataques de Collioure y Port Vendres se dirigió a Tolón, en cuyo puerto entraron las escuadras combinadas de España e Inglaterra. Grandes muestras de generosidad dió la española, captándose las simpatías y benevolencia del desgraciado vecindario por su humanidad y buen comportamiento, al paso que la inglesa se enajenó las voluntades de todos por su dureza y sentimientos poco filantrópicos. Inmediatamente envió el general Lángara dos oficiales a la corte con tan fausta noticia; pero habiéndose complicado los sucesos y necesitando enviar persona de la mayor confianza a conferenciar con el Gobierno, echó mano de don Martín, de quien ya hacía grande aprecio. Salió en posta en 2 de setiembre de 1793, y el 11 llegó al Real Sitio de San Ildefonso, donde a la sazón se encontraba la corte, y después de haber tenido la honra de hablar largamente con el ministro Valdés y con el duque de Alcudia, don Manuel Godoy, regresó a Tolón con el ascenso a capitán de fragata. A su llegada se le nombró ayudante primero de la escuadra y secretario de la Comandancia general de la misma; ambos cargos en extremo importantes y delicados, que le proporcionaban un ímprobo trabajo, los desempeñó nuestro marino con sin igual expedición y con aplauso unánime de toda la escuadra, que abandonando Tolón llegó a Cartagena el 31 de diciembre, no sin graves riesgos, a causa de crudos y horribles temporales. En 2 de abril del año siguiente de 1794 formó parte de la expedición que fué a Liorna a traer a España al serenísimo señor príncipe de Par-

ma, en cuya ocasión visitó las ciudades de Pisa y Florencia y escribió una minuciosa relación sobre las cosas notables que vió y observó e neste viaje, por demás curiosa y digna de que hubiese visto la luz pública. Entró en Cartagena de vuelta de esta agradable expedición en 11 de mayo, y a mediados de julio salió con la escuadra, que se dirigió a Rosas, con el fin de hostilizar a la francesa, que fué bloqueada por la nuestra con el auxilio de una división inglesa de nueve navíos; y por los méritos que contrajo en esta ocasión se mandó ascenderle en la primera promoción a capitán de navío. Partió de Rosas a Cádiz, de aquí pasó a Sevilla, y mientras, después de examinar los trabajos, que habían ejecutado sus subordinados en su ausencia, reconoció las bibliotecas del convento de San Acacio y de casa del conde del Aguila, recibió una orden, que obedeció al momento en que don Juan de Lángara le mandaba pasar a Cádiz, y allí se embarcó en el navío Reina Luisa. Volvió a salir nuestra escuadra con dirección a Rosas; llegó a principios de enero de 1795, y no estuvo mucho tiempo inactiva, pues al instante salió a recorrer la costa de Cataluña, evitando de este modo que los franceses socorriesen su ejército del Principado. En julio de este año fué nombrado el señor Lángara capitán general del departamento de Cádiz y se llevó consigo a nuestro marino, donde permaneció hasta que, hecha la paz de Basilea con la república francesa, y declarada la guerra a la Inglaterra, salió otra vez a la mar acompañando como secretario particular a su favorecedor don Juan de Lángara. Durante la campaña recibió éste su nombramiento de ministro de Marina, y no queriendo desprenderse de los auxilios que le podía suministrar en su elevado destino la facilidad y tacto para los negocios que había manifestado su secretario en el desempeño de los cargos que había obtenido de su escuadra, y atendiendo además al quebranto de su salud, le trajo en su compañía a la corte con plaza

de oficial tercero en la secretaría del despacho de Marina.

Aquí concluyó la vida bulliciosa y aventurera de marino, empezando la tranquila y sosegada de secretaría, más acomodada a su carácter investigador y pacífico; y si importantes fueron sus servicios en la primera, no lo han sido menos en la segunda. Luego que tomó posesión de su nuevo destino fué encargado de formar un reglamento para la manutención a bordo de los comandantes y oficiales embarcados, que después de haber merecido la aprobación general, se publicó en 11 de febrero de 1797.

En mayo de este mismo año pasó a Murcia a contraer matrimonio con doña Manuela de Paz y Galtero, de una de las familias de clase más elevada de la ciudad, señora apreciable por sus talentos e inestimables cualidades, que hicieron el encanto de la vida de su esposo, y fueron reconocidas de cuantos la trataron. Vuelto a la corte, continuó trabajando en el Ministerio de Marina para introducir en él mejoras de importancia, y se empeñó en el establecimiento del Depósito hidrográfico, proyecto que tuvo entonces un feliz éxito; formó entonces su reglamento, y posteriormente ha conseguido, siendo su director por espacio de largos años, elevarlo por sus notables y exactos trabajos a la altura de los más célebres de Europa. En junio de 1799, por los méritos contraídos en la evacuación y defensa de la plaza de Rosas, que le valieron, como ya se ha dicho, una eficaz recomendación para el inmediato ascenso, se le nombró capitán de navío.

Todas las academias le habían recibido presurosas en su seno, excepto la de la Historia, que no queriendo por más tiempo verse privada de su vasta instrucción le admitió en octubre de 1800 en clase de supernumerario. Leyó a su ingreso un Discurso histórico sobre los progresos que ha tenido en España el arte de navegar, impreso después el año 1802. En este año, habiendo publicado el Depósito hidrográfico la Relación del viaje de las goletas Sutil y Me-

jicana al reconocimiento del Estrecho de Fuca, escribió para que sirviese de introducción la Noticia histórica de las expediciones hechas por los españoles en busca del paso del noroeste de la América; en donde, con abundancia de datos históricos, se vindican las glorias de nuestra nación, que inútilmente han tratado de empañar injustos y envidiosos extranjeros.

En el año 1803 fué ascendido a oficial mayor de su Secretaría, y permaneció en este destino hasta que, creado a principios de 1807 el supremo tribunal del Almirantazgo, se le nombró ministro contador fiscal de este Cuerpo, en que desempeñó con notable acierto cuantas importantes consultas se encomendaron a su recto juicio. Así se ocupaba en utilidad general cuando sobrevinieron los graves trastornos políticos del año de 1808; el ejército francés invadió la península, y por medio del dolo y de la intriga se apoderó de sus plazas principales; Fernando VII fué conducido prisionero a Francia, y vino a ceñirse su corona el hermano del emperador, José Bonaparte. Su ministro de Marina ofició en los términos más honoríficos al señor Navarrete para que fuese a prestar juramento de fidelidad como ministro contador fiscal del Almirantazgo. Noble y leal fué su contestación, que concluía con las siguientes palabras, dignas de transcribirse: «Repugna a mi conciencia y al derecho natural contribuir a la muerte de mis padres, hermanos y parientes, y, en fin, al de toda mi nación, ligándome a una causa que ésta resiste con las armas en la mano. En tales circunstancias todo lo que se puede exigir de mí, es que sea un ciudadano pacífico, y bajo estas consideraciones renuncio a todos los empleos que puedan forzarme a ir contra estos principios de honor, de patriotismo y de sana moral.» No obstante esta respuesta enérgica, el gobierno intruso, que conocía sus excelentes prendas, quiso atraérsele nombrándole consejero de Estado e intendente de Ma-

rina, empleos que su delicadeza y pundonor no le permitieron admitir.

A pesar de la vida oscura y retirada que se propuso hacer en aquella época, el señor don José de Mazarredo, que apreciaba en mucho sus luces y conocimientos, le pidió informes sobre varios negocios, que evacuó, pagando este tributo a la amistad y gratitud. Entonces escribió las Reflexiones sobre los montes de Segura de la Sierra y sobre las ventajas que resultarán al Estado de convertirlos en propiedades de particulares; entonces la Idea general del Discurso y de las Memorias publicadas por la Dirección hidrográfica sobre los fundamentos que ha tenido para la construcción de las cartas de marear, ha dado a luz desde 1797, y reunió materiales para la vida de Cervantes, ocupándose de esta suerte hasta que a fines del año de 1812 pudo huir de Madrid, no sin haber sufrido antes graves incomodidades producidas por viles y calumniosas delaciones, a pesar de su vida pacífica y retirada. Llegó a Sevilla, y a principios de enero del año siguiente se trasladó a Cádiz, donde la regencia del reino le confió diferentes comisiones, entre ellas la de extender una noticia de todos los españoles que habían escrito de marina desde 1750. Pasó al año siguiente a Murcia; volvió a Madrid después del regreso de Fernando VII en medio de aclamaciones, y la Academia española le encargó que para felicitar al rey con tan plausible motivo arreglase la oración que escribió para celebrar su advenimiento al trono el año 1808. En este año (1813) solicitó y obtuvo su jubilación de consejero, cuando los disturbios y disensiones intestinas le hacían mirar como el colmo de la felicidad verse alejado de la vida pública. En su retiro se dedicó con intensión al estudio y al trabajo; por este tiempo reformó de orden de la Academia la ortografía de la lengua castellana, introduciendo en ella las variaciones que tenía acordadas la misma. Para pasar a la clase de numerario en la Academia de la Historia, compuso y leyó en las juntas del año 1815

la Disertación histórica sobre la parte que tuvieron los españoles en las guerras de Ultramar o de las Cruzadas, y cómo influyeron estas expediciones desde el siglo XI hasta el XV en la extensión del comercio marítimo y en los progresos del arte de navegar. Este trabajo original y lleno de erudición, que prueba lo que se interesaba el autor por las glorias de su patria, lo cita repetidas veces con grande elogio Mr. Michaud en su Historia de las cruzadas. En mayo de este año, a propuesta de la Academia de San Fernando, le nombró S. M. secretario de ella, cargo que admitió, aunque con alguna repugnancia.

Hemos dicho que durante su permanencia en Madrid en la época azarosa de los franceses, se entretuvo en reunir materiales y documentos para escribir la vida del inmortal Cervantes, de quien era entusiasta admirador, y tratando por entonces la Academia española de hacer una edición correcta del Quijote, le encargó escribiese la vida de su autor, conociendo que las que hasta allí se habían publicado, aunque apreciables bajo más de un concepto, tenían muchos vacíos que llenar. Esta obra, que vió la luz pública el año 1819, es un monumento digno de la memoria del primer y más célebre novelista español; su lenguaje es correcto, castizo y elegante; preciosos e inestimables los documentos, pruebas e ilustraciones, tan llenas de erudición que puede decirse es el trabajo más concienzudo y perfecto que en este género posee la nación española.

El crédito de su autor hacía que se buscasen a porfía los consejos de su ilustración y experiencia, y aunque apetecía vivir retirado, como los grandes talentos no pueden oscurecerse ni ocultarse, jamás vió en este punto satisfechos sus deseos. El mismo Gobierno continuamente le pedía informes y le empleaba en comisiones, siendo sólo en el año de 1820 nombrado individuo de la de Marina, de la de Instrucción pública y de la Academia nacional, que decretaron las Cortes, cuyo proyecto, que le des-

agradó en extremo, tuvo la satisfacción de que no se llevase a cabo. El año 21 pensaron las Cortes en hacer una reforma, bien necesaria por cierto, de la división territorial de España, y como Rioja clamase con justicia porque se le hiciese provincia independiente de las de Burgos y Soria, con las que no tenía analogía de ninguna clase, ni en producciones, ni en costumbres, ni en clima, los comisionados de Soria, viendo que iban a perder los fértiles partidos de Calahorra y Logroño, hicieron una representación para que no se verificase ninguna variación en lo que concernía a su provincia. Para combatirla escribió un folleto con el título de Juicio crítico de la exposición dirigida al Congreso nacional por unos apoderados de Soria para que no se altere el estado presente de su provincia y capital. Carta de un riojano a un diputado a Cortes en la cual se ilustran con este motivo varios puntos históricos y geográficos de la Rioja; y se imprimió en Madrid, firmada por don Justo Patricio de España, pseudónimo con que se encubrió su verdadero autor.

La abolición del sistema constitucional en 1828 dejó huérfano al Depósito hidrográfico, habiendo tenido que emigrar don Felipe Bausá, su dignísimo director, diputado que había sido a Cortes, y queriendo el ministro de Marina don Luis de Salazar dar un jefe a este útil establecimiento que supliese en parte la pérdida del que le robaban los trastornos políticos, no halló otro más idóneo que el señor Navarrete, que, como fundador de él, estaba tan interesado en sus glorias. Repugnó a su delicadeza admitir este cargo en vida de su poseedor, el señor Bausá, y sólo lo aceptó como interino, con intención de conservar la propiedad a este último, esperando que, calmadas las pasiones políticas, el Gobierno no podría menos de llamar a un sabio que era tan útil a la Marina española. El mismo se lo pidió así, haciéndole presente las inapreciables ventajas que la España podía sacar de sus conocimientos hidrográficos; y muerto Bausá en Londres

antes que consiguiese su regreso, rindió un homenaje a sus talentos en la paternal protección que dispensó a su viuda. Como director del Depósito sostuvo con el barón de Zach una correspondencia científica y literaria, que insertaba este sabio en el periódico astronómico, geográfico, estadístico y literario que publicaba en Génova en lengua francesa. En el año 1824 renunció la Secretaría de la Academia de San Fernando, y lejos de acceder el rey a su pretensión le nombró su consiliario, previniéndole conservase su antiguo cargo; al año siguiente se le hizo vocal de la Junta de dirección de la Real armada, y la Academia de la Historia, después de haberle nombrado tesorero y censor, le eligió para su director trienal, cargo que ejerció por sucesivas reelecciones hasta su muerte.

Por estos años se ocupaba en la obra que puso el sello a su reputación, y que extendida por todo el mundo civilizado abrió a su autor las puertas de los cuerpos literarios más respetables en ambos hemisferios. La Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la Historia de la Marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias, que el rey de España acogió bajo sus reales auspicios, y mandó se imprimiese de cuenta del Gobierno, ha sido celebrada con admiración y entusiasmo por los sabios más conocidos del siglo. Por no alargarnos en sus elogios nos contentaremos con referir lo que Mr. Alejandro Humboldt dice en el prólogo de su recomendable Historia de la geografía del nuevo continente: «Antes de mi partida para la costa de *Panamá*, primer punto continental del Nuevo Mundo visto por Colón, había tenido la ventaja de disfrutar en Madrid de los consejos del sabio historiógrafo don Juan Bautista Muñoz, y de admirar los preciosos materiales que había recogido por orden de Carlos IV de los archivos de Simancas, Sevilla y Torre do Tombo. Estos documentos debían in-

»sertarse al fin de la historia del Nuevo Mundo, de
»que desgraciadamente no se ha publicado sino el
»primer volumen, que no da más que una idea im-
»perfecta del extenso plan de esta empresa históri-
»ca. En el año 1825 ha sido indemnizado amplia-
»mente el mundo sabio de esta pérdida con la pu-
»blicación de la Colección de viajes y descubrimien-
»tos que hicieron por mar los españoles desde fines
»del siglo XV. Esta obra de don Martín Fernández
»de Navarrete, emprendida sobre una vasta escena
»y redactada en todas sus partes con un espíritu de
»crítica ilustrada, es uno de los monumentos histó-
»ricos más importantes de los tiempos modernos.
»Sólo la Colección diplomática ofrece más de 400
»documentos correspondientes al período notable de
»1487 a 1515, de los cuales sólo algunos eran cono-
»cidos por el Códice columbo-americano, publicado
»en 1823 a expensas de los decuriones de Génova.
»Comparados entre sí y con las primeras relaciones
»de los conquistadores, y estudiados por personas
»que posean un conocimiento local de la geografía
»del Nuevo Mundo, y que estén instruídas en el es-
»píritu del siglo de Cristóbal Colón y de León X,
»estos materiales históricos podrán progresivamente
»conducir a resultados preciosos sobre la serie de
»los descubrimientos y sobre el antiguo estado de la
»América. La Francia posee una traducción de la
»mayor parte de la obra de Navarrete por Mr. Ver-
»neuil y Mr. de la Roquette; de esta obra que ha
»dado lugar a la Vida que de Cristóbal Colón com-
»puso un escritor, que ha ilustrado su patria con pro-
»ducciones, en las cuales brillan a la vez la inspi-
»ración poética y el talento para trazar el cuadro de
»una tierra inculta fecundada por una civiliza-
»ción naciente.» Mr. Washington Irving, que es el
»autor de la vida de Colón citado por Humboldt, rin-
»de homenaje de respeto a la profunda ilustración
»del señor Navarrete, e igual justicia le hace Mr. Pres-
»cott, que sacó de su obra curiosas noticias y docu-
»mentos preciosos para escribir su Historia de los Re-

yes Católicos. De este trabajo, que tanto excitó la atención y que fué con tanta razón celebrado, no sólo por el esmero con que están recolectados los documentos, sino por la exquisita erudición que rebosan la introducción e ilustraciones, salieron a luz los dos tomos primeros en 1825, el tercero en 1829, el cuarto y quinto en 1837, y aún quedaron inéditos materiales para otros dos.

En los años de 1828 a 1834 publicó en el estado general de la Armada varios opúsculos, entre ellos la relación de un notable naufragio ocurrido en el año 1528, las biografías del marqués de la Ensenada, del general de Marina don Blas de Lezo y del marqués de Santa Cruz, y algunos otros... Como secretario de la Academia de San Fernando extendió el resumen de las actas de sus sesiones desde 1808 hasta la Junta pública, que presidió el señor rey Don Fernando VII el 27 de marzo de 1832. Comprendiendo este trabajo el largo período de veinticuatro años, en cuyo intervalo no se habían celebrado Juntas de distribución de premios, tuvo que dar en él noticias necrológicas de gran número de académicos y profesores que murieron durante este tiempo: del marqués de Ureña, jovellanos, Ceán, Ortiz y Sanz, Bosarte y Munariz; de los jesuitas Márquez y Requeno; de los pintores Maella, Ferro y Goya; de los escultores Vergaz, Michel, Adán, Hermoso, Ginés, Alvarez, Barba y Folch; de los arquitectos Villanueva, Aguado, Rodríguez y Pérez; de los grabadores en dulce Selma, Carmona y Enguídanos; del grabador en hueco o medallas Sepúlveda, y de otros profesores, lo cual hace a este resumen de actas el más curioso e interesante de cuantos publicó la Academia.

Muerto el rey en el año de 1833, y otorgado al siguiente el Estatuto Real, se le nombró consejero de Estado, decano de la sección de Marina en el Consejo Real de España e Indias, y después prócer del reino. No satisfecho todavía un partido con las

reformas introducidas en el Gobierno, después de serios disturbios logró en el año de 1836 restablecer la Constitución del 12; al siguiente se publicó la del 37, y el señor Navarrete fué propuesto por su provincia en todas las legislaturas para senador, en recompensa, sin duda, de lo mucho que se había esmerado en su prosperidad, siendo más de veinte años secretario de la Diputación en corte de la Sociedad riojana; propuestas que sancionó las más veces la corona, invistiéndole con este cargo. Pero en la carrera política no podía brillar mucho, a causa de su carácter pacífico y candoroso.

En 1840, a instancias del almirante Duperré, ministro de Marina en Francia, le propuso el duque de Dalmacia a Luis Felipe para la cruz de condecorador de la Legión de Honor, que obtuvo en enero del propio año, debiendo esta distinción al alto concepto que merecían sus producciones, dadas a conocer en el vecino reino por MM. de la Roquette y Verneuil, por el ilustrado Mr. Berthelot y por el apreciable joven Mr. Dufflot de Mofras, todos admiradores del señor Navarrete, especialmente los dos últimos. Por este tiempo emprendió, ayudado de los entendidos académicos de la Historia don Miguel Salvá y don Pedro Sáinz de Baranda, la publicación periódica de la Colección de documentos inéditos, de que tan sólo tuvo la satisfacción de ver impresos cuatro tomos, y que después han continuado sus ilustrados compañeros sin otro interés que hacer a la literatura el inmenso servicio de facilitarla auténticos materiales para nuestra historia. En 1841 le nombró el ministro de la Gobernación viceprotector de la Academia de San Fernando, cuyo cargo conservó hasta su lamentable fallecimiento a pesar de sus repetidas renunciaciones, que no le admitieron, conociendo además de su idoneidad, el respeto y amor que inspiraba a todos los individuos de este Cuerpo. Mucho me tendría que dilatar si hubiera de referir las comisiones y cargos honoríficos en que le empleó el Gobierno en estos últimos años de su vida, y que

él, sin que obstase su edad ya avanzada, desempeñó con eficacia y celo.

Mientras la España aprovechaba los últimos frutos que la vejez permitía a su talento, le pretendía por socio, a propuesta del célebre historiador Mr. Mignet, el Instituto de Francia, honor que concede a pocos extranjeros, ingresando el 15 de enero de 1842 en la sección de la Academia de Ciencias Morales y políticas. Habiendo pasado en el verano de este año a Rioja a dar un abrazo a su adorada familia, y visitar por la última vez su casa nativa, enfermó en ella de tanta gravedad que estuvo al borde del sepulcro, y trasladado a Madrid cuando sintió algún alivio, siguió dedicándose a su vida activa y laboriosa, a pesar de sus muchos años y largos padecimientos. Asistía con puntualidad a las Academias y demás Cuerpos de que era individuo, y cuando se le hacían reflexiones para que atendiese algo más al cuidado de su preciosa existencia, solía responder con viveza: El hombre ha nacido para el trabajo, y no pudiendo trabajar debe morir. Por fin fué víctima de su extremado celo en el cumplimiento de sus deberes, pues acudiendo diariamente al Depósito, sin arredrarle los rigores de las estaciones, contrajo un catarro crónico pulmonar, que agravándose de resultas de los primeros fríos de otoño le condujo al sepulcro después de una penosa agonía el 8 de octubre de 1844, entrado ya en los setenta y nueve años de edad.

Fué don Martín Fernández de Navarrete caballero de justicia de la Orden de San Juan, Gran Cruz de la Real Orden americana de Isabel la Católica, varias veces senador del reino por su provincia de Logroño, comendador de la Legión de Honor de Francia, del extinguido Consejo de España e Indias, director de la Real Academia de la Historia y del Depósito hidrográfico, vocal nato de la Junta del Almirantazgo, viceprotector de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, bibliotecario y decano de la Española, individuo del Instituto de Fran-

cia, del Histórico de Río Janeiro, de la Academia de San Lucas de Roma, de la de Ciencias de Turín, de la de Berlín, de las Sociedades de Anticuarios de Copenhague y Normandía, de la Filosófica americana de Filadelfia, de las de Geografía de París y Londres, presidente de la Sociedad Riojana, socio de la Económica Matritense y otras varias del reino.

Sus cualidades como literato están bien definidas y analizadas en la noticia que publicaron los señores Salvá y Baranda al principio del VI tomo de su Colección de documentos inéditos; pero de sus virtudes privadas nunca se ha hecho mención como merecen. Exacto en el cumplimiento de sus deberes, era religioso sin afectación, modesto, dulce y probo hasta el extremo. Nunca apeteció los honores y condecoraciones, porque nunca creyó merecerlos, y cuando vió que generalmente sirven para encubrir el ambicioso ignorante y para adornar al intrigante audaz, los miró con indiferencia, así es que rehusó varias veces la Gran Cruz de Carlos III, y sólo por altas consideraciones de respeto aceptó la de Isabel la Católica. En el amor que tenía a las ciencias jamás mediaron miras interesadas; las amaba por sí solas, y por el patriótico anhelo de que la España tuviese parte en su fomento las cultivaba, sin que presidiesen a sus estudios ni la ambición de gloria ni el deseo del lucro; a cuantos le buscaban comunicaba a manos llenas sus noticias, importándole poco como se ilustrase una verdad o se añadiese a las ciencias una nueva idea, que resultase en gloria ajena el fruto de sus propios trabajos; y de las obras que escribió no sacó más que gastos originados de la correspondencia y copia de manuscritos, pues siempre cedió con desprendimiento su propiedad a los cuerpos literarios a que pertenecía. De su probidad da una prueba el que, habiendo obtenido elevados puestos en que le era fácil enriquecerse, murió sin dejar más bienes a sus hijos que el modesto haber que heredó de sus mayores y el dote de su esposa. ¿Qué diremos de su bondad para con sus

dependientes? Amábalos como hijos, como a tales los trataba y se desvivía en servicios y auxiliarlos: entre otros ejemplos que se podrían presentar nos bastará uno que es el que más claramente manifiesta la bondad de su corazón. El horroroso 2º de mayo de 1808 desapareció uno de sus criados, y cuando toda la población de Madrid sumida en el terror y el desaliento veían sin atreverse a quejar desde el fondo de sus casas los horrores de que eran víctimas sus padres, hijos y hermanos, recorre con peligro propio las calles de Madrid, busca a los generales franceses, y no descansa hasta que logra salvar la vida del desdichado, próximo a perecer entre los infelices, que arrebató la metralla enemiga junto al monumento, que recuerda a las generaciones futuras los desastres de aquella trágica noche.

(Biblioteca Marítima Española, obra póstuma del Excelentísimo Sr. D. Martín Fernández de Navarrete. Tomo II, páginas 436-457. — Madrid, imprenta de la viuda de Calero, 1851).

Capitán Alongo de Ojeda

Nació en la ciudad de Cuenca, hacia el año 1470, aunque era oriundo de la casa solariega de Ojeda, sita cerca de Oña, en la merindad de la Bureba. Fué primo hermano del V. P. Fr. Alonso de Ojeda, dominico, uno de los primeros inquisidores de España y muy favorecido de los Reyes Católicos, y estuvo de criado o familiar del duque de Medinaceli don Luis de la Cerda. Entonces, al parecer, debió tratar a Cristóbal Colón, quien luego que llegó fugitivo de Portugal estuvo hospedado en casa del duque dos años, hasta que se avinó con los reyes para emprender el descubrimiento de las Indias. Como el duque residía algunas temporadas en Sevilla, debió suceder en este tiempo lo que refiere el historiador fray Bartolomé de las Casas, cuyas palabras copiamos por la descripción que hace de las prendas y disposiciones de Ojeda: «Vinieron asimismo (en el segundo viaje de Colón) un Alonso de Ojeda, mancebo, cuyo esfuerzo y ligereza se creía entonces exceder a muchos hombres, por muy esforzados y ligeros que fuesen, de aquellos tiempos. Era criado del duque de Medinaceli, e después por sus hazañas fué muy querido del obispo don Juan de Fonseca susodicho, y le favorecía mucho. Era pequeño de cuerpo, pero muy bien proporcionado y muy bien dispuesto, hermoso de gesto, la cara hermosa y los ojos muy grandes: de los más sueltos hombres en correr y hacer vueltas, y en todas las otras cosas de fuerzas, que venían

»en la flota y que quedaban en España. Todas las
»perfecciones que un hombre podía tener corpora-
»les, parecía que se habían juntado en él, sino ser
»pequeño. Deste se dijo, y tuvimos por cierto, y
»pudíerame yo certificar dél por la conversación que
»con él tuve, si advirtiera y entonces pensara escri-
»birlo, pero pasábalo como cosa pública y muy cier-
»ta: que cuando la reina Doña Isabel subió a la
»torre de la iglesia mayor de Sevilla, de donde mi-
»rando los hombres que están abajo, por grandes
»que sean, parecen enanos, se subió en el madero
»que sale veinte pies fuera de la torre, y lo midió
»por sus pies apriesa como si fuera por un ladrilla-
»do, y después al cabo del madero sacó él un pie
»en vago dando la vuelta, y con la misma priesa se
»tornó a la torre, que parece ser imposible no caer
»y hacerse mil pedazos. Esta fué una de las más
»señaladas osadías que un hombre pudo hacer, por-
»que quien la torre ha visto y el madero que sale,
»y considera el acto, no puede sino temblarle las
»carnes.

»Dijose también dél, que puesto el pie izquierdo
»en el pie de la torre, o principio della que está
»junto al suelo, tiró una haranja que llegó hasta
»lo más alto. No es chico argumento este de la fuer-
»za grande que tenía en sus brazos. Era muy de-
»voto de Nuestra Señora, y su juramento era de
»voto a la Virgen María. Excedió a todos cuantos
»hombres en España entonces había en esto; que
»siendo de los más esforzados, y que así en Casti-
»lla, antes que a estas tierras viniese, viéndose en
»muchos ruidos y desafíos, como después de acá ve-
»nido en guerras contra indios millares de veces,
»donde ganó ante Dios poco, y que él siempre era
»el primero que había de hacer sangre donde quie-
»ra que oviese guerra o rencilla; nunca jamás en
»su vida fué herido ni le sacó hombre sangre has-
»ta obra de dos años antes que muriese, que le
»aguardaron cuatro indios de los que él injustamen-
»te infestaba de Sancta Marta, y con gran industria

«le hirieron como abajo se contará, porque fué un señalado caso. Otra hazaña memorable hizo yendo a Castilla en una nao, que también se contará, planeando a Dios, abajo.»

El conocimiento y trato que tuvo Ojeda con Colón, y el favor de su primo, contribuyeron, sin duda, a proporcionarle el mando de una de las carabelas que fueron con el almirante en el segundo viaje, y que salieron de Cádiz a 25 de setiembre de 1493. Cuando avistaron la isla de la Guadalupe buscaron un puerto donde surgir, y bajaron varias cuadrillas a descubrir la tierra. El veedor Diego Márquez, con ocho compañeros, se internó tanto que se perdió; cuidadoso el almirante envió a Ojeda con 40 hombres a buscarlo y a reconocer de paso el país. Caminaron con muchos trabajos, y entre ellos contaban haber pasado en seis leguas de distancia 26 ríos, con el agua en muchos de ellos hasta la cintura. Pudo ser uno mismo y atravesarle muchas veces por las vueltas y revueltas de su curso. También dijeron haber hallado muchas plantas y especias aromáticas y variedad de aves muy extrañas; pero no encontraron a Márquez ni a su gente, que al fin regresaron pocos días después.

Habiendo llegado a la Española, empezó el almirante la edificación de la villa de la Isabela, y entretanto para explorar la tierra, en especial la provincia de Cibao, donde se suponía haber mucho oro, envió a Ojeda con 15 hombres en enero de 1494. Caminó al principio con mucho trabajo por país despoblado y altas sierras; hasta que bajando de una de ellas avistó la Vega Real, cultivada por todas partes, cruzada de multitud de atroyos, cuya mayor parte desaguaban en el río Yuqui, y llena de poblaciones donde residían muchos caciques y señores, que le recibieron y regalaron con amor y fraternidad. Reconoció la provincia de Cibao y pasó el río Yuqui, recogiendo algún oro en varios atroyos próximos. Con tan faustas noticias y preciosas muestras volvió a la Isabela, donde reanimó el es-

píritu de sus compañeros, desalentados ya con los trabajos y enfermedades que padecían. El almirante, lleno de satisfacción y de esperanzas al ver el buen éxito de estos reconocimientos, escribía a los reyes en 30 de enero de 1494: «Pero porque allá »va Gorbalán, que fué uno de los descubridores, »él dirá lo que vió, aunque acá queda otro que llama »man Ojeda, criado del duque de Medinaceli, muy »discreto mozo y de muy gran recabdo, que sin »duda, y aun sin comparación, descubrió mucho »más, según el memorial de los ríos que él trajo, »diciendo que en cada uno de ellos hay cosa de no »creella.» Así es que el almirante resolvió entonces reconocer por sí lo interior de la isla, y lo ejecutó hasta Cibao, donde hizo fabricar la fortaleza que llamó de Santo Tomás. Nombró por capitán y alcaide de ella a un caballero aragonés llamado Pedro Margarite, y dejó con él 52 hombres, que después aumentó hasta 300, previniendo lo conveniente al buen gobierno y a las remesas de bastimentos y auxilios que les proporcionaría. Con esto salió el 21 de marzo para la Isabela, adonde llegó el 29; pero a poco tiempo le avisó Margarite que los indios desamparaban sus pueblos, y que Caonabó, el señor más poderoso de la isla, que residía en la cercana provincia de la Maguana, se apercebía para atacar la fortaleza y matar a los cristianos. Socorrióle el almirante sin perder momento con toda la gente sana que tenía, enviando por su capitán a Alonso de Ojeda, que salió de la Isabela el 9 de abril con más de 400 hombres; día en que el almirante firmó la instrucción para Margarite, que ya publicamos. Apenas llegó Ojeda prendió a un cacique y a un hermano y sobrino, y los envió a disposición del almirante, escarmentando al mismo tiempo a los indios que habían engañado y robado a ciertos españoles. Las gentes de Caonabó tenían cercada la fortaleza treinta días hacía, cuando la derrota que sufrieron en la Vega Real la multitud de indios reunidos, que fueron atacados por 200 infantes y 20

caballos mandados por el almirante y su hermano don Bartolomé, esparció el terror y la confusión, ya por el ruido y estragos de la artillería, ya por los que causaban los caballos, con ayuda de los perros. Este próspero suceso obligó a levantar el sitio de Santo Tomás, y aprovechando el almirante esta disposición y coyuntura, siguiendo en sus intentos de prender mañosamente a Caonabó, que era quien le daba mayor cuidado, encargó a Ojeda el desempeño de tan ardua comisión. Fué éste desde luego a verse con el cacique, llevando unos grillos y esposas de latón perfectamente labrados y bruñidos, porque de este metal hacían los indios gran aprecio, prefiriéndolo entre cuantos se llevaban de Castilla, y estaban admirados de la campana colocada en la Isabela, que les parecía que hablaba cuando a su sonido se reunían los cristianos para sus actos religiosos. Diríjese Ojeda con nueve compañeros a la Maguana, que distaba de la Isabela más de 60 leguas, y apeándose de su caballo hace que avisen de su llegada al feroz cacique, que le recibió ya más tratable y manso; y al presentarle aquellas presecas o joyas, le dijo que los reyes de Castilla se adornaban con ellas para sus bailes y fiestas, y que le suplicaba fuese al río, que distaba algo más de media legua, y que después de holgarse y lavarse en él, volvería montado en el caballo a presentarse a sus vasallos con aquellos adornos, como lo hacían en Castilla tan poderosos monarcas. Condescendió Caonabó, y fué con corta comitiva, sin recelo de que tan pocos hombres intentasen hacerle daño; y después de haberse lavado en el río, quiso ver su presente y regalo, y experimentar su virtud. Ojeda se desvió de los indios que le acompañaron, y subiendo en su caballo coloca a Caonabó en las ancas, pónеле los grillos y las esposas, da algunas vueltas por disimulo, toma el camino de la Isabela como de paseo, hasta que perdiéndole de vista los indios atan los nuestros a Caonabó con Ojeda, y tomando caminos y veredas desusadas, entra con

él en la Isabela y lo entrega a disposición del almirante. Bastó esta acción a reducir y pacificar toda la isla; y fué tal el concepto que formó el mismo Caonabó del esfuerzo, osadía y valor de Ojeda, que le manifestaba en público sumo respeto y consideración, cuando tal vez los rehusaba a la superior autoridad del almirante. Preguntóle éste en una ocasión la causa de semejante procedimiento, y el altivo cacique le contestó que jamás se humillaría a quien ni aun para llevar a efecto su misma traición había osado presentarse personalmente en su casa, encargando su prisión a otro oficial más valiente y arrestado, que por lo mismo le merecía más aprecio. Sin duda, en consideración a estos servicios los reyes hicieron merced a Alonso de Ojeda, por uno de los artículos de su capitulación para el segundo viaje, de seis leguas de tierra en la isla Española y término de la Maguana, con intento también de que con este provecho pudiese continuar sus descubrimientos, y sostenerse mejor en la colonia de españoles que debía fundar y gobernar en Coquibacoa para contener las ideas de los ingleses, que tal vez intentaban ya establecerse en aquellas costas.

Parece que Ojeda sólo permaneció en la Española hasta fines del año 1498 o principios del siguiente, pues estaba ya en Castilla cuando llegaron las primeras noticias del descubrimiento de Paria que acababa de hacer el almirante Colón. Con el favor del obispo don Juan Rodríguez de Fonseca pudo ver el diseño o carta de su descubrimiento que el almirante formó y remitió a los reyes; y fué el primero que se aprestó para continuarlo. Aprestó cuatro naves y con ellas salió del Puerto de Santa María, tocó en las Canarias, recaló en el nuevo continente, en las cercanías del ecuador, siguió a vista de la costa casi 200 leguas hasta Paria; vió desembocar el río Esequivo y el Orinoco; halló señales de haber estado Colón en la Trinidad; pasó por las bocas del Drago; reconoció el golfo de las

Perlas, la isla Margarita, el cabo Codera, y de puerto en puerto siguió descubriendo las islas de Curazao y toda la costa de Venezuela hasta cabo de la Vela, desde donde se dirigió al puerto de Yáquimo en la Española.

Su llegada infundió sospechas de que fuese a tomar indios por esclavos, y el precioso palo de tinte que abundaba en la comarca; pero Ojeda se disculpó con la falta de víveres que necesitaba reponer después de una larga navegación, y mostrando los despachos reales que le autorizaban, ofreció que proveído de lo necesario iría a visitar y dar cuenta de todo al gobernador. Por febrero de 1500 dió la vela para el golfo de Jaragua, y a los españoles avecinados allí intentó sublevarlos contra el almirante, ya exagerando su rigor, ya pintándole como caído del favor que los reyes le habían dispensado. Sedujo a muchos, y a los que resistieron quiso obligarlos con la fuerza, trabándose entre ellos una cruel refriega. Maquinó también prender a Roldán, pero éste, astuto y prevenido, fué a Jaragua, y le hubiera escarmentado si avisado Ojeda no se hubiese retirado a sus navíos. No osó bajar a tierra ni aun convidado de paz. Costeó la armada 10 ó 12 leguas hasta la provincia de Cahay. Viendo allí Roldán que Ojeda no se prestaba a venir a concierto, le propuso que le mandase una lancha y entraría a contratar dentro de ella. Envióla armada Ojeda, y, sin embargo, se apoderó de ella Roldán, rindiéndola con muerte de algunos de los que la guarnecían, y la condujo a tierra. No quedó a Ojeda más que otra barca, y humillado así se avino con mansedumbre, restituyó los hombres que había tomado, recobró su batel, y prometió seguir su camino, como lo hizo, aportando a Cádiz a mediados de junio de 1500.

Esta primera expedición no fué tan lucrativa como pensaron los que la emprendieron; y así, por esta consideración, como por los servicios que había hecho y los muchos gastos que se le originaron

para el apresto del viaje anterior, hizo nuevo asiento con el obispo Fonseca para segundo viaje, en cumplimiento de una Real cédula de 28 de julio del mismo año; cuyas capitulaciones confirmaron los reyes por otra cédula de 8 de junio del siguiente de 1501, habiéndole dado licencia en 10 de marzo anterior para cortar y traer a estos reinos y vender 30 quintales de Brasil de la isla Española, o de otra cualquiera isla donde fuese, los 20 por merced, y los 10 por un caballo que le tomó el almirante Colón para encastar allí. Consiguiente a lo estipulado se le expidió en 10 de junio de 1501 el real nombramiento de gobernador de la isla de Coquibacoa, expresando el salario y las amplias facultades y prerrogativas que se le daban. Al mismo tiempo concluyó Ojeda su asiento con Juan de Vergara y García de Ocampo para ir juntos a descubrir por el mar Océano, en virtud de la real licencia que se le había concedido. En 6 de setiembre nombraron los reyes a Juan de Guevara para escribano de la expedición, con encargo de que presenciase los rescates e hiciese cumplir la capitulación hecha con Ojeda. Aunque éste pensó armar diez navíos, no pudo, sin embargo, aprestar sino cuatro, con los auxilios que le proporcionaron sus compañeros, y aun para esto hubo un retardo considerable, porque la expedición no salió de Cádiz hasta ya entrado enero de 1502. Por las Canarias e islas de Cabo Verde se encaminó Ojeda al golfo de Paria. Reconoció la isla de Margarita y toda la costa fronteriza hacia Coro, Maracaibo, isla de Curazao, Bahíahonda, hasta cerca del cabo de la Vela, de donde se dirigió a la Española, yendo preso por Vergara y Ocampo, como referimos en la relación circunstanciada de este viaje. De los cargos que éstos le hicieron, y de la sentencia que dió el licenciado Maldonado, alcalde mayor de la Española, condenando a Ojeda a perdimiento de todos sus bienes, y en particular de lo rescatado por su sobrino en la Margarita y por él en Curiana, apeló

ante los reyes; y el consejo no sólo revocó esta sentencia y le absolvió cumplidamente, mandando a 8 de noviembre de 1503 restituirle cuanto se le había embargado, sino que, por no haber suplicado las partes, se le expidió en Medina del Campo a 5 de febrero de 1504 la carta ejecutoria que publicamos. Sin embargo, parece que el gobernador de la Española retuvo a Ojeda y a Pedro de la Cueva, vecinos de Cuenca, por razón de deudas contraídas para el apresto del viaje último, el oro, rescates y otras cosas que trajeron; pero en 5 de octubre de 1504, mandó el rey al asistente de Sevilla, y a las demás autoridades de sus dominios de Castilla, que de ninguna manera se les impidiese salir al nuevo viaje que preparaban con otros armadores por razón de dichas deudas, poniéndose todo lo detenido en poder de los oficiales de la casa de la contratación de Sevilla para que ellos pagasen las deudas, previa una formal averiguación de la cuantía y legitimidad de ellas en presencia de los mismos interesados Ojeda y Cueva.

De este tercer viaje, que parece no se emprendió hasta entrado ya el año siguiente de 1505, son muy escasas las noticias ciertas que nos han quedado, confundidas tal vez por los historiadores con otras de los viajes precedentes. Consta, sin embargo, que en 15 de noviembre de 1504 se expidió a favor de Ojeda y contra el tesorero Matienzo un libramiento de 200.000 mrs., expresando el rey que lo mandaba dar en consideración a sus servicios y para pagar el sueldo de cincuenta hombres que había de llevar por cinco meses, a razón de 26 mrs. y cuatro cornados cada uno, habilitando para ello dos, tres o más navíos si quisiese, según la capitulación hecha; con los cuales iba a descubrir y a recorrer lo descubierto en las tierras de Coquibacoa, islas de las Perlas y golfo de Urabá; y para asegurar el cumplimiento de todo, dió Ojeda fianzas en Sevilla a 29 de noviembre del mismo año de 1504.

Ignoramos el resultado de esta expedición; pero cualquiera que fuese, hallamos que Ojeda estableció después su residencia en la Española, donde estaba cuando Juan de la Cosa fué nombrado su lugarteniente y alguacil mayor de Urabá, y le llevó los despachos de su gobernación, que le había negociado con el obispo Fonseca. En efecto, en 9 de junio de 1508 había expedido la reina Doña Juana el nombramiento por cuatro años a Ojeda de capitán y gobernador de Urabá, con tal que llevase por su lugarteniente a Juan de la Cosa, concediéndole poder cumplido y jurisdicción civil y criminal, en conformidad del asiento que mandó tomar con él el rey su padre. A la Cosa se le confirmó en 17 de junio de 1508 la merced o gracia de alguacil mayor del gobernador de Urabá, que la reina Doña Isabel le confirió en 3 de abril de 1503, en remuneración de sus distinguidos servicios. Los límites de la gobernación de Ojeda eran desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Urabá, que llamaron *Nueva Andalucía*; y los de la gobernación de Diego de Nicuesa, que se le concedió al mismo tiempo, desde la otra mitad del golfo hasta el cabo de *Gracias a Dios*, que se denominó *Castilla del Oro*. No pudiendo Ojeda por su pobreza aprestar la expedición, la Cosa y otros amigos le fletaron una nao, y uno o dos bergantines, que con doscientos hombres y los correspondientes bastimentos entraron en el puerto de Santo Domingo. El bachiller Martín Fernández de Enciso ayudó a la empresa con un navío que cargó de varias provisiones, aunque se quedó en la Española para seguir y unirse luego con Ojeda, llevándole más gente. Este le nombró alcalde mayor de su gobernación. Ocurrieron algunos disturbios entre Ojeda y Nicuesa sobre los límites de sus respectivos territorios; pero al fin se concertaron en que el río grande del Darien los dividiese, uno al este y otro al oeste. Salieron Ojeda el 10 de noviembre de 1509 con dos navíos y dos bergantines, y en ellos

300 hombres y 12 yeguas. Nicuesa tuvo más gruesa armada y mayor número de gente atraída por su buen trato y graciosa conversación, y por la fama de la riqueza de Veragua, donde iba a establecerse. Así por esto como por los obstáculos que le presentaron sus émulos, tardó más en su despacho, y salió al fin de Santo Domingo ocho días después de Ojeda; y tras ellos Juan de Esquivel a poblar la Jamaica con 60 hombres.

Llegó Ojeda en cinco días al puerto de Cartagena, y viendo sublevada la gente del país con ánimo de resistir a los españoles, determinó hacerles la guerra, y para ello desembarcar la gente y dar de improviso en un pueblo llamado *Calamar*, cautivando los indios para venderlos por esclavos en Santo Domingo. Aconsejábale Juan de la Cosa que respecto de que aquellos naturales eran valientes y usaban de una yerba ponzoñosa y mortífera, fuesen a poblar dentro del golfo de Urabá, donde la gente no era tan feroz, y estando ya reducida sería más fácil volver a conquistar ésta. Ojeda, desatendiendo estos consejos, asaltó el pueblo antes de amanecer; acuchilló, mató y cautivó muchos indios; ocho de éstos, metidos en una casa, se defendieron valerosamente, y con sus flechas ponzoñosas mataron a un español, por lo que irritado Ojeda, mandó quemar la casa, donde perecieron los que la defendían. Cautivó unos sesenta y siguió el alcance a otros hasta un pueblo llamado *Turbaco*, distante cuatro leguas, que halló desamparado. Confiados los nuestros en sus ventajas, se esparcieron indiscretamente por la tierra, y así fueron atacados y muertos muchos por los indios. La Cosa recogió algunos castellanos, y se hizo fuerte a la puerta de un palenque, donde Ojeda con otros también se defendía; pero viendo éste a muchos caídos y a su compañero en gran aprieto, confiando en su ligereza, salió y atravesó por medio de los indios, que parecía que volaba; metióse en los montes, y se encaminó hacia el mar a donde estaban sus navíos.

La Cosa peleó hasta que vió muertos alrededor sus compañeros, y él mismo cayó exánime por efecto de las saetadas ponzoñosas que le dieron. Al único que todavía se defendía esforzadamente le encargó dijese a Ojeda que él quedaba al cabo de su vida. El obispo Casas cree que sólo estos dos se salvaron de más de 100 hombres que eran; otros aseguran que sólo fueron 70 los que allí perecieron.

De los navíos enviaron las barcas por la costa a ver si alguno parecía; y entonces encontraron a Ojeda en unos manglares desfallecido de hambre, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos; luego que le recogieron y alimentaron recobró su espíritu, no quedándole otro temor sino que Nicuesa al verle en tal estado de desgracia, quisiese vengarse de las anteriores pendencias y desafíos que habían tenido en Santo Domingo.

Pero sucedió todo lo contrario. Al llegar Nicuesa a Cartagena salieron a recibirle los bateles de la armada de Ojeda, e informado de los infaustos sucesos ocurridos, mandó buscarle; y al verle le abrazó y recibió con mucho amor y generosidad: ofreció ayudarle a buscar a la Cosa y a vengar la pérdida de los demás. Montaron ambos a caballo, y con 400 hombres en dos divisiones sorprendieron de noche al pueblo de *Turbaco*, y los indios, que creían haber acabado con todos los españoles, y por todos lados los hallaban despedazando su gente, y aun quemando sus casas si se acogían a ellas, huían despavoridos y quedaban espantados, sobre todo de los caballos que veían por la primera vez. Díjose que del botín y saqueo que siguió, cupieron a Nicuesa y los suyos 7.000 castellanos. Hallaron el cuerpo de Juan de la Cosa, reatado a un árbol, hecho un erizo de saetas, hinchado y horrosamente disforme por efecto de la hierba ponzoñosa. Volvieron al puerto en buena unión y amistad Ojeda y Nicuesa, y allí se separaron, partiendo Oje-

da con sus navíos del puerto de Cartagena para el golfo de Urabá, término de su jornada.

Detenido por los vientos contrarios, se reparó en una isleta que llamó *Isla Fuerte*, 35 leguas la costa abajo. Allí cautivó gente, tomó algún oro y cuanto pudo aprovecharle. Entró al fin en el golfo, buscó en vano el río del Darien, advirtió que la gente era belicosa, desembarcó la suya, y sobre unos cerros asentó un pueblo con casas de paja, que llamó villa de *San Sebastián*, defendido con una fortaleza que hizo construir de madera muy gruesa. Esta fué la segunda población de españoles que se hizo en tierra firme; contábase por la primera la que el almirante D. Cristóbal Colón comenzó a establecer en Veragua. Reconociendo el país vieron salir de un río un gran cocodrilo, que asió con la boca la pierna de una yegua y la arrastró hasta meterla en el agua, donde se ahogó. Viéndose Ojeda con poca gente a principio del año 1510, envió un navío a la Española con oro y cautivos para que en retorno y con este cebo viniesen nuevos pobladores y mayor surtido de armas y bastimentos. Entretanto, dejando guardada la fortaleza, fué a visitar y reconocer a un rey o señor llamado *Tirufi*, que, según noticias, tenía copia de gente y de riquezas. Recibiéronle con una lluvia de flechas de que murieron algunos; refugiáronse a la fortaleza; pero comenzando a faltarles la comida, hacían entradas y asaltos en el país para adquirirla. Los indios los atacaban en los caminos y siempre los dejaban escarmentados. Pocos de los heridos escapaban. Encerrados en la fortaleza, perecían de hambre, y las hierbas o raíces que comían, a veces les causaban la muerte.

En tan apurada situación apareció un navío que conducía un tal Bernardino de Talavera, vecino de Yáquimo, y Ojeda a cambio de oro y esclavos le compró las provisiones que traía. El bachiller Enciso no parecía con la nave que quedó en Santo Domingo. Aunque se remedió algo la necesidad, no calmó el descontento de la gente, que quería volverse a la

Española en este navío. Ojeda procuraba contenerlos con buenas esperanzas; pero, entretanto, los indios continuaban con obstinación sus rebatos y ataques a la fortaleza, y como conocían la ligereza de su caudillo, le armaron una celada, colocando detrás de unas matas cuatro flecheros. Presentáronse otros dando grandes gritos con ademanes de insultos y amenazas; sale contra ellos Ojeda el primero, y le atraviesan el muslo de parte a parte; primera sangre que derramó en su vida en medio de tantas guerras, pendencias y desafíos como tuvo. Volvió Ojeda muy atribulado a la fortaleza, y mandó ponerse en la herida unas planchas de hierro rusiente. El cirujano lo rehusó diciendo que lo mataría aquel fuego; amenazóle Ojeda con que lo haría ahorcar, y con este temor le aplicó dos planchas encendidas una a cada lado del muslo con unas tenazas; de manera que no sólo le abrasó el muslo, sino todo el cuerpo, y fué menester gastar una pipa de vinagre para mojar sábanas y envolverle continuamente con ellas. Tan cruel operación sufrió con singular y rara serenidad, sin permitir que le atasen ni le tuviesen otros; pero se logró atajar el efecto mortífero de las flechas emponzoñadas.

Ibanse concluyendo las provisiones recientemente adquiridas, y el hambre, la miseria y la murmuración crecían al mismo paso. Viendo que no parecía el bachiller Enciso, resolvió Ojeda ir a Santo Domingo en la nao de Talavera, dejando por su teniente a Francisco Pizarro, ofreciendo a la gente volver con socorros dentro de cincuenta días, y que no cumpliéndolo se fuesen en los bergantines a buscarle al mismo puerto. Embarcóse Ojeda con Talavera, y no pudiendo arribar a la Española, entraron en el puerto de Jagua, provincia de la isla de Cuba. Allí abandonaron el navío, y caminaron por tierra hacia el oriente para acercarse a Santo Domingo. Por reyertas entre sí llevaban preso a Ojeda, pero le soltaban cuando tenían encuentro con los indios, porque en tales casos valía él solo tanto como todos

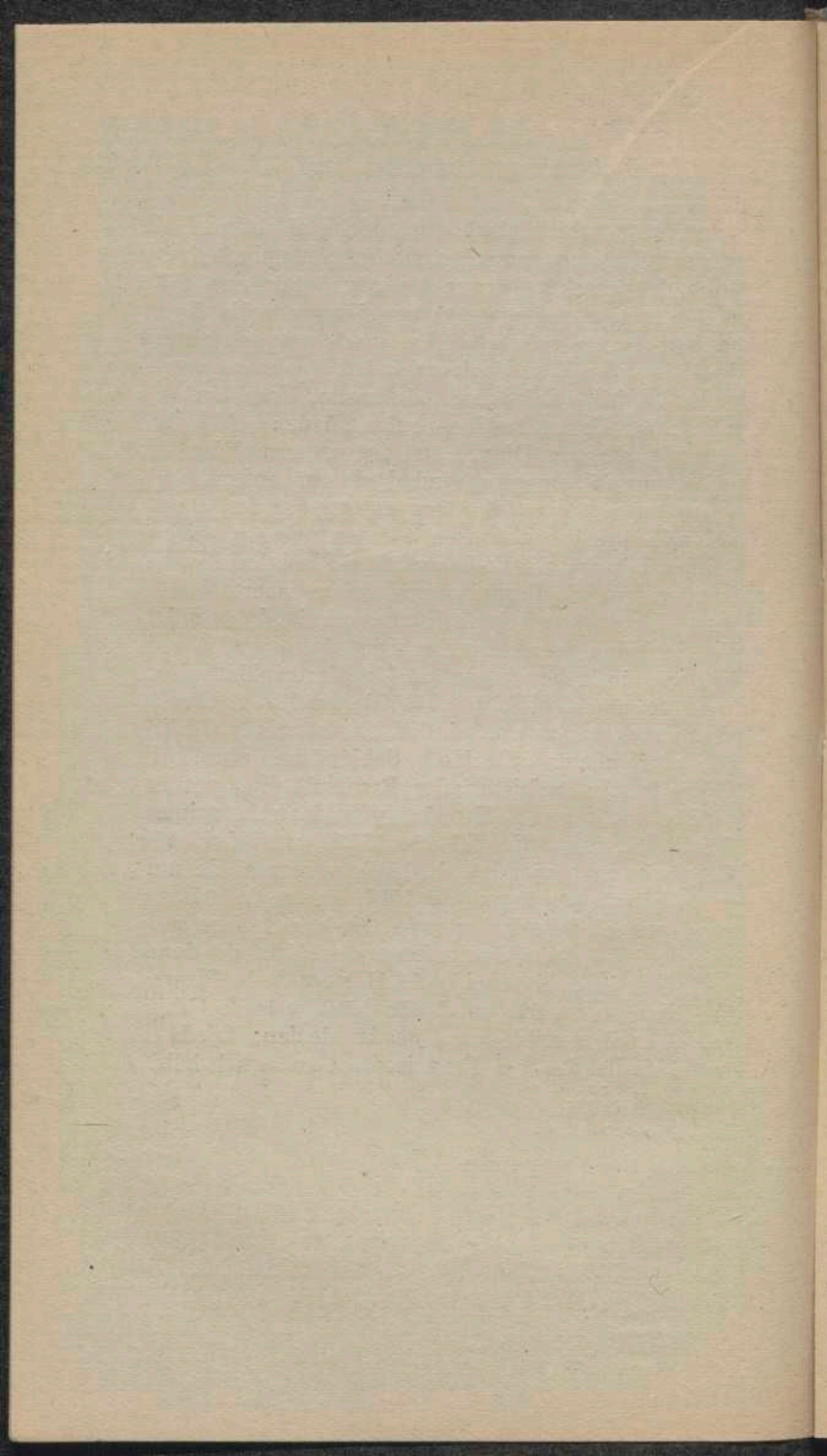
los otros. Por muchos días y por espacio de más de 30 leguas anduvieron por unos pantanos y lagunas, metidos hasta más arriba de la cintura. Confiaba Ojeda en su devoción a la Virgen Santísima, de la cual llevaba siempre consigo una preciosa imagen, pintada en Flandes, que le había regalado el obispo Fonseca; y entonces hizo voto de dejarla para formar un oratorio o capilla en el primer pueblo de indios que encontrasen, como lo cumplió cuando llegaron a uno donde fueron acogidos y regalados franca y generosamente, informando como pudo al cacique y a los indios de las cosas de Dios y de María Santísima, a quien representaba aquella imagen. El obispo Casas dice que la vio algunos días después en su altar, y la capilla adornada de paños de algodón, muy barrida, regada y con gran devoción y reverencia concurrida de los naturales. Estos proporcionaron a Ojeda y sus compañeros guías y asistencia para continuar su camino, y aun una canoa, para que un tal Pedro de Ordaz pasase a Jamaica a dar noticia de sus aventuras y paradero a Juan Esquivel, que mandaba allí como teniente del almirante don Diego Colón. Inmediatamente envió Esquivel una carabela mandada por Pánfilo de Narváez para que trajese a Ojeda y a todos los demás, como lo hizo. Recibióle honradamente y le aposentó en su casa, y después de descansar algunos días mandó se le trasladase a Santo Domingo. Los demás se quedaron en Jamaica por temor de la justicia a causa de los delitos que antes habían cometido y de las tropelías que hicieron con Ojeda; pero al fin fueron llevados a Santo Domingo, y sufrieron allí la pena a que justamente fueron condenados.

Los émulos de Ojeda que le vieron volver con Bernardino de Talavera, abandonando su gente en Urabá, le creyeron sin duda complicado en los crímenes que éste había cometido y lo avisaron a la corte, de donde se originó la real provisión de 5 de octubre de 1511, en que se atribuyen a Ojeda las más atroces crueldades, los excesos más horro-

rosos y las injurias e intenciones más perversas; pero Ojeda no era ciertamente cómplice en los delitos que se le imputaban, ni en los cometidos por Talavera y los suyos, los cuales, al contrario, le ultrajaron y le llevaron preso en su viaje por lo interior de Cuba. Los caciques e indios de esta isla le recibieron con amor y fraternidad; el gobernador de la Jamaica, Juan Esquivel, le obsequió y aposentó en su propia casa; no temió ir a presentarse desde luego a Santo Domingo, como lo hizo, cuando Talavera y sus consocios lo rehusaron y difirieron por los remordimientos de su conciencia y temor del castigo que les esperaba; nada resultó contra Ojeda en las actuaciones criminales, pues permaneció libre en la Española, mientras que por sentencia judicial fueron ahorcados Bernardino de Talavera y otros, y algunos afrentados por cómplices de sus delitos, siendo los principales de éstos el hurto del navío con que fueron a Urabá, y era propio de unos genoveses, y las injurias que de ellos había recibido Ojeda, aunque según añade Casas: *por lo que a Ojeda hicieron, no creo que ovo castigo, porque no era hombre Ojeda que los acusaría*. Finalmente, el mismo historiador, que según la extravagancia de sus principios y la acritud de su genio acriminaba los hechos de todos los descubridores, y que no perdona a Ojeda las justicias que hizo con el primer cacique de la Española, la prisión de Caonabó, la esclavitud a que redujo algunos indios que trajo a vender a Castilla, y sus asaltos y guerras con los naturales de Cartagena y Urabá, siendo causa de que Nicuesa hiciese otros insultos semejantes; seguramente no hubiera omitido, siendo ciertos, los abominables delitos que se le atribúan según la citada real provisión, pues que era testigo ocular de cuanto entonces acontecía en la isla Española.

«Estuvo Ojeda en esta ciudad (dice Casas que «escribía en Santo Domingo) después de esto muchos días, y creo que fué más de un año, y yo lo »vide.» Algunos de los que estaban mal con él le

aguardaron para matarle una noche al retirarse de una tertulia o conversación con buenos amigos; pero hubo de pesarles, porque los corrió por una calle adelante a cuchilladas, como siempre solía hacer en semejantes refriegas. En martes 8 de febrero de 1513 dió allí su declaración en el pleito que seguían los hijos del primer almirante, Fray Bartolomé de las Casas, testigo ocular añade: «Al cabo, »cuando plugo a Dios... que fuesen cumplidos sus »días, murió en esta ciudad de su enfermedad, »paupérrimo, sin dejar un cuarto, según creo... »Mandó que lo enterrasen a la entrada, pasado el »umbral, luego allí de la puerta de la iglesia y monasterio de S. Francisco; y así no acertaron los »que dijeron que, el almirante, queriendo prenderlo, se había retraído a San Francisco, y allí había »muerto de la herida que en Urabá recibido había; »porque como dije, yo lo vide suelto y libre y »sano pasear por esta ciudad, y después yo salido »de aquí oí ser fallecido.» Sabiéndose, pues, que Casas (según su historiador Remesal) vino por entonces dos veces a España, y que en la primera llegó a Sevilla a fin del año 1515, que volvió a la Española en noviembre de 1516, y regresó de nuevo a España en marzo de 1517, parece lo más natural que el fallecimiento de Ojeda acaeciese a fines de 1515 o en el siguiente de 1516; de donde se infiere la equivocación de Herrera y de Pizarro, que fijan su muerte en el año 1510, y la de Gómara, el cual escribió que, según decían, Ojeda se metió fraile de San Francisco, y en aquel hábito acabó su vida.



Adelantado Pascual de Andagoya

Pascual de Andagoya fué natural del valle de Cuartango, en la provincia de Alava, hijo de un hidalgo llamado Juan Ibáñez de Arca. Pasó a Tierra-firme el año 1514, sirviendo al gobernador Pedrarias Dávila, quien le dió repartimiento de indios y le casó con una doncella de su mujer. Cuando en 1521 se dió a Panamá el título de ciudad, fué nombrado Andagoya uno de sus regidores. Al año siguiente, estando ya rico, obtuvo licencia del gobernador para ir a descubrir; y, en efecto, descubrió por el mar del sur el golfo de S. Miguel hacia levante y el río de San Juan por los 4° de latitud N. Visitó la provincia de Cochamá, a cuyos naturales hacían la guerra otros muy belicosos de la de Birú, y por lo interior de ella continuó sus descubrimientos, subiendo por un río cerca de 20 leguas, donde halló muchos pueblos con sus señores o caciques. Peleó con éstos y pacificó siete que dieron su obediencia al rey de Castilla. Padeció muchos trabajos en esta expedición; estuvo en riesgo de ahogarse, y quedó estropeado durante tres años de resultas de una caída. Volvióse a Panamá, informó a Pedrarias de sus descubrimientos y dejó la empresa, que tomaron entonces a su cargo los capitanes Francisco Pizarro y Diego de Almagro. Reparó Andagoya su salud, adelantó su hacienda. enviudó en Panamá el año 1529, y hallándose regidor y alcalde ordinario de aquella ciudad, fué atropellado por Pedro de los Ríos, quien le puso en

la cárcel, le privó de su hacienda y le desterró de aquel país. Pasó entonces a Santo Domingo el año 1534, se casó en segundas nupcias con doña Mayor Mejía, y la llevó a Panamá cuando nombrado gobernador de allí Francisco de Barrionuevo le hizo su teniente. Mientras permaneció en este destino pudo auxiliar con sus navíos y tratos a Pizarro y Almagro en sus empresas, adquiriendo por este medio riquezas considerables. El licenciado Pedro Vázquez le tomó residencia con mucho rigor y lo envió a España, de donde volvió absuelto y honrado con muchas mercedes, que el emperador le hizo por sus buenos servicios. Pasó entonces por Santo Domingo año 1539, acompañado de caballeros, hidalgos y gente muy lucida y bien armada. Fué con todos a Panamá, y desde allí siguió su viaje para ir a poblar las tierras de su gobernación.

Dejó dispuesto en la Española que su cuñado el capitán Alonso de Peña le siguiese con más gente, caballos y otras cosas. Hízolo así pocos días después llevando 140 hombres, 40 caballos, municiones y otros bastimentos, que desde el puerto de Nombre de Dios se condujeron a Panamá en las recuas que Andagoya había enviado para este efecto. Embarcóse todo en un galeón, una carabela y dos bergantines, y emprendió Andagoya su viaje por la costa descubriendo la *Bahía de la Cruz*, distante cinco leguas de la isla de Palmas. Desde allí envió el galeón a Panamá para transportar a su mujer y familia, y entretanto quedó fundando un pueblo, que llamó la ciudad o puerto de la *Buenaventura*; nombró por teniente a Juan Ladrillero, uno de sus compañeros, inteligente en las cosas de tierra y de mar, y se internó 24 leguas de la costa hasta un pueblo llamado *Lili*, y logró salvar la vida a ciertos españoles de los de Pizarro, que los indios tenían cercados en Popayán. Envío a tomar posesión de esta ciudad, aunque poblada por Sebastián Benalcázar, y de la de Santa Ana de los Caballeros, descubierta y poblada por Jorge Robledo. Este le

prestó obediencia y se confederó con él; pero Benalcázar, habiendo rehecho su gente y provisiones en Santo Domingo, llegó a Panainá, y, sin detenerse mucho, siguió su viaje por mar, surgió en la bahía de la Cruz y puso mucha gente en los bateles para desembarcar; súpolo el teniente Ladrillero, fué a hablar sobre ello con Benalcázar, y, aunque en público no consintió que bajasen a tierra por pertenecer a la gobernación de Andagoya, se dijo entonces que todo fué traza y apariencia, pues que secretamente le aconsejó se dirigiese al puerto de Realejo. Trató Andagoya de resistir a Benalcázar; procuraron apaciguarlos algunos religiosos y personas respetables, y, llegado éste a la ciudad de Lile, que nombró Cali, conferenciaron ambos sobre a quién de ellos pertenecía aquella tierra conforme a los despachos reales que tenían; dióse el derecho a Benalcázar por quien se declaró el ayuntamiento y la gente principal. Entonces aprisionó con grillos a Andagoya y lo envió a Popayán, quedando de este modo con el mando absoluto de aquella tierra.

En tal situación llegó el capitán Peña con la mujer y familia de Andagoya, y nombrado su teniente en 22 de marzo de 1541, comenzó a discutir sobre los medios suaves y templados que convendría usar para poner en libertad al adelantado. Oportunamente llegó a la bahía de la Cruz el licenciado Vaca de Castro, que iba provisto por SS. MM. de presidente de todas aquellas partes. Había padecido muchos contratiempos en su navegación, y Peña, que se hallaba reconociendo la costa con un bergantín, le encontró en un estado muy lastimoso, y lo proveyó de pilotos y otros auxilios. De resultados de los trabajos pasados enfermaron el presidente Vaca y su gente; y aún no convalecido se hizo llevar en una silla de manos a Cali, donde trató de concertar a Benalcázar y a Andagoya, pero no pudiendo conseguirlo, partió en agosto de 1541 para Popayán, Quito y Lima, donde iba a entender en los disturbios ocurridos entre Pizarro y Almagro.

Aconsejóle al adelantado que se viniese a España para que el emperador determinase sobre sus agravios y los límites de su gobernación. Con este intento se dirigió Andagoya con su cuñado al puerto de la Buenaventura y se halló con el desconsuelo de haber fallecido su mujer y otros deudos de su casa. Dejó por capitán o teniente suyo a un tal Payo Romero; embarcóse en calidad de preso para presentarse a la real audiencia en Panamá, de donde pasó a Nombre de Dios; y separado allí de Peña, que se dirigió a la Española, Andagoya vino a España, dejando perdido su gobierno y más de 50.000 pesos de oro, y empeñado en más de otros 20.000; sólo quedó por suyo el pueblo y puerto de la Buenaventura y el río de S. Juan, y en él por capitán su hijo don Juan de Andagoya. Payo Romero, que se vió solo y absoluto, comenzó a tiranizar a indios y a españoles, robando a todos, hasta que con su vida pagó semejantes excesos. El adelantado Andagoya, después de haber despachado sus negocios en España lo mejor que pudo, volvió a las Indias con el licenciado Pedro de Lagasca el año 1546, y le siguió con un navío al puerto de Manta, ciudad que por orden de Diego de Almagro había poblado en 1535 el capitán Francisco Pacheco.

*Era Pascual de Andagoya hombre de noble conversación e virtuosa persona, pero falto de ventura o falto de conocimiento... y en la verdad él ha bien servido con su persona e cuanto tuvo a SS. MM. Así lo pinta Oviedo informado de testigos oculares, cuando escribía estos sucesos en Santo Domingo el año 1545. Nada se ha podido averiguar de la época y circunstancias de su muerte. (Oviedo, *Hist. gen. de Ind.*, parte 3.^a inédita, libro 6 que es el 44 de toda la historia, caps. 1, 2 y 3.—Herrera en sus *Décadas*.)*

Hernando de Magallanes

Fué Hernando de Magallanes natural de la ciudad de Oporto, en el reino de Portugal, en donde estuvo avecindado. Llamóse su padre Rui o Rodrigo de Magallanes, aunque en algún documento se le da el nombre de Pedro, equivocándolo tal vez con el abuelo paterno, que se llamaba Pedro Alfonso; todos eran hidalgos de cota de armas y de solar conocido. Crióse en servicio de la reina Doña Leonor, mujer de Don Juan II de Portugal, y continuó sirviendo al rey Don Manuel, cuyo reinado comenzó el año de 1495.

Pasó a la India con el primer virrey don Francisco de Almeida, que pará reprimir la resistencia de los príncipes y naturales al dominio y establecimiento de los portugueses en aquellas partes, salió de Lisboa el 25 de marzo de 1505 con una escuadra de veinte y dos naves, llevando mucha y lucida gente de guerra; hallándose, por consiguiente, en la entrada y saco de Quiloa, y en la toma e incendio de Mombaza, con que se castigó la mala fe de sus régulos, propensos siempre a infringir o quebrantar las estipulaciones más solemnes hechas con los portugueses. Nuevas ocurrencias llamaron en 1506 la atención del virrey, pues sabiendo el peligro en que estaba la fortaleza de Quiloa, envuelta en bandos por la sucesión de aquel reino a resultas de la muerte del rey, a quien el año anterior había colocado en el trono el mismo don Francisco de Almeida, despachó éste en diligencia, para sosegar aquellos

tumultos, a Nuño Vaz Pereira con algunas personas señaladas, entre las cuales se distinguía Fernando de Magallanes. Llegaron a Quiloa, y habiendo Vaz Pereira logrado pacificar el país con su calificada prudencia y mejorar el estado de la plaza, se trasladó luego a Zofala con los que le acompañaron.

En aquellos remotos países, teatro entonces de las ínclitas hazañas de los lusitanos, acreditó Magallanes su prudencia y valor conteniendo a la tripulación de una nave, que, pasando de Cochín a Portugal, naufragó en los bajos de Padua. Tal vez esta acción es la misma que indica Barros, y refiere con mayor extensión Antonio de Herrera en estos términos: «Hernando de Magallanes era »hombre experimentado en la mar, y de mucho »juicio. Contaban de él que, saliendo dos navíos de la India para venir a Portugal, en que »venía embarcado, dieron en unos bajos y que se »perdieron, y que se salvó toda la gente y mucha parte de los bastimentos en los bateles en »una isleta que estaba cerca, desde donde acordaron que enviasen o fuesen a cierto puerto de la »India que distaba algunas leguas; y porque no podían ir todos de una vez, hubo gran contienda sobre los que habían de ir en el primer viaje. Los capitanes hidalgos y personas principales querían ir »primero. Los marineros y la otra gente decían que »no sin ellos. Y vista por Hernando de Magallanes »esta peligrosa porfía, dijo: *Vayan los capitanes y »hidalgos, que yo me quedaré con los marineros; »con tanto, que nos juréis y déis la palabra de que »luego en llegando enviaréis por nosotros.* Contentáronse los marineros y demás gente menuda de »quedar con Hernando de Magallanes; y porque »estaba en un batel, cuando se querían partir, despidiéndose de los amigos, le dijo un marinero: »*Ah señor Magallanes, ¿no nos prometistes de quedar con nosotros?* Dijo que era verdad; y al momento saltó en tierra y dijo: *Veisme aquí, y se »quedó con ellos, mostrando ser hombre de esfuer-*

»zo y de verdad, y así lo encontraba en sus pensamientos, que era hombre para emprender cosas grandes, y que tenía recato y prudencia, aunque no le ayudaba mucho la persona, porque era de cuerpo pequeño.»

Hallóse en la conquista de Malaca, donde por el aviso que llevó anticipadamente al general Diego López de Sequeira de las tramas que habían urdido los malayos para asesinar traidoramente a los portugueses, que estaban en tierra y a bordo, no sólo consiguió salvar la vida de aquel general y sus tripulaciones, sino que también auxilió con el batel en que iba a otro que fugitivo desde tierra venía a buscar el amparo de las naos con Francisco Serrano y algunos grumetes, perseguido y acosado por los barcos enemigos.

No satisfecho Alfonso de Alburquerque con las primeras conquistas que hizo en la India, envió desde Malaca, hacia el año 1510, a Antonio de Abreu, Francisco Serrano y Hernando de Magallanes, en tres bajeles a descubrir las Malucas. Cada uno tomó diferente viaje y dirección; porque Abreu arribó a las islas de Banda y volvió a Malaca con abundancia de las drogas y mercaderías más preciosas que allí adquirió, separándose de Serrano por la fuerza de un temporal que causó el naufragio de la nave de éste en las islas de Lucopino. Salvaron las personas y las armas los que iban con él, y vencieron con su valor la oposición que experimentaron de los isleños; quienes implorando su clemencia y estrechando luego su amistad los condujeron a la isla Amboíno, donde fueron bien recibidos de los naturales, que con su favor y auxilio lograron una completa victoria de otros pueblos vecinos, con quienes tenían antiguas enemistades. Cundió la fama de este suceso por aquellas islas, y sus régulos miraron a estos extranjeros como el apoyo más eficaz en las diferencias que tenían entre sí. Los reyes de Ternate y Tidore, que contendían sobre los confines de sus reinos, solicitaron con empeño el

auxilio de los portugueses. El primero se anticipó enviando diez navíos para conducir a Serrano, y mil soldados bien armados para su defensa; y el segundo, menos diligente, recibió el desaire de que sus embajadores volviesen mal despachados. Traslados los portugueses a Ternate, fueron recibidos y hospedados con amor, veneración y magnificencia, y allí asentaron (dice Argensola) *el trato y amistad en el Maluco, desde donde le extendieron a otras provincias vecinas y apartadas*. Más de nueve años permaneció Serrano en Ternate, y entre tanto, Magallanes, que había aportado a unas islas, seiscientas leguas más allá de Malaca, mantenía correspondencia con Serrano, quien satisfecho de lo bien que le iba con aquel rey, escribía a su amigo manifestándole los favores y riquezas que había recibido, y le instaba por tanto a que volviese a su compañía. Dejándose persuadir, Magallanes se propuso ir al Maluco, si en Portugal, adonde antes pensaba dirigirse, no premiaban sus servicios como deseaba. Con esta cavilación empezó a discurrir que aquellas islas, por su situación geográfica, estaban fuera del límite que pertenecía a Portugal. según las cartas antiguas hechas con arreglo a la bula de la partición del Océano. Vuelto a Europa, se afirmó más en estas ideas, continuando su correspondencia con Serrano, y consultando con otros pilotos y astrónomos en su misma patria.

Cuando estaba en Azamor, ciudad marítima de Berbería, que dominaban los portugueses, siendo capitán de su fortaleza Juan Suárez, se hizo una correría contra los moros, en la cual fué herido Magallanes de una lanza que, habiéndole tocado en algún nervio de la juntura de la corba le dejó lastimado, de modo que cojeaba un poco; aprehendieron mucho ganado al enemigo; el capitán Suárez hizo cuadrillero mayor a Magallanes y con él a Alvaro Monteiro. Los habitantes de la ciudad se quejaron en razón de las partes que debían tener en el botín hecho en aquella cabalgada; quejas que, al parecer,

no fueron atendidas entonces y produjeron después a Magallanes muchos sinsabores.

Hallábase ya de regreso en Portugal el año 1512, pues consta que en 12 de junio era *mozo fidalgo* de la Casa Real con un alquer diario de cebada y 1.000 reis al mes, y al siguiente ya había sido promovido de *mozo fidalgo* a *fidalgos escudeiro* con 1.850 reis mensuales y un alquer de cebada por día, según un recibo que firmó en 14 de julio del mismo año. Ignoramos si volvió luego a continuar sus servicios en Africa o Asia; pero lo cierto es que, después de los sucesos de Azamor que hemos referido, solicitó del rey en consideración a su clase y nobleza y a los méritos que había contraído, algunas gracias o recompensas, entre las cuales era una el acrecentamiento de su *moradía*, que así llamaban ciertos gages de honor o ventajas en la Casa Real, que aunque de corto interés material eran de sumo aprecio entre la nobleza portuguesa como indicio o prueba de mayor lustre y estimación a la calidad de caballero. Negó el rey tan moderada y justa solicitud, prevenido sin duda contra Magallanes, ya por los avisos que decían sus émulos había dado el capitán de Azamor de haberse venido sin su licencia, ya por las quejas de aquellos moradores sobre la distribución de los ganados apresados a los enemigos, ya por suponer que era fingida su cojera, como artificio para interesar en su pretensión, ya tal vez por achacársele algunas expresiones duras contra quien tan mal pagaba sus servicios; porque de tales ardidés suele valerse la envidia en los palacios de los príncipes para atacar y perseguir el mérito de los hombres más eminentes. Trató, sin embargo, Magallanes de justificarse con el rey; pero lejos de conseguirlo se le mandó partir inmediatamente para Azamor a contestar o dar sus descargos a la justicia, ante la cual era allí acusado. Obedeció, desde luego, y habiendo obtenido sentencia favorable, regresó a Portugal, sin que por esto lograra mejor trato ni mayor consideración del rey, que siempre le miró

con enojo y desconfianza. «Viéndose, pues, Magallanes (dice Faria) sin aquel precio de calidad que su rey le negaba y él creía serle debido por su nacimiento y servicios, que todo era bueno, se desnaturalizó del reino con actos públicos, y pasóse a servir al emperador Carlos V»; y defendiendo en otro lugar a Magallanes de la nota de traición o deslealtad, de que por esta determinación le acusaban algunos escritores portugueses, añade Faria: «De creer es que pues este caballero hacía tanto por la honra, que se dió por agraviado de su rey, porque no se la aumentó con una merced que le pedía, no había de querer disminuirla con procedimiento impropio de su calidad y de su pretensión... El Magallanes, pues, luego que vió que su rey, no sólo le había negado aquella honra, sino que le miraba con ceño, y con esto se añadía el gusto y la desestimación en sus enemigos que singularmente le exasperaron... publicó su agravio. Hecho esto, conoció que el asistir en su patria con su rey ofendido (porque los reyes cuentan por ofensas las quejas de sus vasallos, aunque sean justas...) tenía más de tormento que de comodidad o esperanza de adelantarse. Conocido el achaque, consultó con la honra la ambición natural a cada uno de sus aumentos, y resolvióse en hacer primero todo cuanto pudo por la honra y después por el aumento. Lo que hizo con atención a la honra, fué desnaturalizarse del reino con actos públicos para hacerse capaz de buscar otro sin nota; asegurándose que podía ir a cual le pareciese quien como él no le tenía en virtud de aquella acción pública... Pasó, pues, el Magallanes, sobre haber hecho semejante diligencia, a Castilla, y ofreció a Carlos V que le serviría; y por principio fué platicando, como le bastaba el ánimo a descubrir aquel estrecho; cosa importantísima para la navegación castellana. Fué admitido del emperador, y pasó al descubrimiento, y consiguióse. Júzguese ahora por esta información y ejemplo la

»quiebra que pudo haber en la fidelidad de este caballero.»

Otro escritor portugués, no menos recomendable por su buen juicio y veracidad, después de referir las acciones de Magallanes en el Asia, continúa: «Lleno de tantos servicios hechos en obsequio de la patria con inmortal gloria de su nombre, volvió al reino, donde pretendió de la majestad del rey Don Manuel los remunerase con acrecentamiento de la *moradía*; merced tan proporcionada a la cualidad de su persona como inferior a su merecimiento. No accedió el rey, con injuria de la soberanía, a tan justificada súplica, de cuya repulsa se penetró tan altamente Magallanes, que ausentándose de su patria, como indigna de un hijo tan benemérito, pasó a Castilla, donde para que en ningún tiempo fuese acusada su fidelidad de menos pura para la corona de Portugal, se desnaturalizó con públicas y solemnes demostraciones, y buscando la majestad cesárea de Carlos V, le prometió descubrir un nuevo camino para las islas Malucas, de cuya navegación y conquistas recibirían los españoles opulentas conveniencias. Aceptó luego la oferta el emperador, confiando del heroico espíritu de Magallanes que ciertamente la desempeñaría.»

Antes de salir de su patria procuró asegurarse del plan o proyecto que tenía meditado, ya consultando con algunos pilotos prácticos en las navegaciones al Asia, ya examinando las cartas de aquellos mares y la altura del Este-Oeste, que así llamaban a la longitud; por la cual creía que las Malucas caían dentro de la demarcación de Castilla, según la bula de partición del Océano dada por Alejandro VI. Pero todavía se afirmaba más en ello Magallanes por su correspondencia con Francisco Serrano, pues habiendo estrechado su amistad desde que estuvieron juntos en la toma de Malaca, se escribían frecuentemente hallándose el uno en Portugal y el otro en Ternate; por cuyo medio, y por su instrucción y sólidas noticias en la marinería,

vino a concebir que, tomando otra derrota y navegación que la seguida hasta entonces, se podría pasar a aquellas islas; y parece que previendo lo que había de suceder en sus pretensiones, y lo que había de ejecutar por satisfacción o venganza de su agravio, ya antes de eso escribía a su amigo que brevemente por otro nuevo camino esperaba ir a ser su huésped en Ternate. Así lo quiso ejecutar y fué a hacer este ofrecimiento a Castilla, adonde le siguió un insigne astrónomo llamado Rui Falero, que se manifestaba también agraviado del rey de Portugal, y con quien se había concertado de antemano para venir ambos a servir al rey Don Carlos. Otro de los que en este tiempo se pasó y vino a Castilla por una injusticia que recibió del mismo rey, fué un rico mercader de Amberes llamado Cristóbal de Haro, que entonces residía en Lisboa, teniendo sus factores y criados en la India, a los cuales enviaba en las armadas portuguesas, sosteniendo allí un comercio tan activo como lucroso y dilatado; y por ellos tenía exactas noticias de la situación, secretos, producciones y otras cosas de aquellas tierras. Magallanes se adelantó a todos en su viaje, y despidiéndose del rey, aunque sin decir el destino que llevaba o la patria que se proponía adoptar, partió de Portugal y llegó a Sevilla el día 20 de octubre de 1517, con ánimo (según decía) de hacer saber al rey Carlos I un negocio que importaba mucho a su corona. Cabalmente había llegado este príncipe desde Flandes a Villaviciosa en Asturias el 19 de setiembre, y habiendo pasado con la armada a Santander, marchó por tierra a San Vicente de la Barquera, y siguió su viaje por Reinosa a Burgos y a Palencia, dirigiéndose luego a Tordesillas a ver a su madre, y últimamente a Valladolid, donde entró el día 18 de noviembre. Quiso Magallanes tratar desde luego de sus planes y entrar en conciertos con los oficiales de la contratación, creyéndolos con facultades para ello; pero cuando supo que no las tenían, resolvió sus-

pendier allí toda conferencia y marchar a la corte apenas llegase Rui Falero, con quien estaba comprometido para hacer juntos aquel viaje. Halló Magallanes en Sevilla mucho favor y agasajo en casa de Diego Barbosa, portugués, comendador de la Orden de Santiago, teniente del alcaide de los alcázares y atarazanas reales de aquella ciudad, por don Jorge de Portugal, alcaide principal. Había navegado a la India de capitán de un navío en la armada que el año 1501 fué al mando de Juan de Noua, y estaba casado con doña María Caldera. Del obsequioso y familiar trato que le dispensaron estos señores, con quienes tenía parentesco, resultó que Magallanes casase con una hija de ellos llamada doña Beatriz Barbosa, probablemente antes del 20 de enero de 1518, en que salió de Sevilla para la corte, y no después de haber concluido su capitulación con el rey el 22 de marzo, como han creído algunos historiadores. También encontró desde su llegada a aquella ciudad la mejor acogida y más franca generosidad en el factor de la casa de la contratación, Juan de Aranda, y deseando corresponderle con su confianza, se resolvió Magallanes a comunicarle su proyecto y las ventajas que se seguirían de su ejecución; y el factor, por su parte, habiendo tomado informes en Portugal, y asegurado su favorable concepto relativamente a la propuesta y a su autor, escribió reservadamente al gran canciller, diciéndole ser éste persona segura y capaz para hacer al rey un gran servicio. Recatóse para esta recomendación de Magallanes, quien nada supo por entonces; pero como en la confianza hecha al factor hubiese faltado al concierto que tenía con Falero de no revelar su proyecto ni tratar de él con persona alguna en particular, sino mancomunadamente, luego que llegó a Sevilla, mes y medio después de su compañero, y supo lo que había pasado entre éste y el factor, se incomodó mucho, reconviniendo a Magallanes por su ligereza y falta de cumplimiento en sus compromisos. Avi-

niéronse al fin y renovaron el convenio de ser iguales, con obligación de comunicarse recíprocamente cuanto se hiciese o llegase a su noticia. Resolvieron también irse a la corte desde luego, y aunque el factor les rogaba esperasen la contestación a la carta que había escrito, le respondían con amargas quejas, porque lo hubiese hecho sin su consentimiento. Propúsoles después hacer el viaje en su compañía, pero Falero dijo que no, porque ellos habían de ir por Toledo y él iba por el camino de la Plata, y sólo convinieron en esperarse en Medina del Campo, para pasar unidos a Valladolid.

Partieron al fin de Sevilla Magallanes y Falero el 20 de enero de 1518 con la duquesa de Arcos, por la vía de Escalona, y el factor por el otro camino. Andadas tres leguas recibió éste un mensajero con la contestación del rey, agradeciéndole el aviso y encargándole fuese con Magallanes, porque deseaba conocerle y hacerle mercedes. Inmediatamente despachó el factor un correo a los viajeros, que los alcanzó en el puerto del Herradón, diciéndoles cuanto el rey le contestaba, y añadiendo que él partía para Medina del Campo, donde le hallarían. Así se verificó, y reunidos todos tres partieron para Valladolid. Al llegar cerca de Puente-Duero les dijo Aranda que ya no estarían quejosos por lo que escribió, antes bien, por ello y por lo que haría con el rey enterándole de los buenos informes que tenía de Portugal, le debían dar parte del bien que Dios les hiciese. Ofrecieronle la octava parte si se lograba que el rey armase sin costa de ellos, teniendo además consideración a sus buenos oficios hechos y por hacer, y a que les había ofrecido dineros en Sevilla y Valladolid, y prestádoslos efectivamente a Falero. Este, sin embargo, se negó a condescender con el deseo del factor de que le diesen el quinto; y vista esta negativa les dijo que nada quería, y que le diesen o no, él les favorecería en todo, pues en ello hacía servicio a su soberano. Desde allí el factor se fué derecho a Valladolid; Ma-

gallanes y Palero a Simancas, donde deteniéndose tres días, pasaron a la corte, que a la sazón residía en aquella ciudad. Luego que llegaron los llevó el factor a hablar con el gran canciller, con el cardenal y con el obispo de Burgos, haciendo cuanto estuvo de su parte para que se formalizase el asiento de sus promesas. Ya estaba concluido, aunque no firmado, cuando les recordó su trabajo y el ofrecimiento que le habían hecho, y en consecuencia le otorgaron la octava parte por escritura pública en Valladolid a 23 de febrero de 1518, con tal que el rey hiciese el gasto de la armada.

En las conferencias que a veces, unido con sus compañeros, tuvo Magallanes con tan autorizados personajes, trató de persuadirles que las islas Malucas, de donde los portugueses llevaban por contratación la especería a Malaca, caían en la demarcación de Castilla, siendo de parecer que si S. A. enviase sus naos y armadas por los mares occidentales, se podría traer a estos reinos gran copia de especería a menos costa que la conducían los portugueses desde Malaca y Calicut. Para hacer más palpable esta demostración, dicen algunos escritores que traía Magallanes un globo bien pintado, y en él señalaba al rey y a sus ministros la derrota que pensaba llevar, reservando siempre la situación del Estrecho según la imaginaba, y omitía de propósito, para que otro no le ganase por la mano en su descubrimiento; y aun atribuyen la confianza que manifestaba para conseguirlo a haber visto señalado aquel paso oculto y escondido en una carta hecha por Martín Behem, que se guardaba en la tesorería del rey de Portugal; especie incierta, desmentida por el silencio de los historiadores portugueses, jueces irrecusables en este asunto; por la misma derrota que siguió el descubridor sin rumbo seguro, fiado en conjeturas hijas de su estudio y meditación, y por la incertidumbre que tenía cuando en el río de Santa Cruz dió a sus capitanes la instrucción para buscar el Estrecho, siguiendo aquella costa, aunque

para ello llegasen a los 75° de altura en aquel hemisferio. Lo cierto es que así al rey como a los de su consejo pareció esta propuesta tan ideal como difícil, por juzgarse entonces que el continente americano (aún no enteramente reconocido) se extendía de Norte a Sur, sin interrupción y sin dejar paso o estrecho que se pudiese atravesar para la comunicación de los dos mares. Luchando con estas dudas y dificultades, dilataban la resolución del proyecto, trayendo entretenidos a sus autores; pero como éstos insistiesen en ello con empeño, deseando se hiciese por su mano e industria el descubrimiento de esta nueva derrota para las Molucas, se ofreció Magallanes a ir en persona a descubrirlas, y Cristóbal de Haro a armar a su propia costa y de sus amigos las naos que para aquel viaje fuesen necesarias. El emperador, ya más confiado y estimándolo más decoroso, resolvió al fin que todo el armamento y apresto de la armada se hiciese a sus propias expensas, dando por sí a Magallanes la conveniente instrucción para ejecutar una empresa que muchos creían imposible, y otros por lo menos muy aventurada.

No se perdió tiempo en las diligencias restantes, pues Magallanes y Falero presentaron desde luego un memorial, ofreciendo al rey descubrir y abrir camino para poner bajo de su dominio muchas islas y tierras de gran provecho, cumpliéndoles y guardándoles las mercedes que pedían, ya en el caso de que el armamento fuese a costa de S. A., ya se hiciese a expensas de los proponentes. Aceptó el rey lo primero, y resolvió lo que estimó conveniente en cada uno de los nueve artículos que contenía la propuesta, desentendiéndose de la segunda, respecto de que tomaba a su cargo el gasto de la expedición. En 22 de marzo se concluyó solemnemente este contrato, y se mandaron armar cinco navíos con la gente, mantenimientos y demás cosas necesarias para el viaje; expidiéndoseles al mismo tiempo los títulos de capitanes de aquella armada a Ma-

gallanes y a Falero, con todas las facultades que hasta entonces habían usado los capitanes de mar, cuyo sueldo, de 50.000 maravedís, se mandó abonarles desde esta fecha en la casa de la contratación de Sevilla.

Concluídas las cortes de Castilla, que celebró el rey en Valladolid, partió para Aragón a principio de abril de 1518, y se detuvo algunos días en Aranda de Duero, donde se hallaba retirado el infante Don Fernando; y deseando activar la expedición y dar muestras a Magallanes y a Falero de la confianza y aprecio que le merecían, expidió desde allí en 17 del mismo mes varias Reales cédulas mandando: 1.º Que además del sueldo que les había asignado como a capitanes suyos, se les abonasen 8.000 maravedís cada mes mientras sirviesen en la armada en que iban a descubrir. 2.º Que también se les diesen a cada uno 30.000 maravedís para ayuda de costa, la cual cobraron el 7 de mayo. 3.º Que aun cuando muriesen en la demanda se cumpliesen en sus herederos las mercedes que se les habían concedido a perpetuidad, siempre que dejasen a sus sucesores en el mando tal instrucción que asegurase la conclusión de la empresa. 4.º Que los oficiales de la contratación hiciesen examinar de pilotaje al sujeto que presentasen Magallanes y Falero, como éstos lo habían solicitado, y hallándolo hábil se le nombrase piloto real, con 20.000 maravedís de salario, sin los 3.000 que debería disfrutar mensualmente mientras durase el viaje. 5.º Que los mismos capitanes observasen la instrucción que se les enviaba, y en la cual se les prevenía, entre otras cosas, que fuesen a Sevilla y entendiesen con los oficiales de la contratación en aprestar la armada, que en ella irían factores, contadores y escribanos nombrados por el rey; que por mano de éstos se haría todo rescate y trato; y que cuanto se adquiriese se entregase al tesorero o factor que fuese por S. A., quien lo traería a la casa de Sevilla.

Continuó el rey su viaje desde Aranda por Ca-

latayud a Zaragoza, donde llegó el 7 de mayo, hospedándose en la Aljafería, hasta que el día 15 hizo su entrada pública en la ciudad. Siguieron la corte Magallanes y Falero, con el fin de promover y activar las providencias que restaban para el apresto de la armada, que iba más despacio de lo que ellos querían, ya por la falta o escasez de caudales, ya por los obstáculos o dificultades que presentaban los empleados en la administración, ya por las intrigas y reclamaciones de la corte de Portugal. De allí había venido como embajador Alvaro da Costa, camarero y guardarropa mayor del rey Don Manuel, a tratar el casamiento de éste con la infanta Doña Leonor, hermana del rey Don Carlos; y como aquella corte estaba recelosa y desconfiada con la venida de Magallanes a Castilla, con las propuestas que había hecho y con el favorable acogimiento que tuvo, el embajador no cesó de trabajar para apartarle de su empresa. Decíale que de llevarla al cabo, no sólo ofendía a Dios y a su rey, sino que manchaba para siempre su honra y reputación en perjuicio de sus parientes, siendo además causa de disgustos y resentimientos entre los dos príncipes, precisamente cuando iban a estrechar más los vínculos de su amistad y parentesco. Magallanes le contestaba que tenía ya dada su palabra al rey de Castilla, y que en faltar a ella ofendería más a su conciencia y a su honor que en no aceptar el consejo que le daba. Saliéndole vano este paso, habló el embajador fuertemente a los ministros, quejándose, en nombre de su rey, de que admitiesen en Castilla aquellos vasallos suyos, y escuchasen sus discursos llenos (según él decía) de vanidad y de agravio contra su monarca y contra su corona. Hallándose enfermo Chievres en aquellos días se presentó al rey, a quien seria y enérgicamente hizo las mismas reconvencciones por haber recibido los vasallos de otro rey su amigo, que era cosa que entre caballeros no se acostumbraba, y en ocasión en que no debía disgustarlo por negocio tan incierto y de tan poca importancia,

acriminando mañosamente la conducta de Magallanes y Falero. Respondió el rey con muy buenas palabras que no era su ánimo disgustar al de Portugal, y que viese al cardenal y le informase de todo. Hízolo así, y como este favorito no juzgaba bien del trato con Magallanes, ofreció al embajador con expresiones cortesanías hacer en su favor cuanto pudiese. De resultas se consultó al obispo de Burgos (que era el principal apoyo y promovedor de la empresa), y a otros dos del consejo de Indias, quienes persuadieron al rey a seguir lo comenzado, porque el descubrimiento de que se trataba caía en los límites de su demarcación, y sería mengua revocar un tratado concluido con tanta solemnidad y con esperanzas tan lisongeras. Con estas y otras poderosas razones se confirmó el rey más en su propósito; y desde entonces conoció el embajador la ineficacia de sus capciosas diligencias y negociaciones. Así es que dando cuenta de todo a su soberano, le decía que el cardenal y Chievres echaban la culpa a los castellanos del empeño que el rey Don Carlos tomaba en aquel negocio, sin que fuese posible hacerle variar de resolución; y que así le aconsejaba, como único medio para lograr su intento, que procurase a toda costa ganar y recoger a Magallanes, sin hacer caso del bachiller Falero, que estaba casi loco. Con estas noticias se inquietaron de nuevo los ministros y cortesanos en Portugal, y se repitieron los consejos y las juntas; tratóse en ellas con calor y empeño de este asunto, y hubo pareceres para que los llamasen haciéndoles mercedes; otros lo contradecían porque no sirviese de ejemplo para que algunos hiciesen lo mismo, y no faltó quien aconsejaba que los matasen, porque el negocio que trataban era perjudicial a Portugal. Cundieron estas voces por Zaragoza, diciéndose públicamente que se pensaba o intentaba matar a Magallanes y a Falero, y así (dice Herrera) *andaban entrambos a sombra de tejado*; y cuando les tomaba la noche en casa del obispo de Burgos, enviaba sus criados que los acompañasen. Al-

gún fundamento debieron tener estos recelos, puesto que pareció conveniente despachar para Sevilla a Magallanes y a su compañero sin dilación; pero antes les dió el rey audiencia pública en presencia de su consejo; les condecoró, haciéndolos caballeros de la Orden de Santiago, confirmándoles los títulos de capitanes y ratificando las condiciones ya estipuladas en el asiento o concierto concluído en Valladolid a 22 de marzo de aquel año.

Los oficiales de la contratación, que siempre manifestaron aversión a Magallanes, desde luego que supieron el buen recibimiento que tuvo, las gracias que se le dispensaron y los términos en que se había concluído la capitulación, representaron al rey, haciéndole algunas reflexiones y poniendo muchos reparos y dificultades sobre el apresto o habilitación de la armada, con intento disimulado de frustrar o entorpecer la expedición; pero el rey, después de tomar los convenientes informes, declaró en respuesta su decidida y expresa voluntad de que se efectuase el consabido y concertado viaje, con arreglo a las prevenciones que les haría el obispo de Burgos, por la gran confianza que se tenía de los emprendedores, y por la mucha utilidad espiritual y temporal que resultaría de su ejecución para sus estados. Señalábanseles al mismo tiempo los fondos de donde debían tomar las cantidades necesarias para el apresto de la armada *a vista, contentamiento y parecer de los mismos Magallanes y Falero*. El primero llevó esta carta cuando regresó a Sevilla, según consta de la contestación que dieron desde aquella ciudad el doctor Matienzo, Juan de Aranda y Pedro de Isásaga, diciendo en 16 de agosto que la habían recibido con el comendador Magallanes. Antes de salir éste de Zaragoza se había concluído el tratado del matrimonio de la infanta, y a instancia del rey su esposo y de sus reinos pedía el embajador se acelerase su viaje a Portugal, como al instante se verificó, partiendo de aquella ciudad el día 13 de julio con suntuoso acompañamiento. Pa-

recióle al rey Don Carlos oportuna esta ocasión de escribir a su cuñado para mitigar el disgusto que tenía por no haber logrado su deseo respecto a la empresa de Magallanes, asegurándole que por ella no recibiría daño ni menoscabo alguno; bien que estas palabras no bastaron a disipar sus recelos y desconfianzas. Así es que por medio de su embajador continuaba en Barcelona (adonde había pasado la corte) sus instancias y negociaciones, que eran más activas y eficaces, cuanto más se adelantaba el apresto y se acercaba el tiempo de la salida de la armada.

Desde que llegó a Sevilla Magallanes, procuró acelerar la habilitación o apresto de la armada con el mayor celo, actividad y eficacia, y todo era menester para contrarrestar las malignas y ocultas asechanzas con que se intentaba por varios medios desconcertar tanto conato y diligencia. Frecuentemente escribía al rey y a su protector el obispo de Burgos para que informase a S. A. de lo que pasaba; y así pudo obtener los caudales que se le habían asignado y le escaseaban los empleados en Sevilla, supliendo mucha parte el tesorero Alonso Gutiérrez y Cristóbal de Haro con su propio dinero, y poniendo algunos mercaderes de aquella ciudad lo que faltaba y debían haber suministrado los ministros del rey para completar el armamento y avío de las naves. Luchaba Magallanes con grandes y poderosos adversarios, tanto más temibles, cuanto eran más encubiertos y disimulados, los cuales o intentaban seducirlo con dádivas y magníficos ofrecimientos para que, abandonando su empresa, se restituyese a Portugal, o promovían dificultades y obstáculos para evitar que se llevase a cabo, o fomentaban disgustos, competencias y discordias entre sus principales agentes. Así sucedió que el día 22 de octubre de 1518, habiendo llegado Magallanes de *tirar una nao a tierra*, siendo la marea muy de madrugada, se adelantó a disponer los aparejos y todo lo necesario para aquella maniobra; y cuando fué hora

de trabajar la gente, mandó colocar cuatro banderas con sus armas en los cuatro cabrestantes donde se acostumbraban poner las de los capitanes, porque las del rey habían de ir encima de la nao con otra alusiva al misterio de la Santísima Trinidad, cuyo nombre y advocación tenía; pero aunque el factor fué por ellas no las pudo traer por no estar aún acabadas de pintar. Entretanto acudió mucha gente a observarlo todo por mera curiosidad, tomando ocasión los malévolos para murmurar de Magallanes, sin percibirlo éste, suponiendo maliciosamente que eran las armas del rey de Portugal, hasta que fueron a decírselo a tiempo que llegaba un alcalde de la mar por el teniente de almirante, diciendo al pueblo que las quitasen y rompiesen. Entonces se le presentó Magallanes y le dijo cómo aquellas armas eran las suyas y no las de Portugal, siendo él además vasallo del rey de España; con esta respuesta volvió a continuar su trabajo. Pero no satisfecho el alcalde insistió en poner por obra su mandato; y como no lo consintiese el doctor Sancho de Matienzo, viendo por otra parte que el alboroto crecía, envió a rogar a Magallanes que las hiciese quitar para excusar el escándalo que ya se notaba. Complacióle en esto, sin embargo, de tenerlo por afrenta, hallándose presente una persona enviada con secreto por el rey de Portugal a rogarle que se volviese a su servicio. El alcalde fué a llamar al teniente de almirante para que apoyase sus providencias, y de paso llamó y reunió más gente con intento de apoderarse de Magallanes. Tuvo con él serias contestaciones; intentó prenderle; apellidó auxilio; salió a la defensa el doctor Matienzo, requiriendo al teniente de almirante no hiciese ni autorizase cosa tan contraria al servicio del rey, pero la gente que consigo traía echó mano del doctor, amenazándole con las espadas desnudas sobre su cabeza. Notando Magallanes tal tumulto y el escarnio que de él se hacía, que sus jornaleros abandonaban el trabajo, y conociendo el peligro en que quedaba la nao, se la

dejó al teniente de almirante y al otro teniente de asistente que allí estaban, aunque no muy dispuestos para hacer justicia. Conociendo Matienzo que sin Magallanes no se podía sacar la nave, lo detuvo para que no resultase algún grave daño, sin que se prestasen con este motivo a dar auxilio alguno las demás autoridades, aunque fueron requeridas para ello. Indignado Magallanes, representó enérgicamente al rey se dignase tomar providencias para que ellos fuesen bien tratados y se castigasen los promovedores de semejantes atentados, que siempre redundaban en daño de su real servicio. Matienzo, por su parte, instó para lo mismo, pidiendo se les diese alguna satisfacción. Así lo hizo el rey y escribió a Magallanes, mostrándole el sentimiento que le había causado tan fatal suceso, agradeciendo a Matienzo lo que le había favorecido poniéndose en aquella ocasión de parte suya, reprendiendo al asistente y a la ciudad por no haber acudido contra el alcalde del almirante, y mandando a los oficiales de la contratación que recibiesen información del caso para que se castigase severamente a los que resultasen culpados. Estas cartas llegaron a Sevilla el día 4 de diciembre.

Entrado el año 1519 salió de Zaragoza el rey para Cataluña; llegó a principios de febrero a Lérida y entró en Barcelona el día 15 del mismo mes con lucidísimo acompañamiento. Siguió también la corte el embajador de Portugal, sin cesar en sus maquinaciones contra Magallanes y su empresa; pero el rey, constante en favorecerla y acelerarla, sabiendo por los avisos que recibía de aquel capitán el estado de la habilitación de sus buques, y por los informes que le daba el obispo de Burgos los medios de allanar las dificultades que ocurrían, creyó ya oportuno y conveniente proveer los empleos para el servicio de la armada, y así expidió en 30 de marzo los nombramientos de tesorero, a Luis de Mendoza; de veedor general y de capitán de la tercera nao, a Juan de Cartagena, pues las dos primeras

las habían de escoger para sí Magallanes y Falero. En 6 de abril nombró capitán de la cuarta o quinta nao a Gaspar de Quesada, y en 30 del mismo, contador a Antonio de Coca. También mandó el rey en 5 de mayo a los oficiales de la contratación: 1.º Que no fuesen en la armada más de los 235 hombres, conforme se asentó; antes, si ser pudiese, y sin hacer falta, se disminuyese su número; pero que siempre su recibo o admisión fuese con parecer o a juicio de Magallanes, *por cuanto tiene de esto más experiencia*. 2.º Que él y Falero declarasen por escrito la derrota que se hubiera de llevar; y según ella y con su acuerdo se formase la instrucción con todos los regimientos de altura que dieran, mostrándola a los pilotos que han de ir, y entregando a cada uno un traslado autorizado para su observancia. 3.º Que la pólvora, municiones, armas y otras cosas que sobraren y no fueren necesarias, las reciban y conserven para emplearlas cuando convenga, pagando a dichos capitanes lo que les hubieren costado; en la inteligencia que S. A. recibirá agradable servicio de que en todo sean asistidos a su satisfacción, y de que mediante el trabajo y diligencia de los mismos oficiales, saliese la armada para el tiempo que se mandaba, o antes si ser pudiese. Previno igualmente a los mismos oficiales, que no pudiendo proveerse de su cuenta, por los muchos gastos ocurridos, las mercaderías que habían de ir en la armada, había autorizado al obispo de Burgos para que se hiciesen contratas con mercaderes que suministrasen lo necesario, así para el armamento y gastos, como para los géneros o mercancías que se debían llevar, dándoles el interés que resultase del provecho o ganancia de la expedición, concediéndoles además que en otros tres viajes a la especería pusiesen igual parte que ahora con el mismo beneficio. Esta providencia debió producir buen resultado, pues ya a mediados de abril decía el obispo que toda esta provisión, que era la única que faltaba, estaría pronta para mayo; y en

consecuencia mandaba el rey que la armada partiese en todo aquel mes con las mercaderías o sin ellas. Mandó que a Francisco Falero, hermano de Rui Falero, se le asignasen 35.000 maravedís para que residiese en Sevilla, entendiendo desde luego en las cosas de la armada que se había de enviar tras la que llevaban a descubrir Magallanes y su hermano. Que al piloto Juan Rodríguez Mafra, que iba con Magallanes, se le aumentase el salario 6.000 maravedís para completarle el de 30.000 que debía disfrutar. Ofreció a los pilotos y maestros premiarlos conforme a sus servicios con privilegios de caballerías y otras mercedes, acabada que fuese la expedición, y expidió una cédula para que los 50.000 maravedís que por capitán tenía Magallanes, se pagasen durante el viaje a su mujer doña Beatriz de Barbosa. Finalmente, entre otras muchas providencias que el rey despachó durante su permanencia en Barcelona, merece consideración especial la instrucción dada a Magallanes y a Falero para su gobierno y dirección en el viaje que iban a emprender.

A proporción que se aproximaba la salida de la armada, crecían los ardides y estorbos que para impedir la o dilatarla se ponían por los agentes de la corte de Portugal. Eralo particularmente en Sevilla un portugués, llamado Sebastián Alvarez, que le servía de factor en Andalucía; el cual, en 18 de julio de 1519, escribía a su rey informándole de que acababan de llegar juntos a aquella ciudad Cristóbal de Haro, Juan de Cartagena, factor mayor, y Juan Esteban, tesorero de la armada, con prevenciones en que había capítulos contrarios a la instrucción de Magallanes; que los oficiales de la contratación, como tanto aborrecían a éste y *no le pueden tragar*, se pusieron de parte de los recién venidos, y movieron con él tales disputas, cuestiones y malas palabras, que mandaron pagar sus sueldos a toda la gente marinera y militar, menos a los portugueses, sobre lo que habían escrito a la corte. Aprovechando Alvarez esta ocasión para cumplir las órde-

nes reales que tenía, se fué a la posada de Magallanes, diciéndole que sería la última vez que le hablaría como su amigo y buen portugués, disuadiéndole de una empresa de tanto peligro y tan en deservicio de su rey natural. Contestóle Magallanes que era pundonor suyo seguir lo empezado, y mediaron otras razones, en las cuales Alvarez le afeó su venida de Portugal por haberle negado su señor cien reis más al año de moradía; que ya veía dos instrucciones contrarias a la suya y a lo capitulado; que Rui Falero decía abiertamente que no había de seguirle y había de navegar al sur o no iría en la armada; que hasta los castellanos le miraban como ruín y traidor contra su patria; que creía ir por capitán mayor, y él sabía lo contrario; que no se lo darían a entender sino cuando no tuviese remedio; que no hiciese caso de la miel que le ponía en los labios el obispo de Burgos, y que si le daba carta para el rey de Portugal él la llevaría y sería su agente, procurando su negocio. Habló también a Falero dos veces, y ni de uno ni de otro obtuvo una respuesta decisiva y terminante, cual la deseaba. Parecíale que Falero tenía vuelto el juicio, y confiaba en que si lograba ganar a Magallanes el otro le seguiría. Dábale también cuenta al rey de los navíos de que se componía la armada, de sus capitanes, tripulaciones y armamento, de los portugueses que iban en ella, de la familia que Falero había llevado a Sevilla, de la parte que tenía en la armada Cristóbal de Haro, de la derrota o dirección que se decía habían de llevar hasta el Maluco, cuya tierra había visto situada en el globo que hizo en Sevilla el hijo de Reinel, y concluyó después su padre; que por este padrón hacía todas las cartas Diego Rivero, como también los cuadrantes y esferas; que desde Cabo Frío hasta las islas del Maluco no había por esta navegación ningunas tierras situadas o marcadas en las cartas que llevaban para el viaje, y finalmente, le informaba de una armada que se

disponía para el Darien y de otra que se proyectaba para seguir a Magallanes e ir en su socorro.

Como ni por estos medios pudiesen los agentes de Portugal conseguir el objeto de sus cautelosas asechanzas, promovieron luego la discordia y la desconfianza entre los principales caudillos de la expedición. Ya hemos visto cómo Sebastián Alvarez procuraba meter cizaña murmurando de Rui Falero en las conversaciones que tuvo con Magallanes, y acaso nacieron de allí las diferencias que los dos tuvieron entre sí, poco antes de salir la armada, sobre quién había de llevar el estardante real y el farol; de cuyas resultas mandó el rey, por carta dada en Barcelona a 26 de julio, que pues Falero no se hallaba con entera salud, se quedase hasta otro viaje, *e que no vaya por capitán con él* (con Magallanes) *juntamente en el armada que S. A. manda hacer del Especería*. Con esta orden requirieron a Magallanes para su cumplimiento los jueces oficiales de la casa de la contratación, el doctor Sancho de Matienzo y Juan López de Recalde, a quienes se encargaba la elección y el nombramiento de los despenseros que habían de ir en la armada, y que los escribanos de las naos fuesen los que Magallanes tenía nombrados, siendo naturales de estos reinos. Magallanes contestó a esta intimación que por servir a S. A. se conformaba en que el comendador Rui Falero se quedase, yendo en su lugar Juan de Cartagena, *como su conjunta persona*, según S. A. lo mandaba y lo tenía mandado antes por las reales provisiones que había traído el mismo interesado; que convenía también en que Francisco Falero fuese por capitán de una de las naos, con tal que su hermano Rui Falero entregase a los oficiales de la casa y a él su método de observar la longitud del este-oeste con los regimientos correspondientes, como había ofrecido, y que no haciéndolo así no consentiría en su quedada, sino en que fuese al viaje como entre ellos estaba capitulado. Respecto a los despenseros, dijo que tenía puestos

dos portugueses, uno casado en Sevilla y otro soltero, criado suyo, ambos de toda su confianza, y que darían buena cuenta a S. A. de todo lo que estaba a su cargo. En cuanto a que no fuesen en la armada ningunos hombres de mar portugueses, contestó Magallanes que los maestros de las naos se los presentaron por ser aptos y suficientes cada uno para su cargo, y él los recibió en virtud de una real cédula que le autorizaba para *que la gente de mar que se tomase fuese a su contento, como persona que de ello tenía mucha experiencia*; y así lo hizo con otros muchos extranjeros, como venecianos, griegos, bretones, franceses, alemanes y genoveses, por no hallarse entonces gente marinera de estos reinos que quisiesen ir, sin embargo de haberse hecho pregonar en Málaga, en Cádiz, en todo el condado y en Sevilla, expresando el sueldo que S. A. les mandaba dar; pero que si los oficiales de la casa se los proporcionasen en lugar de los portugueses y fuesen de su satisfacción, él los recibiría con tal que no se acrecentase más el gasto de la armada. En lo tocante a los otros portugueses sobresalientes, y de su servicio, que la real orden reducía al número de cinco, habiéndose antes mandado que ninguno se llevase, y que así quedó asentado según decían los oficiales, respondió que mostrándole tal asiento o la cláusula de la capitulación que lo expresase de aquel modo, él lo cumpliría en todo y por todo; porque de no hacerlo así, sólo guardaría *la capitulación e regimiento que le dió S. A. en Barcelona*, y se obligó a guardar y cumplir; añadió que por medio de Juan de Cartagena recibió carta del rey diciéndole *que (este factor) no traería cosa innovada en contrario de lo que él trajo*; por lo que no hallaba razón para dejar los portugueses que había escogido, unos como que eran sus parientes e fidalgos, y otros como sus criados domésticos; y en fuerza de todo requería a dichos oficiales que no se lo impidiesen, porque él no había de dejarlos sino cuando él mismo se quedase; y pues ya estaba de

partida, la armada pronta a dar la vela y comunicadas todas las órdenes a los capitanes y pilotos, ellos serían responsables de que se malograra una empresa tan conveniente al servicio de Dios y del rey, y al bien general de estos reinos.

Los jueces oficiales de la contratación, oídas estas contestaciones y protestas de Magallanes, respondieron que era excusado entre personas, que todas deseaban el buen servicio del rey, hablar en aquella forma, sino procurar juntamente, que pues estaba aparejada la armada, se despachase presto y se hiciese a la vela, rogando a Magallanes que tuviese por bien hacerlo así, conformándose con los mandamientos reales que se habían recibido; que en cuanto a la quedada de Falero y demás protestas e incidentes de que hacía mérito, ellos no tenían otra cosa que hacer sino que se ejecutase lo que el rey mandaba, creyendo que aquel astrónomo daría el método para la longitud, según lo había ofrecido, y cuanto conviniese a la navegación de la armada; que en lo relativo a los despenseros, aunque fuesen personas tan de su confianza como decía, siendo portugueses, era preciso obedecer lo que S. A. prevenía, y sólo se podía disimular continuase el uno de ellos por estar casado en Sevilla. Confesando la verdad y la fuerza de razones con que Magallanes contestó al requerimiento sobre la admisión de grumetes portugueses, dijeron los oficiales que estando prontos a darle en lugar de éstos otros naturales de estos reinos, expertos en su arte y a contento de los maestros de las naos, se podía cumplir con la orden de S. A. como él mismo lo ofrecía con esta condición. En cuanto a que fuesen los sobresalientes y criados portugueses limitando el número de éstos a cuatro o cinco, y a los motivos que se alegaban para ello respondían los oficiales que nada tenían que entender en este negocio, sino en cumplir lo que el rey les ordenaba, especialmente por cartas escritas en Barcelona a 17 de junio, a 5 y 26 de julio de aquel año, encargándoles su ejecu-

ción y cumplimiento; así como se lo prevenía también al mismo Magallanes en la que había recibido recientemente sobre este artículo. Con presentación de las cartas y capítulos citados exhortaban los oficiales a Magallanes y le requerían de parte de S. A. que cumpliese sus órdenes y mandatos, siendo responsable él mismo, y no ellos, de los escándalos o daños que de no hacerlo así pudiesen resultar. Por último, le amonestaban para que las naos bajasen por el río a esperar tiempo oportuno de hacerse a la vela, sin que el anterior requerimiento le tomase por excusa para atribuirles su demora, pues si la hubiese sería por su voluntad; estando ellos prontos a contribuir con cuanto pendiese de su arbitrio y facultades, y con su eficaz diligencia para el avío y despacho de la expedición.

Bien se deja traslucir en estos requerimientos y notificaciones, y en la oposición de las nuevas órdenes con las anteriores, el influjo más o menos directo, pero siempre tenaz y constante, de los enemigos de Magallanes, y en especial de la corte de Portugal, a la que principalmente atribuye Herrera la tardanza en el despacho y salida de la armada. Hallábase ya pronta y provista de lo más necesario, y a consecuencia de las órdenes del rey el asistente de Sevilla, Sancho Martínez de Leiva, hizo solemne entrega a Magallanes del estandarte real en la iglesia de Santa María de la Victoria de Triana, recibéndole el juramento y pleito homenaje, según fuero y costumbre de Castilla, de que haría el viaje con toda fidelidad como buen vasallo de S. M. El mismo juramento y pleito homenaje hicieron a Magallanes los capitanes y oficiales de la armada de que seguirían por su derrota y le obedecerían en todo. También mandó el rey que se diesen ciertos entretenimientos o pensiones a doña Beatriz Barbosa, mujer de Magallanes, a Francisco Falero y a Rui Falero, el cual, desde luego entendiese en habilitar otra armada que se había de enviar en seguimiento de Magallanes. Concedió al

veedor Juan de Cartagena la merced de alcaide de la primera fortaleza que se hallase o se labrase en las tierras que iban a descubrir; y a los pilotos Esteban Gómez, Andrés de S. Martín, Juan Rodríguez Mafra, Vasco Gallego y Juan López Caraballo les dió exención de huéspedes en sus casas, aunque la corte entrase en Sevilla, y privilegios de caballerías a la vuelta, y un año de sueldo adelantado, y, finalmente, se previno que no fuesen al viaje por díscolos e inquietos Martín Mezquita y Pedro de Abreu, y que Magallanes pudiese llevar para su compañía sólo diez portugueses en toda la armada.

Magallanes se ocupó, desde luego, en formar su plan de señales de día y de noche y los reglamentos para el gobierno de la escuadra y disciplina interior de los bajeles; y teniendo ya a bordo lo más necesario y completas sus tripulaciones, anunció su partida con una descarga de artillería, y la verificó un miércoles a la mañana, 10 de agosto de 1519, bajando desde el puente de Guadalquivir, pasando por S. Juan de Alfarache y continuando por cerca de Coria y otros pueblos hasta Sanlúcar, donde permaneció más de un mes. Entretanto, el capitán general y los capitanes de las naos iban y venían a Sevilla en sus falúas para ocurrir a varios negocios imprevistos, allanar dificultades que todavía se promovían y proveer la escuadra de lo que se iba echando de menos y podría serla conveniente. Entonces dispuso Magallanes el memorial que dejó al rey al tiempo de su partida, declarando las alturas y situación de las islas de la Especería y de las costas y cabos principales que entraban en la demarcación de la corona de Castilla, para que, si llegaba a fallecer durante el viaje, no pudiese alegar el rey de Portugal que caían dentro de su término, ya poniendo a su arbitrio las derrotas y la situación de las costas, ya acortando los golfos, en la confianza de que nadie lo comprendiese, como el mismo Magallanes, que conocía muy bien los medios con que se ejecutaban

tales arterías. Entonces otorgó también su testamento en Sevilla a 24 del mismo mes, del cual daremos un extracto al fin de estas Memorias; y con igual fecha dirigió al rey una súplica diciendo que, respecto a tener hecha donación desde 15 de junio de aquel año al convento de Nuestra Señora de la Victoria, en Triana (por ser pobres sus religiosos) de los 12.000 maravedís de que S. A. le hizo merced cuando le dió el hábito de Santiago, queriendo que los disfrutasen mientras él viviese para que rogasen a Dios por el buen éxito de su empresa, y con cargo de ciertas misas por su devoción, suplicaba a S. A. mandase pagar al dicho convento en la casa de la contratación la expresada cantidad en los plazos en que él la percibiría si se hallase presente.

Díjole entonces que, enojado el rey de Portugal al ver fallidas sus esperanzas después de tantas diligencias y empeños para estorbar o impedir los proyectos de Magallanes, había enviado bajeles al cabo de Buena Esperanza, y al de Santa María en el río de la Plata, con el fin de interceptarle el paso al mar de la India; y que no habiéndolo encontrado en una ni en otra parte, mandó a Diego López de Sequeira, su gobernador en aquel país, enviar al Maluco seis naos de guerra contra Magallanes; lo que tampoco pudo tener efecto por otras graves ocurrencias que sobrevinieron. La constancia y el carácter firme y severo de Magallanes triunfaron al fin, no sólo de las tramas y de la mezquina política de sus adversarios, sino de otros obstáculos que le presentaban las mismas gentes que debían acompañarle, a las cuales tenía que reservar toda la extensión de su proyecto, para que la idea de los peligros de una navegación nueva y desconocida no los desanimase y retrajese de emprenderla; al mismo tiempo que recelaba, no sin fundamento, que los capitanes de las otras naos, que eran españoles, miraban con repugnancia el verse mandados por un portugués a causa de las rivalidades que des-

graciadamente existían entre las dos naciones. Tal era la situación o el estado de Magallanes cuando dió la vela de Sanlúcar de Barrameda el 20 de setiembre. Pocos días tardó en llegar a Canarias, desde donde hizo derrota a pasar entre cabo Verde y sus islas, dirigiéndose a la costa del Brasil, habiendo comenzado entonces las desavenencias entre Magallanes y Juan de Cartagena, de cuyas resultas fué éste preso y privado del mando de la nao «San Antonio». Siguió la escuadra generalmente a vista de la costa, hasta que descubrieron el 10 de enero de 1520 el cabo de Santa María, entrando en el río de la Plata, cuyo interior se reconoció para estar ciertos de que por allí no existía el estrecho que se buscaba.

Con igual prolijidad se fué reconociendo la costa que se dirigía al sur, y sus cabos y ensenadas principales; y el 31 de marzo entró la escuadra en el puerto de San Julián, donde Magallanes se propuso invernar, y para ello mandó arreglar y disminuir las raciones. Esta providencia, unida a la esterilidad del país, a la frialdad de su temperatura y al ningún éxito producido por los reconocimientos anteriores para encontrar el estrecho, comenzó a exasperar a la gente, que manifestó al general su deseo de regresar a España. Negóse Magallanes a esta demanda, exhortándolos a la constancia en los trabajos para concluir con honra lo que habían comenzado, consolándolos con la esperanza de que pronto cesaría el rigor del invierno y podrían continuar con mejor tiempo y mayor templanza la navegación; que, entretanto, tenían mucha leña para calentarse, variedad de exquisitos mariscos y pescados, aguas saludables y otras cosas en abundancia; ni aun les faltaría el pan y el vino con tal que se guardase la tasa que estaba puesta, y, finalmente, que así lo mandaba el emperador, y él estaba resuelto a morir antes que volver a España con tal mengua e ignominia. Aunque Magallanes creyó haber calmado con esto la agitación de los espa-

ñoles que llevaba, notó pocos días después nuevas discordias y disensiones entre ellos y los portugueses, renovando odios y rencores antiguos y preocupaciones vulgares, siempre funestas a la paz y ventura de las naciones. Murmuraban aquéllos de Magallanes por ser portugués, suponiéndole ideas siniestras al servicio del emperador; y, aprovechándose de este descontento, los capitanes Mendoza, Quesada y Cartagena se conjuraron contra el general, con quien ya habían tenido algunas revertas durante el viaje, y no habiendo podido éste sosegarlos ni reducirlos, hizo justicia de ellos, ejecutando la pena de muerte, por traidores, en los dos primeros, dejando desterrados en aquella bárbara tierra a Cartagena y a un clérigo que había procurado amotinar la gente, perdonando a más de cuarenta criminales y restableciendo de este modo la subordinación y la disciplina militar y marinera en sus tripulaciones.

Entretanto, la nao «Santiago», que mandaba Juan Serrano y había ido a descubrir hacia el sur, halló a distancia de veinte leguas el río de Santa Cruz; pero un recio temporal la hizo naufragar en la costa, salvándose todo su cargamento y la gente, que regresó por tierra al puerto de San Julián con grandes trabajos. Reconocióse lo interior del país hasta treinta leguas, y algunos de sus naturales de estatura agigantada, comunicaron con los nuestros; y como fuese ya mejorando la estación, Magallanes habilitó y preparó sus buques, nombró para ellos nuevos comandantes, arregló sus tripulaciones, y el 24 de agosto dió la vela de aquel puerto, habiendo permaneciendo en él cerca de cinco meses. Dos días después entró en el río de Santa Cruz, donde estuvo la armada a peligro de naufragar. Allí dió Magallanes una instrucción a los capitanes de las naos para seguir por aquellas costas hasta encontrar un estrecho o el término de la tierra firme que llevaban a la vista, aunque llegasen a la altura de 75°, advirtiéndole que antes de retroceder se les habían de

desaparejar dos veces las naos, y aun en este caso tomarían la derrota del Maluco por la vía del cabo de Buena Esperanza e isla de San Lorenzo, pero pasando muy lejos de ambos puntos. Salió, por fin del río de Santa Cruz el 18 de octubre, y hallándose el 21 a cinco leguas de tierra y en 52° de latitud austral, avistó el cabo que llamó de *las Vírgenes*, y una abra o bahía que aparecía como de cinco leguas de anchura en su entrada. Comisionó Magallanes a las naos «San Antonio» y «Concepción» para que en el término de cinco días la reconociesen; y así lo hicieron, informando a su regreso los de una nao que sólo habían hallado golfos rodeados de altísimas peñas, y los de la otra que era estrecho, según todas las señales que habían observado. Así lo creyó Magallanes; pero para mayor seguridad hizo que lo explorase de nuevo la nao «San Antonio», la cual, después de internarse en él 50 leguas, no halló su término, y volvió a reunirse con la armada. Aunque resuelto Magallanes a embocar por aquellas angosturas, quiso oír antes el consejo de los capitanes, pilotos y gente principal que llevaba, y contando con tres meses de víveres que tenían, apoyaron su intención de pasar adelante. Sólo el piloto portugués Esteban Gómez, que iba en la nao «San Antonio», opinó de diverso modo; pero Magallanes con gravedad y entereza le contestó su firme resolución de continuar descubriendo, como lo había ofrecido al rey, y para contener el influjo de la opinión que tenía Gómez de gran marinero entre aquella gente, mandó que nadie, pena de la vida, hablase del viaje ni de los víveres, y que las naos se aprestasen para partir al día siguiente. Así se ejecutó, y, atravesando la gran abra o bahía donde estaba, entró por un canal, cuya anchura sería de una legua. Rebasado éste, se halló en otra espaciosa bahía que terminaba en un canalizo, por el cual salió a un golfo donde había algunas islas. Desde allí continuaba el estrecho más regular y seguido en su angostura, aunque con frecuentes recodos y revueltas en su

dirección; y varios ancones y surgideros, donde fondeaba para descanso de la gente, especialmente de noche. Levantábase la tierra de uno y otro lado, ya desnuda y árida, ya vestida de árboles y verdura; llenas de nieve aparecían más altas las cumbres de las montañas. Había ya andado por esta angostura poco más de cincuenta leguas, cuando comisionó a la nao «San Antonio» a descubrir la salida de otro brazo de mar que se apartaba al SE. entre unas sierras cubiertas de nieve, con prevención de que regresase a los tres días. No pudo cumplirse esto porque el piloto Esteban Gómez, émulo de Magallanes, después de buscar a éste en el estrecho, sin encontrarle donde le había dejado, suscitó una conspiración contra el capitán Alvaro Mezquita, sobrino del general, y poniéndole preso en cadenas, so color de haber sido consejero de su tío en las justicias que hizo, se dirigió a la costa de Guinea y de allí a España, entrando en el río de Sevilla el 6 de mayo de 1521. Entretanto, Magallanes procuró con la mayor actividad buscar y reunir aquella nave, pero siendo inútiles sus diligencias, al cabo de algunos días continuó su navegación por el estrecho hasta advertir que doblaba la costa al Norte, formando el *cabo Victoria* y avistando hacia el Sur otro cabo con una isla, al cual llamó *cabo Deseado*. Así, pues, en el término de veinte días o veinte y dos, según Maximiliano Transilvano, desembocó al otro mar, sin haberse visto en todo aquel estrecho natural alguno, y sólo de noche varias hogueras de una y otra banda, y más en la del Sur, por cuya razón le apellidaron *tierra del Fuego*.

Salió, pues, Magallanes del estrecho el 27 de noviembre de 1520 con las tres naos «Trinidad», «Victoria» y «Concepción»; y por alejarse de aquella región fría y destemplada, hizo derrota al NO., y fué conociendo la extensión de aquel mar, que llamó *Pacífico* por no haber padecido en él tempestad alguna. Como hubiese pasado el 21 de diciembre entre las islas de Juan Fernández y las de San Félix

sin haberlas visto, fué la primera que reconoció el 24 de enero de 1521, la que llamó de *San Pablo*, si bien cubierta de arboleda, sin habitante alguno. Igualmente despoblada halló el día 4 de febrero la que nombró de los *Tiburones*, por los muchos que en ella se cogieron; pero como ni en una ni otra encontró gente ni víveres, ni consuelo de refresco alguno, las llamó también *Desventuradas*. Hallándose el 6 de marzo en 13° de latitud N., descubrió unas islas, que por la multitud de canoas que en ellas se vieron con velas triangulares de estera de Palma, nombró *Islas de las velas latinas*, y también de los *Ladrones*, porque los naturales iban muchas veces a bordo para hurtar cuanto podían. Hoy las conocemos por las *Marianas*. Dejó estas islas en 9 de marzo, y pocos días después reconoció varias de las que forman el archipiélago de *San Lázaro*, y son ahora las *Filipinas*. A resultas de un temporal fondeó en una pequeña llamada *Mazaguá*, cuyo rey le acogió benignamente, y aunque no pudo proveer la armada de lo que necesitaba, le dió noticia de cierto pariente suyo que era rey de otra isla distante veinte leguas, y le daría cuanto quisiese, ofreciéndose a acompañarle. Aceptó Magallanes tan generoso ofrecimiento, y se dirigieron a la de *Zebú*, donde por la mediación e informes del rey de *Mazaguá* logró Magallanes, no sólo hacer paces con el de aquella isla y proveer de mantenimientos la armada, sino haber labrado o dispuesto en tierra una pequeña iglesia, donde se dijo misa, a la que asistieron el rey, su familia y súbditos con mucha atención y reverencia; de cuyas resultas, y de haber oído después al sacerdote explicarles, por medio de un intérprete, la doctrina y fe católica, manifestaron deseos de hacerse cristianos; y, en consecuencia, recibieron el bautismo el rey, su familia y más de 1.200 de sus indios; solemnizando luego esta función religiosa con un convite, en el cual dió de comer a Magallanes y a los principales que le acompañaban.

Parecióle a Magallanes que la isla de *Zebú*, por su situación y por su riqueza, era la más propia para contratar con las otras inmediatas, por cuya razón mandó establecer allí una factoría; y como su rey era cristiano y amigo de los españoles, dispuso también que fuese reconocido como superior de los otros reyes comarcanos. Dos solamente obedecieron, y los demás desecharon con indignación semejante providencia, particularmente el de la isla de *Mactan*, que juntó más de 6.000 indios para resistir su cumplimiento y defenderse unido con otros régulos, sus amigos y compañeros. Irritado Magallanes con esta noticia, preparó tres bateles y sesenta hombres que creyó suficientes para combatir con armas de fuego a aquella multitud de indios que no las conocían, sin querer oír los consejos del rey de *Zebú* y del capitán Juan Serrano, que intentaban disuadirle de que diese un paso tan arriesgado como imprudente y temerario. No pudiendo retraerle de su propósito, quiso también acompañarle el rey cristiano con mil indios, aunque le previno Magallanes que no tomase parte en la batalla, pues bastaban los castellanos para vencer a sus enemigos. Embarcados unos y otros, llegaron a *Mactan* antes de amanecer, y, dejando algunos para custodiar los bateles, que por las restingas y piedras que había, quedaban distantes de la playa, desembarcó con cincuenta y cinco hombres luego que fué de día, y hallando desamparado el pueblo, incendió sus casas. A este tiempo se presentó por un lado un batallón de indios, y mientras combatía con los nuestros, se descubrió otro por distinta parte que los atacó impetuosamente con sus flechas, piedras y lanzas. Así pelearon con valor y obstinación gran parte del día, hasta que fatigados los castellanos por el gran número de los contrarios y consumidas sus municiones, juzgó prudente Magallanes retirarse con buen orden, y entonces cargó más la muchedumbre de indios, que logrando quitarle la celada de una pedrada, herir-

le luego en una pierna y derribarle en tierra, le atravesaron con una lanza, falleciendo de este modo el día 27 de abril de 1521, con el mayor sentimiento y desconsuelo de su gente. Murieron también en la acción el capitán de la nao «Victoria» y otros seis hombres. Auxiliados los demás por el rey de *Zebú*, pudieron regresar a sus naos, y, aunque poco después solicitaron por su mediación que los habitantes de la isla de *Mactan* les entregasen el cuerpo o cadáver de su general, dándoles la cantidad de mercaderías que pidiesen, se negaron absolutamente a esta demanda, diciendo que ellos querían conservarlo como un monumento de su triunfo y de la victoria que habían conseguido. En esta isla tuvieron los españoles las primeras noticias de las islas Molucas antes de la muerte de su general.

Para reemplazar a Magallanes fué elegido su primo Duarte Barbosa, según Herrera; el piloto mayor de la armada, Juan Serrano, según otros escritores, y no faltan quienes aseguran que lo fueron ambos mancomunadamente. Con pretexto de entregarles el rey de *Zebú* la joya que había ofrecido para el rey de Castilla en señal de vasallaje, los convidó a comer, encargándoles llevasen en su compañía a los capitanes y demás personas principales de la armada. Barbosa aceptó el convite, aunque Serrano más cauto o receloso, lo repugnó; pero insistiendo aquél en su resolución, éste cedió al fin, para que no achacasen su oposición a timidez o cobardía. No carecía de fundamento su sospecha, porque los cuatro reyes enemigos, reunidos en la isla de *Mactan*, amenazaron al de *Zebú* que le habían de matar y destruir su tierra si no acababa con los castellanos y les tomaba las naves. Otros refieren que un esclavo de Magallanes, que fué levemente herido cuando mataron a su señor, por vengarse de algunas injurias o amenazas que le habían hecho reprendiéndole Barbosa o Serrano, trató de malquistarlos con el rey de *Zebú*, a quien ponderándole la avaricia y mala fe

de los españoles, le dió a entender que tenían resuelto después de vencer al rey de *Mactan*, alzar-se contra él, prenderle y llevarle cautivo a sus naos. Creyólo todo el señor de *Zebú*, y haciendo secretamente su paz y alianza con el de *Mactan*, acordaron acabar de una vez con tan peligrosos huéspedes. La mañana del 1 de mayo, señalado para el convite, bajaron los castellanos a tierra, y allí los recibió el rey con poca gente, teniendo mucha armada y escondida. Llevólos a unos palmares, donde se sentaron a comer, y cuando estaban más descuidados, salieron de improviso los indios escondidos y mataron a todos los convidados menos al capitán Serrano. Algunos pocos (dos, según Pigafetta), que con tiempo sospecharon el engaño, huyeron hacia la ribera y dieron aviso de lo que pasaba a la gente de las naos. Aproximáronse éstas a la playa, y aun dispararon algunos tiros hacia el pueblo, cuando se presentó un gran tropel de indios que traían a Serrano maniatado y desnudo a la orilla del mar. Con muchas lágrimas y dolorosas palabras les dijo la desgraciada suerte de sus compañeros, y les suplicó que lo rescatasen, pues si no moriría como los demás. Recelaron los nuestros que fuese un nuevo ardid o engaño para prenderlos a todos y apoderarse de las naves; y aunque les era doloroso dejar cautivo a Serrano entre aquellos bárbaros, resolvieron dar la vela y continuar su navegación. Así lo hicieron desde luego, y advirtiéndolo que los indios volvían a la villa con Serrano, oyeron poco después gran grito y algazara, y presumieron que entonces le matarían, viendo frustrado el nuevo ardid con que habían intentado acabar con los demás españoles.

Partieron éstos en el mismo día tristes y desconsolados por haber perdido en aquellas dos islas a sus capitanes Magallanes y Serrano, con otros treinta y cinco o cuarenta españoles de los más principales. Andadas diez leguas surgieron en la isla de *Bohol*, y viendo que no tenía gente para mane-

jar las tres naos, pues sólo habían quedado ciento quince hombres, acordaron quemar la más vieja y quebrantada, que era la «Concepción», habilitando las otras dos con sus jarcias, pertrechos y armamento. Eligieron por general al piloto portugués Juan Caraballo, y por capitán de la «Victoria» a Gonzalo Gómez de Espinosa. Siguieron su navegación, tocando en algunas islas de negros, haciendo paces con sus régulos y proveyéndose de los mantenimientos que hallaban. De allí se dirigieron a la isla de *Borneo*, y fondearon en ella el 8 de julio. A poco tiempo llegaron unos caballeros en unas barcas muy adornadas, cuyas proas doradas figuraban cabezas de sierpes; entraron amigablemente en las naos, abrazando a los nuestros, dándoles comestibles, vino, azahar y otras cosas, y les dijeron que el rey holgaría que fuesen a tierra a contratar y surtirse de cuanto necesitasen; correspondió el capitán a tan generoso ofrecimiento repartiendo entre ellos algunos regalos y entregándoles para el rey otros de mayor valor. Pocos días después desembarcaron ocho españoles, entre ellos Gonzalo Gómez de Espinosa, que fueron suntuosamente recibidos; y después de muchas y extrañas ceremonias, hablaron al rey por una gran reja, manifestándole de parte del emperador sus deseos de mantener paz con él y de que permitiese a los españoles traficar libremente en aquella isla. Concediólo todo el rey, maravillándose de la dilatada navegación que habían hecho. Entonces le ofrecieron nuevos presentes, y salieron de la casa real con gran aparato y acompañamiento; fueron alojados magníficamente, servidos con esplendidez en sus comidas, regalados con gran cantidad de especería, y adquirieron exactas noticias de las Molucas, que era el objeto que más les interesaba. Hubo, sin embargo, un incidente desagradable. Estando allí fondeados vieron venir hacia las naos más de cien piraguas y otras tantas canoas, y, recelando alguna traición, dieron la vela con tal prisa, que abandonaron una

ancla. Aumentóse la sospecha al ver que muchos juncos habían fondeado el día anterior en su inmediación; y así los batieron, haciendo encallar cuatro en la costa y apresando otros tantos, y en uno de ellos a un hijo del rey de *Luzón*, que era capitán general del de *Borneo*. Sin consejo ni anuencia de los suyos le dió libertad el comandante Caraballo a cambio de mucho oro, según se supo después; pero pagó cara su codicia y necedad, pues aunque el rey aseguró que aquellas embarcaciones no venían con intención de hostilizarlos, se negó tenazmente a las reclamaciones que le hicieron para que devolviese a un hijo de Caraballo y dos hombres que estaban en tierra con las mercaderías; todos los cuales pudieran haber sido canjeados fácilmente por un personaje tan noble y distinguido. En vista de esto, los nuestros retuvieron en rehenes, a bordo de las naos, diez y seis hombres de los principales de la isla y tres mujeres, que resolvieron conducir a España para presentarlas a la reina.

Saliendo de la barra de *Borneo* a principios de agosto, fueron en demanda de algún puerto para recorrer las naos, y después de haber baratado la capitana, sufrido una tempestad y apresado un junco, abandonado por la gente que le tripulaba, encontraron en la misma costa una ensenada, donde se detuvieron treinta y siete días reparando y habilitando las dos naves. Al salir de allí acordaron quitar a Caraballo el cargo de capitán mayor, volviéndole a su ejercicio de piloto, y eligieron en su lugar a Gonzalo Gómez de Espinosa, y para capitán de la «Victoria» a Juan Sebastián de Elcano. Al día siguiente apresaron otro junco, donde hallaron al señor de la isla de *Puluan*, vasallo del rey de *Borneo*, con un hijo y hermano suyo, y cien hombres más; y como en aquella isla había hecho buen acogimiento a las naos antes que llegasen a *Borneo*, acordaron los castellanos darle libertad con tal que los proveyesen de víveres. Para esto se acercaron a la ribera de una isla que estaba próxima, y allí

cumplió su promesa, quedando muy agradecido por esta consideración. Siguiendo su derrota por aquel archipiélago entre varias islas, se apoderaron de otra embarcación igual, en la que hallaron pilotos prácticos, naturales del país, que los condujeron a las Molucas, cuyas islas avistaron el día 8 de noviembre; dirigiéronse a la de *Tidore*, fondeando junto a la ciudad; hicieron salva con la artillería; envió el rey, que se llamaba Almanzor, a saber quiénes eran, y recibió gran placer con su llegada. Para satisfacer más esta curiosidad fué a la mañana siguiente, en una barca, a visitar las naos, y dando la bienvenida a los marineros que estaban ocupados con las boyas, entró en la capitana. Los españoles le recibieron con mucho agasajo y acatamiento; le ofrecieron varios dones y efectos de valor, así como a su hijo y a los caballeros de su comitiva; pidiéronle licencia para entrar y negociar en su isla, y la dió con la mayor franqueza y amplitud; examinó con interés cuanto se le presentaba, como el retrato del emperador, las armas reales, la moneda, el peso; y satisfecho de todo, les dijo que hacía dos años sabía por su astrología que habían de ir allí cristianos en busca de especería, y que así la tomasen en buen hora. Al tiempo de despedirse se quitó la gorra y los abrazó con expresiones de afecto. Los castellanos bajaron a tierra, y al cabo de cuatro días pidieron la carga del clavo para las naos, y viendo que se les retardaba manifestaron su resolución de dar la vela; pero el rey no lo permitió, ofreciéndoles toda seguridad en su puerto y cuanto clavo quisiesen, con tal que ellos jurasen no salir a la mar hasta tener cargadas las naos. Hubo con este motivo nuevos juramentos y conciertos, quedando asentado que siempre Almanzor sería amigo de los reyes de Castilla, y que daría clavo y las otras especerías a los castellanos que allí fuesen, a cierto precio, haciéndose el pago en lienzo, paños y sedas. Corresponiendo a tan generosas ofertas le entregaron los

nuestros graciosamente treinta moros que llevaban cautivos y las tres mujeres que pensaban traer a España, de lo cual recibió gran contento. A su ejemplo, todos los reyes comarcanos se sometieron al dominio del emperador, reconociéndole por soberano; y en *Tidore* se reunieron con este objeto los de *Ternate*, de *Gilolo*, de *Maquian* y el de *Bachiam*, que estaba muy mal con los portugueses.

El capitán mayor recibió de aquellos régulos los presentes y las cartas de sumisión para el emperador, a quien rogaba el de *Tidore* le enviase muchos castellanos para vengar la muerte de su padre, y otros que le enseñasen la religión y las costumbres de Castilla. En breve tiempo se cargaron las naos; embarcáronse en ellas varios pájaros y producciones del país; los castellanos se despidieron del rey y de su corte, y al tiempo de dar la vela se descubrió en la capitana, que era la «Trinidad», una agua por la quilla, que, no pudiendo remediarla al pronto por más que se hizo, fué necesario descargar la nao para carenarla; pero como esto exigía la detención de tres meses, acordaron que Juan Sebastián de Elcano partiese en la «Victoria» para Castilla, llevando las cartas de los reyes malucos con los efectos que debía conducir Gonzalo Gómez de Espinosa; y que cuando estuviese carenada la «Trinidad» se dirigiese a Panamá para que, descargando allí y pasando la carga al mar del Norte, pudiese la especería transportarse a España por aquella vía.

Conforme a este acuerdo, salió la «Victoria» de *Tidore* el día 21 de diciembre de 1521, con sesenta individuos, incluso trece indios, naturales de aquella isla, y fueron a la de *Mare*, donde se proveyeron de leña, y siguiendo su derrota a vista de muchas islas, fondearon el 8 de enero de 1522 en la de *Malúa*, donde hallaron pimienta larga y redonda en abundancia. También surgieron en *Mambay*, pueblo de la isla de *Timor*, la cual es grande, muy poblada, fértil y rica, donde se proveyeron de exquisito sándalo y de canela. Allí, de resultas de

una pendencia, se fugaron de la nao un grumete y un hombre de armas. Continuando su viaje, perdieron de vista aquella isla el día 13 de febrero. Navegaron con malos tiempos muchos días, y el 8 de mayo vieron tierra y distaban ocho leguas del río del *Infante*. El 9 fondearon en la costa, que era muy brava, y por lo mismo procuraron, aunque en vano, buscar algún puerto donde descansar y proveerse de refrescos, porque la mayor parte de la gente estaba enferma; pero no hallando sitio proporcionado para ello, se hicieron a la mar. Algunos deseaban se fuese a Mozambique, pero los demás dijeron que preferían morir a dejar de ir directamente a Castilla. El día 18 distaban ocho leguas del cabo de Buena Esperanza con mucho viento y sin poder adelantar por efecto de las corrientes. Avanzaron, sin embargo, en los días inmediatos, y desde el 22 se dirigieron ya al NO., habiendo cortado la equinoccial del 7 al 8 de junio por los 3° 4' de longitud occidental de Cádiz. Hallándose el 1 de julio distante doce leguas de Cabo Verde y siete de la tierra más próxima, convocaron la gente para tomar su parecer sobre ir a las islas de Cabo Verde o a la tierra firme a proveerse de víveres, de que tenían gran necesidad; y el mayor número opinó por ir a las islas. Dirigiéronse a la de *Santiago*, donde surgieron en el puerto del río Grande. All, advirtieron la diferencia de un día entre su cuenta y la de los isleños. Como los marineros eran pocos y enfermos, y la nao hacía mucha agua, quisieron para achicarla, dando a la bomba, comprar algunos negros, y a falta de dinero ofrecían pagarles en clavo, a cuyo fin habían llevado a tierra tres quintales. Con este motivo supo el capitán portugués, que presidía en la isla, que aquella nao venía cargada de especería, comercio que estaba prohibido a los extranjeros bajo graves penas por el rey de Portugal, por cuya razón pusieron presos a los doce individuos del batel que habían ido a tierra a comprar y conducir víveres. Viendo que no regresaban fueron los de la nao

hacia el puerto, donde una barca les requirió de orden de los señores se rindiesen ; pero insistiendo Elcano en que se le restituye el batel y su gente, mintras la barca iba por la contestación, receloso de que los detuviesen o apresasen, se hizo a la mar con fuerza de vela con sólo veinte y dos hombres entre dolientes y sanos, dirigiéndose a las costas de España. Pasó el 15 de agosto entre las islas de Fayal y de Flores ; el 4 de setiembre por la mañana avistó el cabo de San Vicente, y el día 6 llegó a Sanlúcar de Barrameda, a los tres años menos catorce días de su salida del mismo puerto, habiendo andado, según su cuenta 14.000 leguas. Elcano y los principales de su expedición se dirigieron luego a Valladolid, con permiso del emperador, a presentarle los naturales y producciones de aquellas remotas islas, los regalos y dádivas de sus reyes, y, sobre todo, las preciosas especerías conducidas por los españoles por otro rumbo del que llevaban los portugueses ; origen y objeto principal de la empresa que tan felizmente se había concluído. El emperador los recibió con mucha gracia y agasajo, vió y examinó con satisfacción cuanto le presentaron, premió a todos con generosidad, distinguiendo honoríficamente a los caudillos ; y la nación aplaudió y sus ingenios celebraron a estos nuevos argonautas que *son, como decía Oviedo, de más eterna memoria dignos que aquellos que con Jason navegaron a la isla de Colcos en demanda del vello cino de oro.*

Tal fué el término y resultado de esta célebre expedición, que llevará el nombre de Magallanes a la más remota posteridad. Adornado de grandes virtudes, mostró su valor y constancia en todas las adversidades ; su honra y pundonor contra las seducciones cortesanas ; su lealtad y exactitud en el cumplimiento de sus tratados y obligaciones ; su prudencia y moderación para oír siempre con estimación el dictamen ajeno ; su arrojo e intrepidez (que acaso rayó en temeridad) en las batallas y com-

bates; su severidad con los malvados; su indulgencia con los seducidos e incautos; su resignación en las privaciones, igualándose en ellas con el último marinero; su instrucción en la náutica y en la geografía al concebir un plan discretamente combinado para el descubrimiento del estrecho y completamente desempeñado, venciendo para ello los obstáculos que presentaba la naturaleza, las contradicciones e intrigas de los poderosos y de las pasiones turbulentas de los hombres. Si se halló el estrecho o el paso de la comunicación de las dos mares; si se dió la primera vuelta al mundo con asombro de sus coetáneos; si por este medio se surcaron nuevos mares, se descubrieron islas y tierras desconocidas hasta entonces, facilitándose el comercio y trato, la civilización y cultura de sus habitantes; si las ciencias hallaron nuevos objetos para extender la esfera de los conocimientos humanos, todo se debió a Magallanes. Sólo fué desgraciado en no haber participado, por su temprana muerte, de los premios y honores de su monarca, del aplauso y celebridad de sus coetáneos, como los pocos compañeros que lograron concluir tan noble y arriesgada empresa. Ni aun su familia gozó de semejantes satisfacciones, pues habiendo muerto su hijo en 1521, su mujer en 1522 y su suegro (el comendador Barbosa, que le heredó) en 1525, fué la corta herencia de sus derechos por la capitulación, de sus créditos y haberes devengados, objeto de pleitos y contestaciones con la real hacienda, por los que presumieron después tener el derecho de heredarle. Su nombre, sin embargo, celebrado por nuestros historiadores y poetas, irá siempre unido al del estrecho que descubrió con tan admirable valor y constancia, conservando así su memoria en los fastos de la geografía y de la navegación.

non sono stati trovati
nel VII le restanti

Alonso de Santa Cruz

Cuando los españoles, dirigidos por el gran Colón, descubrieron un nuevo mundo atravesando por primera vez la vasta extensión del Atlántico, siguiendo después el reconocimiento de las costas y límites del continente que acababan de descubrir, y surcando las aguas del gran Océano con el fin de dirigirse a la India oriental, necesitaron para la seguridad y presteza de sus derrotas adquirir conocimientos más dilatados y profundos de las ciencias matemáticas, en especial de la astronomía, para hacer de ella nuevas y oportunas aplicaciones al arte de navegar. Las observaciones frecuentes de la latitud y de la longitud cuando la proporcionaban los fenómenos astronómicos; la corrección de las tablas, efemérides o almanaques; las mejoras en los instrumentos, como el astrolabio y la ballestilla, usados entonces, exigieron mayor meditación, más profundo estudio; y la necesidad, maestra de las artes, estimuló a los españoles a escribir nuevos tratados, que sepultaron para siempre en el olvido todos los anteriores. Los primeros que se publicaron de náutica fueron los de Martín Fernández de Enciso, de Pedro de Medina y de Martín Cortés. Los ingleses prefirieron a éste para sus escuelas, mientras los franceses estudiaban en las suyas por Medina, multiplicando sus traducciones y ediciones. Los italianos también le tradujeron, y todavía a principios del siglo XVII le reimprimían con aprecio.

Entre estos escritores beneméritos hubo uno que, sin tener tanta celebridad por no haberse publicado sus escritos, no dejó de influir por esto en los progresos que hizo en aquella época el arte de navegar y en extender los verdaderos principios de la astronomía náutica. Tal fué el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, de quien daremos algunas noticias biográficas y literarias, pues en un cuerpo facultativo y militar como la marina, no sólo los grandes ministros que con sabia política y administración la mejoran, como los Patiños y Ensenadas; no sólo los valientes generales que la ilustran con el esplendor de sus victorias, como los Bazanes y Lezos; no sólo los atrevidos navegantes y descubridores que dilatan sus beneficios, como Colón, los Pinzones, Mendaña y Quirós, son dignos de nuestra memoria, sino también los sabios que con sus doctrinas han logrado dirigir e ilustrar a éstos para facilitarles el éxito de sus grandes empresas.

Varios escritores han tenido a Alonso de Santa Cruz por natural de Sevilla, sin duda porque como cosmógrafo de la contratación vivió avecindado allí casi toda su vida. Fué de tesorero nombrado por el rey en la expedición que salió de aquella ciudad el año 1525 para la especería a cargo de Sebastián Caboto, y en el puerto de San Vicente del Brasil dió a 28 de marzo de 1530 una declaración sobre el atropellamiento e injusticias que cometió aquel comandante con el capitán Francisco de Rojas y otros, que se opusieron a la arribada que hizo al río de la Plata, abandonando el viaje al Maluco en socorro del comendador Loaysa, que era el objeto principal de la expedición. Regresaron a Sevilla en agosto de 1530, y permanecía allí Santa Cruz en 1538 en calidad de cosmógrafo de la contratación con el sueldo de 30.000 maravedís por real cédula fecha en Valladolid a 7 de julio de 1536. En este año concurrió a una junta de pilotos y cosmógrafos que se formó para arreglar las cartas de navegar, y presentó en ella un instrumento que había imaginado

para observar la longitud. Destinósele en 1539 para ir al estrecho de Magallanes en la armada que habilitó el obispo de Plasencia don Gutierre de Vargas al mando de Alonso de Camargo; pero le detuvo el emperador para oír sus lecciones de astronomía y cosmografía, a las que concurría también San Francisco de Borja, entonces marqués de Lombay. Sin duda por este servicio se le nombró continuo de la casa real por cédula dada en París a 6 de enero de 1540, con el salario de 35.000 maravedís, pagaderos en la contratación de Sevilla. En 1545 pasó a Lisboa a reconocer los derroteros de la India, y averiguar de sus pilotos las variaciones de la aguja y sus observaciones en aquellos mares. A 10 de noviembre de 1551 escribía al emperador desde Sevilla, diciéndole que, aunque muy quebrantado de salud hacía un año, había acabado la Historia de los Reyes Católicos desde el año de 1490, en que la dejó el cronista Hernando del Pulgar, hasta la muerte del rey Don Fernando; que asimismo tenía hecha la crónica del emperador desde el año de 1500 hasta el de 1550, con una noticia de sus ascendientes, y del modo con que se reunieron en él las casas de Austria, Flandes, Aragón y Castilla, extendiéndose a los acontecimientos de todas las partes del mundo; que tenía concluido en borrador un libro de astronomía, como el de Pedro Apiano, con sus ruedas y demostraciones para facilitar su inteligencia, y que había traducido de latín en romance castellano cuanto Aristóteles escribió de filosofía moral, con una glosa para ilustrar los lugares oscuros. En lo relativo a geografía, dice tenía hecho un mapa de España de gran tamaño; otro de Francia, más exacto que el que hizo Oróncio; otro de Inglaterra, Escocia e Irlanda; otro de Alemania, Flandes y Hungría con la Grecia; otro de Italia, Córcega, Cerdeña, Sicilia y Candía, y otro de toda la Europa, y añade que acabaría lo restante del mundo si su mal no se lo estorbara. Quejábase en esta carta de la ausencia del emperador, por lo

que animaba y favorecía sus tareas y obras literarias; pedíale la gracia del oficio de obrero de los alcázares de Sevilla, o que pudiese habitar en ellos, ya por el retiro y comodidad del sitio para su estudio y recreación, ya por excusar mucho gasto *por valer* (dice) *a muy subido precio todas las cosas en esta cibdad a causa del mucho dinero que en ella hay*; y pues entendía en geometría y cosas de trazas, no dejaría de aprovechar esto para la conservación de aquellos edificios. -

La obra más importante de Santa Cruz para los progresos del arte de navegar es la que escribió sobre las longitudes. Habíase formado de orden del rey una junta de algunos cosmógrafos, astrónomos y otras personas doctas, presidida por el marqués de Mondéjar, para examinar ciertos libros e instrumentos de metal hechos por Pedro Apiano, destinados a observar la longitud; y con este motivo se encargó a Santa Cruz informase sobre los métodos que hasta entonces se habían usado con aquel objeto, exponiendo los que él había imaginado, su exactitud y facilidad, y el provecho que de todos o de alguno de ellos podría resultar a la navegación. Con esta idea escribió su citada obra sobre las longitudes, que dedicó a Felipe II. Ilustrando en ella cuanto Tolomeo trata en su libro primero de geograffa, reflexiona que este geógrafo estableció los grados de latitud y longitud, proporcionándolos según la disminución de los paralelos desde la equinoccial, y que medir estos grados con igualdad, como se colocan en la carta plana, es bueno para el Mediterráneo, donde se navega por singladuras, teniendo consideración al rumbo que se lleva, a la distancia que se anda y a la situación o proximidad de las costas; cuyo método, que no pasa de conjetural, es lo que ahora llamamos de *estima* o *fantasía*. Propone como segundo método el de los ángulos de posición, el cual ofrece la dificultad de considerarse el lado del rumbo como cuerda, siendo arco de círculo máximo por ser esférica la superfi-

cie del globo. Nótase aquí que el autor desconoció las loxodromias en los rumbos oblicuos. El tercer método es el de los eclipses del sol y de la luna, pero siendo poco frecuentes, difíciles los cálculos y poco exacto el conocer su principio y su fin, sólo le estima útil en las islas y continentes para situarlos bien en las cartas. Confiesa que los pilotos y marineros no pueden hacer estas observaciones por su poco saber: «pero supuesto que fuesen (añade) en »las naos hombres doctos con buenos instrumentos »para hacer las tales consideraciones, y que de los »lugares do saliesen, llevasen bien calculados los »eclipses por hombres doctos en astrología para sa- »ber precisamente el día y hora y punto de ella, en »que habían allí de comenzar o acabar los tales eclipses, podrían averiguar harto precisamente la longitud de cualesquier lugares do se pudiesen hallar »a los de donde partieron».

El cuarto método que propone para saber la longitud, es el de la variación de la aguja; invención nueva y desconocida hasta el descubrimiento de la América, cuando notaron los navegantes que desde el meridiano de las islas de Cabo Verde y de las Azores para el poniente noruesteaba y para el oriente nordesteaba, intentando deducir de la regularidad de esta alteración el apartamiento de aquel meridiano y, por consiguiente, la longitud. Refiere que el primero que procuró averiguarla por este método fué un tal Felipe Guillén, boticario de Sevilla, muy entendido e ingenioso, gran jugador de ajedrez y cortador de tijera, informado por los pilotos de las diferencias que se notaban en la aguja navegando desde Sevilla a Nueva España. Determinó, pues, este arbitrista pasar a Portugal el año 1525, creyendo ser allí mejor remunerado por su invención, y presentándose al rey Don Juan el III, le recibió este príncipe en su servicio con grandes recompensas. Guillén hizo cierto instrumento que era un círculo graduado con una aguja pequeña y tres hilos, y observando el sol a iguales alturas antes y

después del mediodía, y hallando la línea meridiana daba a conocer la variación de la aguja; y suponiéndola regular, deducía por ella la longitud. Este instrumento se hizo muy común, fué muy aplaudido al principio en Portugal entre los hombres doctos, y los pilotos lo llevaban en las naos. Santa Cruz había tenido igual pensamiento algunos años antes; y con motivo de haber pasado a Sevilla en 1536 el licenciado Suárez de Carvajal, consejero de Indias y después obispo de Lugo, a residenciar los oficiales de la contratación, mandó juntar los pilotos de aquella ciudad para que, unidos con los cosmógrafos y maestros de hacer cartas, construyesen una muy exacta que sirviese de padrón para las que se usaban en la navegación a las Indias occidentales. En estas conferencias sólo estuvieron acordes los más de los pilotos en que en Santo Domingo norouesteaba dos cuartas el aguja, en La Habana dos y media, y tres en Nueva España, pues en lo demás hubo entre ellos grandes contradicciones, por no llevar instrumentos para notar estas diferencias, si quiera con aproximación.

La regularidad de estas variaciones sugirió a Santa Cruz la idea de obtener por su medio la longitud, y para ello hizo un instrumento semejante a una aguja azimutal, con el cual hallando la línea meridiana por dos alturas de sol, conocía la variación. Presentó este instrumento al emperador, al mismo tiempo que una carta marina de variaciones magnéticas, para que viese cuáles eran en todas las partes del mundo, y pudiesen los pilotos guiarse con este conocimiento en sus derrotas; tentativa hecha siglo y medio después por el doctor Halley, que se tiene por el primero que a costa de muchos y grandes trabajos publicó una carta para representar el estado de la variación de la aguja en el año de 1700, trazando curvas por todos los puntos del globo en que sus cantidades eran iguales, a cuyo ejemplo publicaron otras cartas Mm. Mountaine y Dodson para los años de 1744 y 1756. Estas obser-

vaciones y otras posteriores no han sido, sin embargo, suficientes para atinar con la ley de este singular fenómeno, como la confiesan algunos sabios modernos. También informó Santa Cruz al emperador de otro nuevo método de saber la longitud, el cual, así como los instrumentos pensaba experimentar en el viaje al estrecho de Magallanes, que preparaba a la sazón el obispo de Plasencia; pero detenido por el emperador con el honorífico título de enseñarle las matemáticas y la astronomía, se le frustraron por entonces sus deseos y esperanzas. Marchó Carlos V poco después a Alemania y Flandes, y Santa Cruz quedó ocupado en asuntos de su servicio, e hizo dos instrumentos nuevos para observar la longitud. Manifestó al propio tiempo la carta de variaciones a su amigo Juan López de Vivero, alcaide de La Coruña; y éste a Fr. Rodrigo de Corcuera, religioso benedictino, abad de San Zoil en Carrión, persona docta y curiosa, que luego imaginó hallar por aquellas diferencias de la aguja la longitud de los lugares, ignorando que éste había sido el principal objeto que se propuso Santa Cruz en la invención de esta carta. Hizo, pues, Fr. Rodrigo otro instrumento como el de Guillén, procurando esforzar con razones filosóficas el sistema sucesivamente proporcional de las variaciones magnéticas, y lo envió a Flandes al emperador con el mismo Vivero. Mandóse examinar a muchas personas doctas; las opiniones fueron varias, y acordándose el emperador de haberle presentado Santa Cruz otro instrumento semejante y enterado por Vivero de que había visto el de fray Rodrigo, le escribió a Sevilla para que le informase de su utilidad; a lo que contestó en una larga carta, refiriendo el origen de la invención del monje y el poco fruto que de ella podía esperarse, como había sucedido en Portugal con la de Guillén.

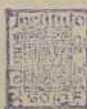
Esta desconfianza de un sistema adoptado con tal calor nacía de la diversidad y confusión de las noticias y pareceres que daban los pilotos a Santa

Cruz, y para asegurar su opinión, escribió al virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, pidiéndole mandase averiguar la variación de la aguja en aquellas partes. Avisóle el virrey que en Méjico nordesteaba dos cuartas poco menos; y confuso con esta noticia, deseando adquirir otras respecto a la India oriental, partió para Lisboa el año 1545, donde se informó de los pilotos de aquella carrera, que si en el cabo de Buena Esperanza no hacía la aguja diferencia alguna, era muy varia e irregular la que se notaba en otros puntos. Para certificarse de ello y de otras cosas que había preguntado, relativas a sus navegaciones, compró ocultamente a aquellos navegantes sus libros y derroteros, y habló con don Juan de Castro, caballero muy docto, que en sus repetidos viajes a la India había trazado en gran punto la carta de aquellos mares, ilustrándola con la historia y descripción de las cosas más notables; otro tanto había hecho respecto al mar bermejo, que todo le anduvo hasta Suez; de estos mapas y libros le dió Castro traslado con encargo de que no los mostrase a ninguna persona de Portugal. Díjole además que el instrumento de Guillén sólo había podido usarle para observar la variación en tierra, porque en la mar nunca aprovechaba por los balances de las naos, y le informó de las diferencias de la aguja que se notaban en lugares muy separados pero que están casi bajo de un mismo meridiano, cuyas observaciones echaron por tierra todo el sistema de Santa Cruz, mucho más cuando supo y vió que los pilotos portugueses, avisados por la experiencia, desestimaban el método e instrumento de Guillén, sin embargo de las mejoras y correcciones que le habían hecho. A pesar de estos desengaños, todavía creía que en la navegación de Sevilla a Nueva España podría tener su método útil aplicación, si por hombres doctos y con buenos instrumentos se averiguaban las diferencias de la aguja en todos los puntos de la mar, islas y tierra firme, yendo por un mismo paralelo, pues en diversas latitudes, aunque

bajo un meridiano, ya se habían observado diferencias muy notables.

A la fecundidad de su ingenio y a su tenaz aplicación reunía Santa Cruz mucho conocimiento de los escritores clásicos, como lo comprueba examinando las causas de la variación, las opiniones de Plinio y otros antiguos sobre las propiedades, origen, nombres y clases del imán, y la cuestión suscitada entonces entre algunos eruditos sobre si los antiguos le usaron en sus navegaciones, y de qué manera. A las extravagancias de estos sistemas y teorías opone Santa Cruz las experiencias y observaciones que hizo viniendo del río de la Plata; dice que los portugueses llevaban los hierros cebados debajo de la flor de lis de la rosa náutica, mientras nuestros pilotos los colocaban media cuarta más a levante, que era la variación que entonces se notaba en Sevilla; y concluye con que siendo tan diferentes las opiniones de los filósofos en cuanto a las causas de la variación, y las de los pilotos en cuanto a sus efectos, era muy difícil saber por este medio la longitud, y por lo mismo debían dar sus resguardos en las recaladas y conocer las alteraciones que otros habían hecho en las cartas contando con las diferencias de las agujas, resultando que alzaban todas las islas y tierra firme de las Indias tres grados más en latitud o altura del norte.

Indica como quinto método para conocer la longitud el de observar la declinación del sol, según lo había propuesto Sebastián Caboto en Inglaterra; pero conociendo los errores de las tablas de Tolomeo, Oroncio y Verniero, prefiere Santa Cruz las observaciones que había hecho en Sevilla para corregirlas, y se lamenta de los desaciertos de los pilotos por no usarlas, y, aunque propone la construcción de un instrumento o cuadrante para observarla con seguridad, opina que ni puede manejarse a bordo, ni las declinaciones podrán tomarse exactamente en todos los días del año, y menos cuan-



do el sol se halle en los solsticios de verano e invierno.

El método que explica como el sexto para saber la longitud por los relojes, se había ya experimentado arreglándolos a veinticuatro horas precisas, e inventándolos de muchas maneras: unos, con ruedas de acero y sus cuerdas y pesas; otros, con cuerdas de vihuela y acero; otros, de arena, como las ampolletas; otros, con agua en lugar de arena, variando esta invención de dos modos; otros, con vasos o ampolletas grandes llenas de azogue, y otros, en fin, muy ingeniosos en que por medio del viento se movía cierto peso, y con él la cuerda del reloj; o ya con el fuego por medio de unas mechas empapadas de aceite y encendidas, y tan iguales que su duración fuese de veinticuatro horas. Conocida, pues, exactamente en el puerto de la salida la hora por medio de una observación astronómica, y arreglando a ella el reloj, era claro que, averiguando por otra observación semejante la hora en el punto de llegada, y comparada con la del reloj, la diferencia daría la de longitud entre ambos puntos; pero esto suponía una igualdad y constancia en el movimiento de los relojes que no podía esperarse de su mezquina construcción, ni de la clase de sus materiales, expuestos siempre al influjo y alteraciones del mar y de la atmósfera; y por lo mismo concluía diciendo Santa Cruz que *por vía de relojes será dificultosa cosa el saber de la longitud con la precisión que se requiere*. Estaba reservado a la ilustración del siglo XVIII y XIX perfeccionar este método de un modo suficientemente útil para el uso y acierto de la navegación.

Seguidamente propone como séptimo modo el de dar la longitud por las distancias de la luna con las estrellas fijas o con los planetas. Parece que Juan Vernerio fué el primero que advirtió este método fabricando cierto instrumento, por el cual se pueden tomar cualesquier distancias de estrellas en el cielo y de lugares en la tierra respecto del cen-

tro del mundo. Por la descripción de este instrumento y método de usarle, fabricó uno Santa Cruz, y ejecutó con él muchas observaciones de distancias de las estrellas con la luna y con los planetas, formando tablas de sus posiciones, cuando llegó a Sevilla el año de 1535 don Antonio de Mendoza, que iba de virrey a Nueva España, y hablándole de este asunto le dijo que había traído de Alemania un libro donde aquel instrumento estaba ya descrito y dibujado. Era el autor Pedro Apiano, que habiendo leído a Vernerio, construyó el instrumento como Santa Cruz, llamándole *Radio astronómico*. Este sintió perder la primacía, aunque le contentaba haber coincidido con un hombre tan grande como Apiano, y por lo mismo dejó de publicar su invento. Sin embargo, continuó sus observaciones, mejorando sus tablas y la teórica que daban los libros, llegando a conocer que, cuando estaba la luna en la eclíptica, las observaciones eran más ciertas, y tanto menos exactas cuanto era mayor la latitud que tenía. Persuadido al fin de la insuficiencia de este medio para obtener la longitud, imaginó otro instrumento o círculo graduado, tan complicado en su uso, que le creyó superior a los conocimientos de los pilotos, e inútil para las observaciones en la mar. Trató de remediar este inconveniente con otra invención, manteniendo vertical el instrumento por medio de grandes pesos en la parte inferior para observar el paso por el meridiano de ciertas estrellas y del centro de la luna; pero también desistió de este empeño por nuevos obstáculos que se le presentaban. Varió de método, aunque usando de los mismos instrumentos, y pretendía que, observando en el meridiano el paso de la estrella polar y el centro de la luna, anotando con un buen reloj la hora y minuto de la observación y buscando en las tablas la situación que tenía entonces la luna en otro lugar conocido, se deduciría la diferencia de meridiano, y, por consiguiente, de longitud. Tales eran las ideas y tentativas de Santa Cruz sobre este im-

portante asunto, creyendo que sólo podrían tener útil aplicación construyendo los instrumentos grandes y exactos, arreglando las tablas de los movimientos del sol y de la luna para un meridiano determinado, y rectificando también la situación de las estrellas fijas. Así era la verdad; pero ni la mecánica ni la óptica habían dado aún a los instrumentos la delicadeza y exactitud que era necesaria, ni las observaciones y teorías astronómicas tenían la suficiente certidumbre o seguridad para perfeccionar las tablas de los movimientos celestes, especialmente de la luna, que al cabo de tres siglos ha sido el fruto de la constante aplicación y de los conocimientos científicos de los sabios más eminentes.

Como para consolarse Santa Cruz del mal éxito de sus invenciones y trabajos, y de la insuficiencia de los métodos e instrumentos que ensayaba, refiere los que inventó Pedro Apiano, luchando con las mismas dificultades y desconfianzas. Apiano era autor muy celebrado en aquel tiempo, y su *Cosmografía* y su *Astronomicon Caesareum* servían de texto a la enseñanza de la astronomía en nuestras Universidades. Este hombre, que observó el curso de cinco cometas, notando que sus colas estaban siempre en oposición al sol, lo que han confirmado las observaciones posteriores, no fué, sin embargo, partidario de Copérnico. Ejecutó sin cálculo y sólo por instrumentos todas sus operaciones astronómicas; y por eso Keplero, alabando su sagacidad, se lamenta de que se hubiese perdido siguiendo las hipótesis de Tolomeo; sin embargo, propuso emplear los movimientos de la luna para hallar la diferencia de meridianos y el lugar de la nave. La cosmografía, aumentada por Gemma Frisio, se publicó traducida del latín al castellano en 1548. Allí, tratando del gobierno de la nave por la aguja, pretende hallar con ella la diferencia de longitud y latitud de los lugares. Presenta un cuadrado a manera del *quartier* que ahora se usa en la práctica del pilotaje, por el cual enseña a resolver algunos problemas, como

sacar la diferencia de longitud en una derrota o singladura conocido el rumbo y la diferencia de latitud, y otros semejantes, de cuyo método se creía inventor. Apiano propone aún otro para conocer las horas de la noche, observando la luna, la estrella polar, y después las dos postreras de la osa mayor con un instrumento, en donde con un índice se señalan las horas del sol, que corresponden a dichas alturas en un día determinado. Trata Gemma Frisio de un método nuevo de describir o situar los lugares y hallar sus distancias respectivas, lo que aplica a la construcción de las cartas geográficas, a cuyo fin usaba también un instrumento, que llama *Escala geométrica* o medida de alturas; pero conocía bien la imposibilidad de representar en plano un cuerpo redondo, aunque las diferencias sean insensibles o pequeñas en territorios o países de corta extensión. También describe Gemma la invención de otro instrumento, que llama *Anillo astronómico*, para hallar el lugar del sol, la elevación del polo, la hora de día y de noche, el nacimiento del sol, las alturas por las sombras, etc., concluyendo con una tabla de latitudes de algunos pueblos. Hemos indicado las invenciones y trabajos de estos astrónomos, no sólo por la coincidencia que tuvieron con los de Santa Cruz, sino porque siendo protegidos por los monarcas españoles, pertenece a éstos mucha parte de la gloria que aquéllos adquirieron con su ingenio y laboriosidad.

Por último, refiere Santa Cruz que Pedro Ruiz de Villegas, vecino de Burgos, y docto astrónomo y cosmógrafo, había imaginado para hallar la longitud otro medio, reducido a observar el movimiento de la luna en dos diversos puntos con respecto a ciertas estrellas conocidas, y deducir por las diferencias las que resultaban del apartamiento de meridiano, de hora y de longitud; pero eran tales los inconvenientes que ofrecía la práctica de estas observaciones, que el mismo Santa Cruz juzgaba inútil este método, en especial para los navegantes.

De estas noticias resulta que Alonso de Santa Cruz fué el primero que ideó y trazó las cartas de las variaciones magnéticas, en que se ocuparon más de siglo y medio después algunos sabios que intentaron contribuir por este medio al acierto y seguridad de la navegación; que el mismo cosmógrafo procuró adelantar los métodos, hoy muy perfeccionados, de observar la longitud, aplicando a la marina los que juzgaba más propios y exactos, ideando ingeniosos instrumentos y cálculos, que por complicados e inexactos que ahora nos parezcan, no dejan de haber allanado el paso para llegar al estado actual de perfección en que los vemos. De este continuo estudio y prolijas investigaciones resultó también el conocimiento de la imperfección de las cartas planas y de la necesidad de trazar las esféricas, como lo consiguió con muchos años de antelación a Eduardo Wright o a Gerardo Mercator, a quienes generalmente se atribuye esta invención.

Refiriendo el M. Alejo de Vanegas las tareas de don Lorenzo Padilla, arcediano de Ronda, de Florián de Ocampo, vecino de Zamora; de Pedro de Alcocer, vecino de Toledo, para investigar por el examen de los geógrafos antiguos y de las lápidas, inscripciones y monedas que procuraban desenterrar, los verdaderos sitios, nombres y distancias de los pueblos de España, comparándolos con los actuales por medio también de instrumentos astronómicos, añade: «Alonso de Santa Cruz, vecino de la ciudad de Sevilla, cosmógrafo mayor del emperador nuestro señor, no se contentó con la traza de sola España; mas ha puesto tanta diligencia, que ha corregido las tablas antiguas y hecho cartas de marear por alturas y por derrotas. Demás de muchos instrumentos que ha hecho para dar a entender la cosmografía, ha hecho una bola redonda tráfda en plano, abierta por los meridianos para conocer la proporción que tiene lo redondo a lo plano. Otra hizo abierta por la equi-

»noccial, quedando los polos en medio; y otras dos
»cortadas por los dos polos, la una por el me-
»ridiano de Ptolomeo, y la otra por el meridiano
»de la línea de la repartición entre el rey de Cas-
»tilla y de Portugal, que dista de la costa de Es-
»paña 600 leguas. Hizo otras dos bolas en pla-
»no: de la una se parece la media septentrional
»por todo el círculo de la equinoccial, y para que
»se pareciese la media de abajo dióle cuatro sa-
»jaduras o aberturas, que, subidas en plano, hacen
»la señal de la cruz alrededor de la equinoccial; la
»otra difiere de ésta, que no tiene más de dos aber-
»turas por la media de abajo, y subidas en plano
»con la equinoccial hacen la figura del huevo. Hizo
»otras dos con las láminas del astrolabio; hizo otra
»larga que contiene toda la bola en plano. Item,
»otra de tal artificio, que tiene encima su Zodíaco
»para saber cuando en una parte es mediodía, qué
»hora será en otra. Demás de todo esto, ha enmen-
»dado los corazones de Vernerio y Orancio, y él
»ha hecho otros dos corazones de muy más perfec-
»ta manera que estos autores que corrigió. Todo
»esto he dicho para que pues en España tenemos
»la suma de la cosmografía, querría yo que sacasen
»muchos estas figuras de los patrones de su autor
»porque no perezca la ciencia con la vida de un
»hombre, especialmente de hombre que, junto con
»estos instrumentos, envuelve la historia con la co-
»mografía de los lugares que escribe de todo el
»mundo.»

Aún con mayor claridad se explica en el capí-
tulo 29, donde después de haber tratado de las va-
riaciones de la aguja en diversos puntos del globo,
dice lo siguiente: «Para todo lo sobredicho es de
»notar que las cartas de marear todas son falsa-
»mente descritas, no por ignorancia, sino para
»darse a entender a los marineros, los cuales no
»pueden navegar sin rumbos, que son los vientos
»señalados por las líneas derechas que están en las
»cartas. A doquiera que estos rumbos concurren,

«es señal que allí está el aguja de marear. Estos
«rumbos no se pueden señalar sino en carta pla-
«na. Y por eso cuando decimos que responden diez
«y siete leguas y media por grado, entiéndese por
«la equinoccial o su equivalente, que fuera de allí
«irá disminuyendo, así como van disminuyendo las
«rebanadas de melón, que van angostándose mien-
«tras más se allegan a los remates, que son la
«frente y pezón. La disminución de este espacio
«enseña Tolomeo por número; mas como esto sea
«muy dificultoso de saber, ora nuevamente Alonso
«de Santa Cruz, de quien ya dijimos, a petición
«del emperador nuestro señor ha hecho una carta
«abierta por los meridianos desde la equinoccial a
«los polos, en la cual, sacando por el compás la
«distancia de los blancos que hay de meridiano a
«meridiano, queda la distancia verdadera de cada
«grado, reduciendo la distancia que queda a le-
«guas de línea mayor.» Véase aquí el principio y
los elementos de la teoría para la construcción de
las cartas esféricas, cuya invención, como todas las
demás, no tuvo en su origen la perfección que des-
pués ha ido recibiendo sucesivamente. Así es que
Santa Cruz no determinó la proporción en que de-
bían aumentarse los grados de latitud en la carta,
según que eran mayores las alturas y menor la ex-
tensión de los paralelos; en suma, no conoció que
dicha proporción era la del radio al coseno de la la-
titud, como se ha fijado después.

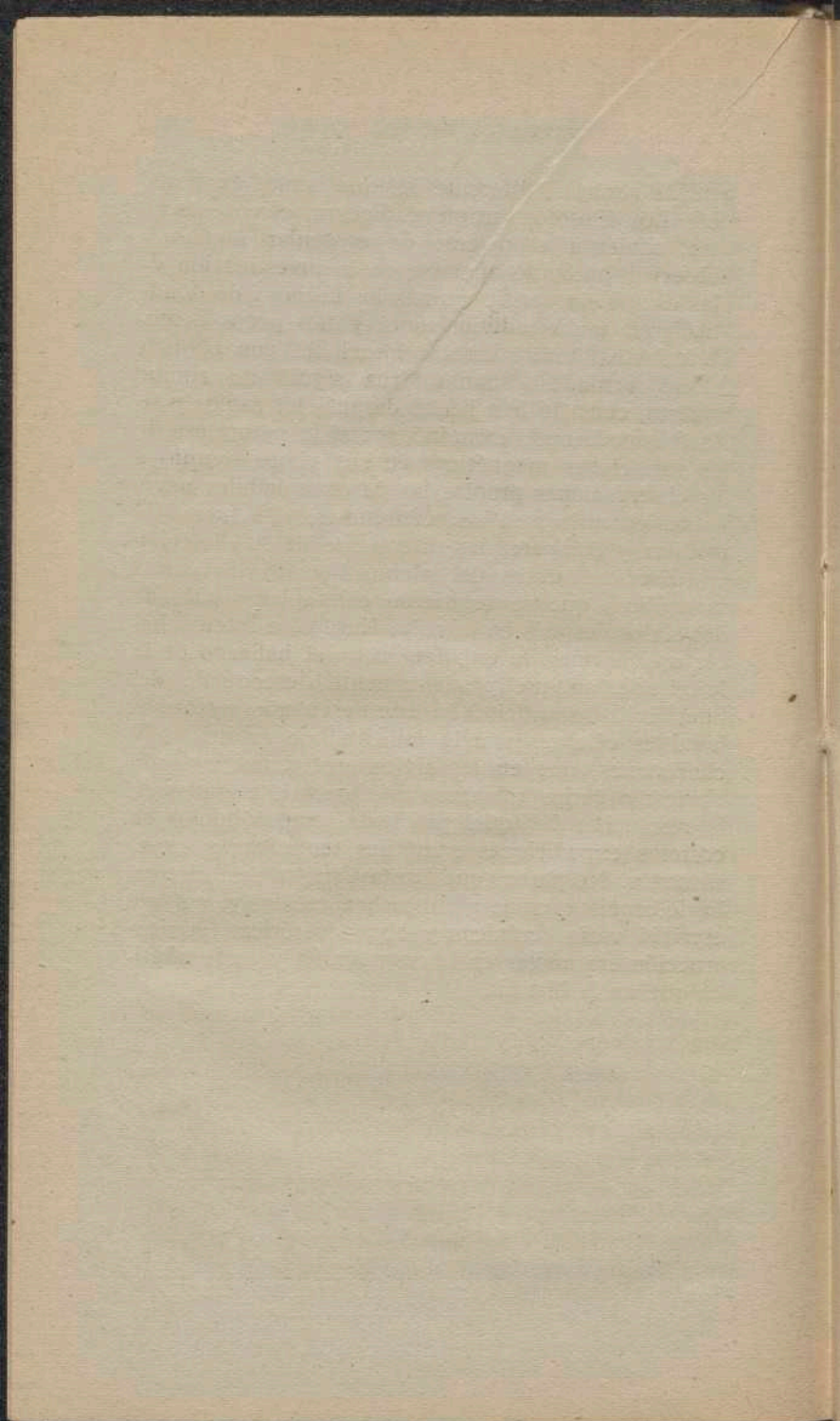
Felipe II, que tanto procuró ilustrar la historia
y geografía de sus dilatados dominios, mandó a
Santa Cruz en 1560 formar un *Islario general*, de-
mostrando en él por figuras pintadas y escritas to-
das las islas hasta entonces descubiertas, con las
distancias y derrotas para caminar a ellas, y las
historias y antigüedades de cada una; y concluída
esta obra debía seguir la descripción de la tierra
firme con la historia general y particular de cada
provincia. Poco tiempo después encargó a Santa
Cruz el Consejo de Castilla la censura de la prime-

ra parte de los Anales de Aragón, de Jerónimo Zurita y los impugnó con tanta acritud y severidad, que, desestimando el consejo por parcial y apasionado este dictamen, lo pidió nuevamente a don Honorato Juan, maestro del príncipe Don Carlos y obispo de Osma, y al doctor Juan Páez de Castro. Este y el M. Ambrosio de Morales se declararon desde luego apologistas y defensores de Zurita; pero con tanta nobleza y buena fe, que escribiendo Morales a Santa Cruz desde Alcalá a 20 de noviembre de 1564 remitiéndole la apología que había escrito del analista de Aragón, le dice: «No quisiera que »fuera (la apología) en contradicción de V. a quien »conozco y precio por su mucha doctrina que tiene »en la cosmografía y en el arte de marear, en que »ha empleado su ingenio y su cuidado.» Acúsale de no tener entera noticia ni uso de la historia antigua de Castilla, lo que le hizo incurrir en contradicciones, y añade: «Saben todos, y yo mejor que todos, que si fuera lo que se trataba materia de cosmografía o arte de marear, que V. diera en ello »tan buenas razones, que todos por fuerza las hubiéramos de preciar y tener en mucho; y así una »o dos veces que V. trató de esto en sus anotaciones, nos pareció que tenía mucha razón por la »buena que allí daba.» Con igual franqueza enviaba Morales a Zurita en la misma fecha la apología para mitigar el resentimiento que éste tenía contra Santa Cruz, y había manifestado con expresiones ajenas de su cordura y moderación, como ya lo observó su mismo panegirista el arcediano Dormer.

En 8 y 10 de octubre de 1566 y en 16 y 17 de julio de 1567 Santa Cruz, Pedro de Medina, fray Andrés de Urdaneta y Jerónimo de Chaves dieron al rey ocho pareceres sobre si las islas Filipinas y la de Zebú estaban en el empeño que hizo el emperador en 1529 al rey de Portugal, y si las del Maluco con muchas de las islas Filipinas y otras tierras comarcanas estaban o no en el límite y demarcación de

la corona de Castilla. Tratando Santa Cruz en su dictamen de los muchos daños que estas contiendas sobre límites causaban en las cartas de marear, porque se disminuían en ella los grados de longitud, y se acortaban los golfos, dice que se valió para fundarlo del derrotero de Juan de Lisboa, afamado piloto portugués en la carrera de la India, que por haber ido al descubrimiento de ella cuando no existían aquellas pretensiones y rivalidades, no había sospecha de que en él estuviesen alteradas las situaciones geográficas de los lugares. Refiere con este motivo la desconfianza que se debía tener de las cartas hechas en Portugal desde 1530 en adelante, porque hallándose él en Lisboa en 1545, el doctor Pedro Núñez, cosmógrafo de aquel reino, mandó a los maestros de hacer cartas que encogiesen en ellas algunos golfos que estaban en el camino de la India; y esto lo hacían en las que se habían de vender públicamente y sacar del reino, pues las que llevaban y usaban sus pilotos se las daban en la casa de la India en Lisboa, y al regreso del viaje las volvían a recoger con las observaciones que de nuevo se habían hecho. Así es que habiendo comprado Santa Cruz en Lisboa unas cartas conformes a las que llevaban los pilotos y parecían sacadas del antiguo derrotero ya expresado, se compararon entonces con otra carta portuguesa que se trajo de Sevilla a Madrid por orden del rey, y se hallaron 8 grados y medio de disminución y diferencia en el golfo desde Comorí a Malaca, y otras igualmente notables en las islas del Maluco. Esta maliciosa adulteración en las situaciones de las cartas cundió en aquel siglo y en el siguiente, con grave daño y atraso de la hidrografía. Murió Santa Cruz, según parece, el año 1572, pues en 14 de octubre se hizo entrega de sus papeles y libros a Juan López de Velasco, que le sucedió en el empleo de cosmógrafo mayor. Además de los libros y mapas ya citados, constan en este inventario otros muchos que tenía trabajados, y entre ellos un nuevo *Tratado de las longitudes y del*

arte de navegar, diferente del que hemos examinado. «Los filósofos antiguos, dice un célebre escritor, tuvieron el defecto de especular mucho y observar poco, de afanarse en la investigación de las causas sin verificar antes los hechos; de donde nacieron tantas adivinaciones y tan pocos descubrimientos, tantos errores mezclados con algunas pocas verdades.» Santa Cruz siguió un rumbo opuesto, como lo han hecho después los sabios y filósofos modernos; examinó por sí la naturaleza de las variaciones magnéticas en sus viajes, reunió a las observaciones propias las de otros hábiles navegantes como lo eran los portugueses, y, a fuerza de meditar y comparar las diferencias de su dirección en diversos puntos del globo, inventó las cartas magnéticas que se repitieron con aplauso más de dos siglos después en la culta Europa, e intentó hacer aplicaciones de este fenómeno al hallazgo de la longitud; aunque prudentemente desconfiado del buen éxito se anticipó en este desengaño a algunos hombres célebres y a la multitud de arbitristas y charlatanes, que en los siglos posteriores lograron obcecar a varios gobiernos marítimos interesados en la resolución de aquel problema, empeñándolos en costosas expediciones e inútiles tentativas y experimentos. No parece que Santa Cruz tuviese el título de cronista, como algunos han creído, y, aunque escribió varias crónicas y obras históricas, su instrucción era mayor en la cosmografía y en la náutica que en la historia.



Don Alvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz

Las hazañas que distinguieron a los españoles para la restauración de su monarquía desde principios del siglo VIII fueron los fundamentos más sólidos del esplendor de la nobleza castellana. Los ricos-homes se presentaban en la guerra con sus mesnadas y pendones al lado del monarca para defender sus derechos y conservar su dignidad; y cuando ya a esfuerzos de su valor y sacrificios se iba estrechando el teatro de la guerra terrestre, el mar les presentaba su inmensa extensión para llevar con sus proezas la gloria del nombre español por todo el ámbito del orbe. Así lo hicieron los Bazanes, los Toledo, los Girones, los Fajardos y otros, adquiriendo por tan honoríficos medios aquel lustre, grandeza y poderío que vincularon en sus casas para memoria perpetua de su valor y de sus virtudes.

Entre los muchos testimonios que de esta verdad ofrece la historia marítima de España, fijarán por ahora nuestra atención los ínclitos hechos de D. Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, señor de las villas del Viso y de Valdepeñas, comendador mayor de León, del consejo de S. M., su capitán general del mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal. Descendiente del valle de Baztán y de una familia de héroes cuyos servicios fueron premiados por los reyes de Navarra y después por los de Castilla, donde fijaron su morada a la mitad del siglo XIV, halló en su propia casa su-

blimes modelos que imitar de valor, generosidad y patriotismo. Recientes eran todavía las proezas de su abuelo don Alvaro de Bazán, cuando rindiendo en 1485 al caudillo de Baza, desbaratando y cautivando sus tropas, apoderándose después de la villa de Fíñana, fuerza entonces de mucha consideración, allanó de este modo la total conquista del reino de Granada y de su magnífica capital. Hijo de éste y padre del primer marqués fué otro don Alvaro, que sirvió distinguida y heroicamente a Carlos V, ya en tiempo de las comunidades, ya mandando las galeas de España, ya conquistando y asolando varias plazas en la costa de Africa, donde se refugiaban los corsarios berberiscos, ora cautivando a los de mayor nombradía, ora en la jornada de Túnez, ora dominando en el Océano con admirables victorias conseguidas sobre las armadas francesas que infestaban los mares y costas de Galicia.

Dos veces, pues, se había repetido con gloria el nombre de *Alvaro* en la familia de los Bazanes, como si la Providencia se ensayara (según la expresión de uno de los panegiristas de nuestro héroe) en preparar el que había de recopilar las virtudes de todos. Nació en la ciudad de Granada a 12 de diciembre de 1526, y se le dió por abogado al patrón de España, como presagiando que había de dirigirlo y protegerlo en sus empresas militares para exaltación de nuestra santa religión y gloria de la nación española. Fueron sus padres el mencionado don Alvaro de Bazán, capitán general entonces de las galeras y naves destinadas a custodiar las costas de Granada, y doña Ana de Guzmán, hija del conde de Teba, marqués de Ardales; tuvo por ayo a Pedro González de Simancas. La ciudad de Gibraltar reconoce por honor el que se criase dentro de sus muros el joven Alvaro, y el haber morado después allí con su mujer y sus hijos, dejando muestras de su afición a las bellas artes cuando se renovaron al uso español muchas salas moriscas del castillo. Lo cierto es que apenas tenía nueve años

cuando Carlos V le nombró alcaide del mismo castillo de Gibraltar por Real cédula expedida en Madrid a 2 de marzo de 1535, mandando que durante su menor edad tuviese el padre la tenencia, salarios, derechos y exenciones de la capitanía, prestando el pleito homenaje y juramento de fidelidad hasta que el hijo entrase por sí mismo o por el teniente que nombrase en el ejercicio de aquel empleo, como lo ejecutó oportunamente. Entonces se conoció el benéfico influjo de su mando en la prosperidad de aquella plaza, a cuya bahía iban a invernar las armadas por haber proporcionado un buen astillero para carenar y construir buques con las maderas de la sierra de la Carbonera, que se conducían por los ríos Guadarranque y Palmones. Embarcado desde muy joven al lado de su padre, recibió aquella educación robusta y varonil que tanto distinguía a la nobleza de aquel tiempo. En premio de sus méritos le condecoró el emperador en 1542 con el hábito de la Orden de Santiago. Dos años después partió don Alvaro el padre desde Valladolid a Santander a mandar una escuadra de 40 buques: 15 de ellos fueron a Flandes con 2.000 españoles que llevó el maestre de campo don Pedro de Guzmán; los restantes quedaron para la defensa y custodia de nuestras costas. En tal situación tuvo aviso don Alvaro de que el 8 de julio se había descubierto desde Fuenterrabía una armada de más de 30 naos francesas que habían apresado dos vizcaínas que se dirigían a Flandes cargadas de sacas de lana. Otras noticias comprobaban los daños que los enemigos iban haciendo en varios puertos y villas litorales, y reforzando entonces don Alvaro sus buques con alguna tropa, dió la vela apresuradamente el 18 de julio, dirigiéndose a las costas de Galicia que se hallaban amedrentadas con los desembarcos de tropas y saqueos horrorosos que hacían los franceses; terror que había trascendido a las ciudades interiores. Hallábase la armada francesa exigiendo una contribución a la villa de Muros, cuando dió so-

bre ella el ilustre Bazán con la suya, compuesta de 25 naos el 25 de julio, día del apóstol Santiago. Pusiéronse en orden para pelear ambas escuadras; la capitana de don Alvaro embistió a la francesa con tal denuedo, que la echó a fondo con su gente, y arribando luego sobre otra nao enemiga que venía en socorro de la primera, la rindió también. Con este ejemplo pelearon todos valerosa y obstinadamente por espacio de dos horas, al cabo de las cuales, derrotada y rendida la armada enemiga, y degollados más de 3.000 franceses, con sólo 300 muertos y ahogados de parte de los españoles, se retiró la armada vencedora a La Coruña, conduciendo gran número de presas. Cupo mucha parte en tan feliz jornada al joven Alvaro, que sin cumplir aún los dieciocho años de su edad asistió intrépido al lado de su padre. Este dejó en aquel puerto al mando y cuidado de su hijo la armada española y las naos apresadas, mientras partió para la ciudad de Santiago a dar gracias y ofrecer al apóstol su victoria ganada en su día, y a vista de la tierra en que se venera su santo cuerpo. Fué recibido del arzobispo, del cabildo y de todos los naturales con las más solemnes demostraciones de gratitud y de contento. Admiróse no menos su religiosidad que su denuedo militar, su pericia marinera y su noble desinterés, porque con el valor de las presas que hizo mandó reparar y resarcir los daños y pérdidas que en los pueblos de la costa había ocasionado la rapacidad de los enemigos; notable ejemplo de generosidad y nobleza. Pasó don Alvaro desde Galicia a Valladolid, donde el príncipe Don Felipe le recibió honoríficamente, avisando de tan feliz nueva al emperador que se hallaba en Flandes.

Preparado así el joven Alvaro para el mando y dirección de las fuerzas navales, le nombró el rey en 1554 capitán general de una armada destinada a guardar las costas de España y proteger la navegación de las Indias que se había interrumpido por los corsarios franceses, a los cuales escarmentó muy

pronto, ya combatiéndolos y apresándolos bizarramente, ya infundiéndoles tal pavor y miedo que dejaron libre la comunicación con los países de ultramar y tranquilos los habitantes de nuestras provincias marítimas. Supo por entonces que dos naos inglesas habían llegado al cabo de Aguer cargadas de armas para los moros de Fez y Marruecos; inmediatamente fué en su seguimiento, las sacó del puerto donde estaban ancladas al amparo de una fortaleza e hizo quemar siete chalupas y carabelas que tenían allí los moros para robar los navíos de los cristianos que traficaban en las pesquerías de Cabo Blanco; acciones arriesgadas que no lograron impedir los enemigos con su artillería ni con la mucha gente que les vino de socorro.

En 1561 fué nombrado don Alvaro capitán general de 10 galeras que anduvieron en custodia del estrecho de Gibraltar y de las costas de poniente. Los moriscos del reino de Granada mantenían pérfidas y perjudiciales relaciones con los berberiscos y aun con el Gran Señor, y éstos les protegían infestando nuestras costas, destruyendo sus pueblos, cautivando a sus moradores y atacando a veces con poderosas fuerzas nuestras plazas y presidios de Africa. Así lo hicieron en 1563 con Orán y Mazalquivir, en cuya ocasión fueron tan prontos y eficaces los auxilios de don Alvaro, que contestándole el rey en 16 de agosto al parte que le daba de lo acaecido en aquella jornada, le dice: *«el cuidado y diligencia con que nos servistes en ella os tenemos en servicio, y así la voluntad con que somos cierto lo habéis hecho, que es la que siempre habéis acostumbrado, de lo cual tenemos memoria para favoreceros y haceros merced como es razón»*. No hacían menor daño los corsarios franceses, ingleses y escoceses, que sin observar los tratados y convenios de paz que sus príncipes tenían con España robaban nuestras naos, aniquilaban nuestro comercio e interrumpían nuestras comunicaciones con las colonias. Felipe II dió instrucciones muy severas para

que se les tratase como a piratas, y don Alvaro, a fuerza de vigilancia, de valor y de fatigas, logró escarmentar tan molestos enemigos e infundirles respeto y consideración a las armas españolas.

Túvose por cierto a principios de 1564 que la armada del turco bajaría aquel año al Mediterráneo; alarmáronse al momento, como era natural, todos los príncipes cristianos, y Felipe II, que acababa de celebrar cortes en Monzón, llamó a don Alvaro, que le encontró en Barcelona, para consultarle las providencias que tenía dadas y las que convendría tomar. De resultas le mandó pasar a Vizcaya y embargar y disponer cuantas naves hubiese útiles en aquellas costas y en las de Santander, Asturias, Galicia y Andalucía. Asegurado después el rey de que el turco no verificaba aquel proyecto mandó desembargar la mayor parte de los buques, y deseoso de no malograr las prevenciones hechas, resolvió hacer la conquista del Peñón de Vélez de la Gomera, que era la guarida y amparo de los corsarios berberiscos, reuniendo para ello algunas fuerzas de Portugal y Malta y de los estados que poseía en Italia. Nombró para esta empresa a don García de Toledo, y tuvo en su buen éxito una parte muy principal don Alvaro de Bazán. Mientras se hacían los preparativos en el Mediterráneo, habilitó éste 12 galeras en el Puerto de Santa María, y con ellas salió el 6 de junio de aquel año, y pasado el estrecho persiguió y apresó una fragata de turcos, libertando 80 cristianos cautivos, que dejó al paso en Cartagena, siguiendo a Tarragona, de donde volvió a salir en persecución de unas galeotas berberiscas. Reunidas allí varias escuadras partió con ellas don García para Málaga, y don Alvaro y don Sancho de Leiva fueron comisionados a Barcelona para conducir la artillería gruesa. Ejecutáronlo así, y a su paso por las costas de Valencia ahuyentaron los corsarios enemigos que las infestaban. La armada salió de Málaga y llegó al Peñón. Don Alvaro en una barca hizo el reconocimiento

de la fortaleza, pareciéndole inexpugnable, como a don García, aunque de fábrica débil. Por las acertadas disposiciones del general y por el valor con que pelearon nuestras tropas, venciendo la obstinada resistencia y los ardides de los enemigos, se consiguió al fin la ocupación del fuerte o castillo principal el 6 de setiembre, entrando en él don Alvaro con los demás caudillos. Propúsoles entonces don García ir a cegar la boca del río de Tetuán para quitar aquel asilo a los piratas y corsarios; pero aunque el pensamiento pareció bueno, se excusaron muchos generales, unos por no tener órdenes de sus soberanos, y otros por estar muy adelantada la estación. Don García partió con la armada y el ejército para Málaga, dejando la guarnición suficiente y a don Alvaro con sus galeras para fortificar el Peñón con más artillería y ponerlo en estado de resistir los ataques de los enemigos; servicios que expresó el rey en carta de 22 de setiembre del mismo año, agradeciendo a don Alvaro «el cuidado y diligencia que habéis puesto, así en que se subiese y metiese en el Peñón la artillería y otras cosas que quedaron fuera cuando se vino nuestra armada, como en lo que más se ha ofrecido en esta jornada, y os ha ordenado de nuestra parte don García de Toledo, que es como lo soléis hacer.»

Pareció bien al rey Don Felipe el intento de don García de Toledo de cerrar la boca del río de Tetuán, y encargó su ejecución a don Alvaro de Bazán, quien apostó en el puerto de Santa María algunas galeras y varias chalupas y barcas grandes, donde mandó meter la piedra, labrarla y hacer el betún con que se había de trabar. Pasó con estos buques a Gibraltar y reservadamente a Ceuta a concertar su plan de operaciones con aquel alcaide. Salió éste de aquella plaza con alguna gente para hacer una alarma falsa a los moros, que acudieron en número de 4.000 de a pie y a caballo, mientras don Alvaro, llegando a la boca del río con 11 navíos,

sus galeras y bergantines, mandó poner atravesados los dos que estaban cargados de piedra y cal y los hizo desfondar y echar a pique, dejando perfectamente cerrada la entrada del río. Apercibiéronse los moros, y acudieron 5.000 de a caballo a reconocer lo que sucedía, y habiéndolo visto volvieron a Tetuán, de donde conociendo su engaño bajaron furiosos los 4.000 moros, y llegaron a tiempo que ya no pudieron estorbar la operación, pues don Alvaro andaba recogiendo la gente, a la cual molestaron disparando sus arcabuces y saetas, sin que la artillería de las galeras y el daño que les hacía los escarmentase, antes bien, arrojándose furiosos al agua hasta la cintura, continuaban disparando sus armas y arrojando sus lanzas contra los que estaban en los esquifes. Viendo don Alvaro esta obstinación y el daño que recibía su gente, saltó a tierra con algunos capitanes y soldados, combatió y ahuyentó a los moros, y pudo hacer tranquilamente su reembarco y salir con su escuadra para Ceuta, Tánger y Cádiz, desde donde avisó de todo al rey, que se lo tuvo a gran servicio.

Acabada tan felizmente esta empresa, se dirigió don Alvaro a perseguir con cinco galeras a los corsarios enemigos, logrando tomarles tres fustas y répresarles otras tres de que se habían apoderado. Hallábase aún en la mar, cuando llegó a Cartagena un correo despachado por el rey con una carta en que le noticiaba las disposiciones del gran turco para enviar su armada a los mares de Italia, mandándole en consecuencia aumentase el número de sus galeras, y después de proveer y reforzar nuestras plazas de Africa pasase a Sicilia para servir allí en lo que se ofreciese. Hízolo así, reuniendo en Cartagena, Sevilla y Puerto de Santa María hasta 19 galeras, con las cuales proveyó desde Málaga en 29 de junio a las plazas de Orán y Mazalquivir de los víveres y municiones que necesitaban, conduciendo seguidamente desde Cartagena 1.000 soldados para reforzar sus guarniciones. Regresó a este puerto,

embarcó en él 1.500 soldados, se dirigió a Barcelona, tomó más tropas y juntó hasta 35 galeras, con las cuales partió para Mesina, y llegando a la costa de Génova puso a bordo otros 1.500 soldados, y con algunas galeras de aquella república y del Papa completó el número de 40. Entonces supo la pérdida del fuerte de San Telmo en Malta, y habiendo al mismo tiempo recibido noticia de que sobre Civitavecchia se habían apostado 60 galeras turcas con intento de interceptarle su paso para Sicilia, consultó don Alvaro con sus generales, manifestándoles que la importancia de socorrer con prontitud y oportunidad a Malta le determinaba a pasar adelante, pues aun cuando encontrase fuerzas enemigas tan superiores, confiado en que sus galeras estaban bien armadas, con muchos caballeros y muy buenos soldados, combatiría bajo la firme esperanza de que Dios le daría una completa victoria. Contradijéronle este parecer y determinación, juzgándola por una temeridad en que tanto se aventuraba; pero don Alvaro insistió en ello, formó su plan de combate, dió sus instrucciones para la batalla y emprendió su viaje. A pocos días encontró las galeras de Juan Andrea Doria que iban a Florencia y eran las que habían alarmado la costa romana creyéndolas enemigas. Así fué que llegó a Nápoles felizmente el 21 de julio, y desde allí transportó tropas y municiones a Mesina, con gran contento y satisfacción de don García de Toledo. Comisionóle éste para revisar y poner en orden 45 buques de la armada, consultó con él sus planes, llevóle al socorro de Malta, para donde partió el 27 de agosto con 60 galeras, y don Alvaro, con sus consejos, con sus fuerzas y disposiciones, contribuyó eficaz y poderosamente al feliz éxito de aquella memorable jornada.

Para que se fuera ensayando don Juan de Austria en el mando y dirección de las grandes empresas, le nombró su hermano Felipe II capitán general de la mar en 1568, y le envió a Cartagena, donde se reunieron las escuadras de galeras, sien-

do don Alvaro de Bazán uno de sus consejeros para la resolución de los negocios que ocurrían. Entonces con noticias que tuvo el rey de las fuerzas que se preparaban en Constantinopla, y mereciéndole sumo cuidado la seguridad de las costas de Nápoles y Sicilia, nombró a don Alvaro capitán general de las galeras de Nápoles, adonde fué desde luego con el título también de consejero de estado de aquel reino, que le despachó el rey en 31 de mayo; y a costa de repetidos combates, de muchas presas y de un valor y actividad sin ejemplo, logró ser el genio tutelar de aquellas costas, inspirando confianza y gratitud a sus habitantes, y terror y asombro a sus bárbaros enemigos.

Había el rey confiado a don Juan de Austria la pacificación de los moriscos del reino de Granada, y para ayudarle en esta empresa mandó que don Luis de Requeséns, comendador mayor de Castilla, y su teniente en la mar, viniese de Italia con 24 galeras y algunas tropas. Al partir para España previno Requeséns a don Alvaro que con las 14 galeras de su cargo y tres banderas de infantería española asegurase aquellos mares contra los corsarios turcos. Salió aquél de Civitavecchia, tocó en algunos puertos de Italia, arribó a Marsella por los malos tiempos, y pareciéndole que habían abonanzado prosiguió su viaje, y entrando en el golfo de Narbona sufrió tan grandes tormentas del norte durante tres días, que las galeras se dividieron todas destrozadas, procurando salvarse donde la suerte a cada una le permitía. Cuatro de ellas se perdieron con toda su gente, siendo muy notable que una con la fuerza del temporal embistió a otra involuntariamente por el costado, quedando salva la que fué acometida, mientras que la primera se fué a fondo a vista de las demás. Otras dieron al través en Córcega y Cerdeña o aportaron a otras partes con graves pérdidas y muchos trabajos. Sólo la capitana pudo arribar a Menorca y pasar de allí a Palamós, donde los turcos, forzados, intentaron levantarse con la gale-

ra, cuyo motín se contuvo ajusticiando 30 de los cómplices. Serenado ya el tiempo, llegó a Cerdeña don Alvaro de Bazán con las galeras de Nápoles, habilitó cinco de las que habían quedado en estado de navegar, embarcó en ellas y en las suyas cuanta tropa pudo, y se dirigió a Mallorca. Allí supo que el comendador mayor había arribado a Barcelona con sólo su galera, que los esclavos turcos habían intentado levantarse con ella en Palamós y conducirla a Berbería, y partió prontamente a su socorro. Unidos en aquel puerto navegaron hacia la costa del reino de Granada, a tiempo que los sucesos de aquella guerra habían sido poco favorables a nuestras armas. Pronto cambió la suerte de ellas con tan oportunos auxilios y hábiles capitanes, y don Alvaro, después de haber desempeñado allí varias importantes comisiones en mar y en tierra, regresó con sus galeras a guardar y defender las costas de Italia.

Estos eminentes servicios, unidos a los que en tiempos anteriores dieron tanto lustre y esplendor a la familia de los Bazanes, excitaron el ánimo de Felipe II para expedir a don Alvaro el título de *Marqués de Santa Cruz* en 19 de octubre de 1569. Veinte años antes había contraído matrimonio con su prima doña Juana de Zúñiga y Bazán, hija mayor de los condes de Miranda, y entonces se obligaron los padres de don Alvaro a fundar mayorazgo de las villas del Viso y Santa Cruz, y de otros muchos bienes en favor de su hijo mayor y sus descendientes, cuya real facultad obtuvieron a 9 de abril de 1549. Algunos años después quedó viudo don Alvaro con sólo cuatro hijas, y contrajo segundo matrimonio en 1567 con su parienta doña María Manuel, hija del conde de Santisteban, de la cual tuvo tres varones, siendo el mayor otro Alvaro, que también dejó señalado lugar en nuestra historia. Así es que el engrandecimiento de esta casa fué una justa y solemne recompensa de los servicios hechos a la nación y a sus soberanos.

Cuando se color de socorrer la rebelión de los moriscos de Granada dirigió Selim II sus fuerzas para invadir la isla de Chipre que poseían los venecianos a principios de 1570, solicitaron éstos el auxilio del Papa y de los príncipes cristianos, y Pío V pidió a Felipe II la reunión en Sicilia de todas las armadas suyas y de sus aliados para contener la del Gran turco que intentaba dominar en los mares de Italia; condescendió el rey, y a cargo de Juan Andrea Doria se juntaron allí las galeras de Génova, de Saboya, de Malta, de Sicilia, y las de Nápoles, que mandaba el marqués de Santa Cruz. Otras atenciones estorbaron que todas fuesen unidas a socorrer la Goleta, amenazada por los argelinos y otras potencias berberiscas, y se cometió esta empresa a sólo el marqués, que con su escuadra de 20 galeras la ejecutó con tal actividad, que dejando socorrida y asegurada aquella fortaleza (memoria todavía de la expedición de Carlos V), volvió a unirse a la armada coligada, llevando consigo dos bajeles turcos que había apresado en su navegación.

Entretanto nombró el Papa para capitán general de la armada pontificia a Marco Antonio Colonna, que partió luego a Venecia, desde, donde unido con las galeras de aquella república, hizo algunas salidas por las costas de Grecia. Doria, con 49 galeras reforzadas con 5.000 españoles y 2.000 italianos, partió de Sicilia para Otranto a reunirse con Colonna y seguir su estandarte, juntándose luego con los venecianos en la isla de Candía. Detenidos todos más de lo que convenía en conferencias y discusiones sobre el plan que habría de seguirse en la campaña, no quisieron adoptar el que proponía Santa Cruz para que inmediatamente se socorriese a Chipre, juntándose hasta 200 galeras con que resistir las fuerzas del turco. Salieron al fin con tiempos contrarios, llegando trabajosamente sobre Rodas y Escarpanto, y, como por otra parte, las epidemias y enfermedades fatigaban en especial a los venecianos, dieron lugar unos y otros a que los turcos to-

masen por asalto a Nicosia el 9 de setiembre, después de cuarenta y ocho días de sitio, no sin pérdida y desaliento de su gente. Esta noticia consternó a los caudillos de la armada combinada, dejándolos más dudosos y perplejos sobre el partido que convenría seguir en las nuevas circunstancias que se presentaban. La estación ya adelantada lo decidió, porque las tempestades derrotaron y dividieron las escuadras. La antigua emulación de venecianos y genoveses sembró la desconfianza y atizó entre ellos la discordia: los mismos capitanes venecianos estaban opuestos entre sí; estuvieron también Colonna y Doria, hasta el punto de enemistarse y de suscitar de resultas graves quejas y satisfacciones de sus gobiernos; achaque común a toda confederación en que los intereses particulares y los resentimientos personales no se sacrifican generosamente al bien y a la utilidad general. Era ya entrado octubre cuando Doria partió para Mesina, y de allí a informar a Felipe II de los sucesos de la campaña, de cuyo mal éxito le culpaba gravemente el Papa, que disgustado con él ni quiso admitirle descargo ni darle audiencia, según algunos escritores. El marqués de Santa Cruz, pesaroso al ver los funestos resultados de no haberse seguido su consejo, despidió en Nápoles la gente no necesaria, puso a invernar las galeras, y trabajaba en mejorar su armamento para la primavera próxima.

Después de dividirse y retirarse las escuadras aliadas, los turcos, dejando 10 generales en Chipre, regresaron también a Constantinopla, y los venecianos, aprovechando esta coyuntura, y a pesar de las grandes pérdidas que habían tenido, lograron socorrer abundantemente a Famagosta a principios de 1571. Las desavenencias anteriores les hacían desconfiar de la confederación y de los auxilios de Felipe II; pero el Papa trabajó con tal actividad y prudencia, que venciendo las dificultades que suelen ofrecer los intereses encontrados de los príncipes, logró concluir el tratado de la Liga. Habíase

concertado también el nombramiento de don Juan de Austria para generalísimo de la armada, y este príncipe partió inmediatamente en posta desde Madrid el 6 de junio para Barcelona, y embarcando allí los tercios de infantería española de don Lope de Figueroa y de don Miguel de Moncada, dió la vela para Génova, adonde llegó el día 26 con 47 galeras. Moncada fué comisionado a Venecia para visitar la Señoría, animarla y asegurarla de la próxima reunión en Mesina de todas las fuerzas coligadas; y el marqués de Santa Cruz partió para Nápoles con los tercios españoles que habían servido en la guerra de Granada, a fin de rehacerlos y completarlos con los españoles nuevos que estaban de antemano en el servicio de la armada. Entretanto, don Juan de Austria tomó así en Nápoles como en Mesina las disposiciones más eficaces para acelerar los armamentos y reunir todas las escuadras en este puerto. Las galeras que mandaba Santa Cruz condujeron la infantería española, que se distribuyó en los bajeles de la armada de España. La demora que produjo la reunión de escuadras de tan diversas potencias proporcionó a los turcos rendir sin inquietud a Famagosta a principios de agosto, después de combatirla horriblemente en sesenta y cinco días de sitio.

Los caudillos de la armada católica concertaban entretanto el plan de operaciones en que habían de ocuparse; quiénes opinaban por el socorro de Chipre, quiénes por la conquista de Túnez, determinándose al fin, después de muchas controversias, buscar en la mar a la armada enemiga para atacarla y combatirla. Hasta el 15 de setiembre no permitieron los tiempos que los aliados saliesen de Mesina, empezando a verificarlo en aquel día, dispuesto ya el orden de marcha y de batalla. La primera escuadra, que se llamó el ala o lado derecho de toda la armada, llevaba 54 galeras a cargo de Juan Andrea Doria; la segunda, que se nombró de batalla, en la que estaba el señor don Juan de Austria, se

componía de 65 galeras; a la derecha de la «Real», en que él iba, se colocaron 32 galeras al mando de Colona, y a la izquierda otras 30 al de Sebastián Veniero, general de los venecianos, y la capitana del comendador mayor y la patrona Real fueron por la popa del generalísimo. La tercera escuadra, que era la del ala o lado siniestro de la batalla, llevaba 55 galeras, y por comandante a Agustín Barbarigo, proveedor general de Venecia. Esta escuadra fué siempre dos millas más próxima a la costa que la de batalla, y tres o cuatro detrás de ella. La cuarta escuadra, compuesta de 30 galeras al mando del marqués de Santa Cruz, se llamó del socorro y auxilio de toda la armada, y además navegaba 30 millas avanzado a la vanguardia don Juan de Cardona con ocho galeras para hacer la descubierta conveniente, y todos los bajeles de las potencias aliadas iban interpolados en las diferentes escuadras. En esta forma socorrieron a Corfú, que era combatida de los turcos, y persiguieron su armada, que se había retirado hacia las bocas de Lepanto. Descubriéronla el 7 de octubre por la mañana dividida en tres escuadras en forma de media luna; Alf-Bajá traía la batalla o centro con 84 galeras; Mahomet Bey, gobernador de Negroponto, mandaba el lado derecho en compañía de Siroco, virrey de Alejandría, con 80, y el lado izquierdo Aluch-Alí, rey de Argel con otras 80 galeras, y además otras muchas con varias galeotas y buques menores para socorro y auxilio de la armada. Los aliados llevaban seis galeazas con mucha artillería, y colocaron dos a la cabeza de cada ala o costado, y dos en el centro. Maravillóse Alf-Bajá, generalísimo de los turcos, de ver reunidas tantas fuerzas de los cristianos, sin embargo de que su línea se componía de 260 galeras; pero la deshicieron las galeazas con su artillería, cuando los turcos, con fuerzas superiores, empezaron por atacar el ala o escuadra de Doria con alguna ventaja. Rehízose la armada enemiga de aquel desmán, y atacó con furor el ala opuesta de Barba-

rigo, que se defendió valerosamente, y con el socorro que tuvo oportunamente de la escuadra de Santa Cruz pudo rendir algunas galeras enemigas, hacer embarrancar otras en la costa y poner en fuga 15 de ellas y 10 galeotas, que se retiraron a Lepanto. Entretanto se combatía con igual valor en la escuadra del centro; apenas vió don Juan la capitana de Alí, mandó dirigirse a ella y se embistieron por las proas; entonces hicieron gran destrozo en los turcos los arcabuceros y mosqueteros españoles. Alí llevaba siete galeras de refuerzo, y don Juan solas dos; advirtiéndolo Santa Cruz y se acercó con su escuadra a socorrerle; mató muchos turcos con su artillería, metió 200 españoles en la Real y volvió a su puesto, aunque con muerte de muchos soldados; dos veces pasaron los cristianos a la galera de Alí, y otras tantas fueron rechazados. Casi todas estaban abordadas y aferradas unas con otras, y en todas se peleaba con encarnizamiento; algunas galeras turcas huyeron, y perseguidas de las galeazas zabordaron o se perdieron en las marinas cercanas. Alí procuraba con empeño entrar la galera de don Juan después de dos horas que la combatía, y lo logró habiendo sido reforzado con nuevos soldados y otros auxilios. Turcos y cristianos combatían con furor y tenacidad dentro de la Real, cuando los cristianos lograron matar de un arcabuzazo al general turco Alí, con lo cual desmayó su gente y se alentaron los de la Liga, que abordaron la galera turca y se apoderaron de ella, con muerte de muchos jenízaros. Enarbolaron en lugar del estandarte otomano la bandera de la Cruz, y levantaron al mismo tiempo la cabeza de Alí en una pica como señal de la victoria. Irritado Aluch-Alí, capitán de la mar de Argel, al oír la algazara y clarines del triunfo de los cristianos, cargó desesperadamente con más de 30 galeras sobre las de Sicilia y Malta, cuya capitana acababa de rendir cuatro galeras turcas, quedando de resultas muy maltratada y su gente muy cansada, pero, sin embargo, sos-

tuvo todavía el nuevo ataque con tal constancia y valor, que sólo fué entrada a saco y ganado su estandarte, cuando únicamente quedaron vivos seis caballeros malheridos; quisiéronla remolcar los enemigos, pero la socorrió y libertó una de las galeras del marqués de Santa Cruz. Las otras de Malta apresaron en esta refriega tres de la escuadra de Argel; la patrona de Sicilia y otras dos del Papa corrieron igual fortuna que la capitana de Malta, maltratadas y casi sin gente fueron rendidas y recobradas después. Peleábase por todas partes con empeño, y los turcos combatían parcialmente con dos o tres galeras suyas a cada una de las aliadas, apareciendo dudoso el éxito si el marqués de Santa Cruz, dejando ya libre y desahogada la Real, no acudiera con suma diligencia y valor adonde era mayor el peligro. Socorrió a don Juan de Cardona, a quien ocho galeras turcas tenían en grande aprieto, habiéndole herido, maltratado su capitana y muerto 120 combatientes españoles. La Real, la patrona del comendador mayor y las capitanas de Su Santidad y de Venecia, socorridas y reforzadas por Santa Cruz, pudieron auxiliar a otras y acometer, rendir y llevar presas muchas enemigas. Entró Requeséns la galera de los hijos de Alí y los prendió, con gran mortandad de los turcos. Ayudaban a la batalla los esclavos cristianos, que viendo entradas las galeras turcas en que iban al remo, peleaban furiosamente contra sus opresores, y también los forzados de las galeras cristianas con la esperanza de recobrar su libertad, según la promesa de sus generales. Doria perseguía a Aluch-Alí, que huía con siete galeras, y al fin le tomó algunas; Barbarigo peleaba con valor y con varia e incierta suerte hasta que llegó Santa Cruz, y abordando por la popa a la capitana del gobernador de Alejandría, y peleando dentro de ella denodadamente, la rindió habiendo recibido dos arcabuzazos en la rodela y perdido mucha gente. Las galeras de su escuadra rindieron otras tres enemigas, y, persiguiendo a las demás, las hicieron va-

rar en tierra, donde algunas se perdieron, ahogándose muchos turcos y librándose pocos con la fuga. Desesperados, los que quedaban emprendían nuevos combates ciegos de furor y de rabia, y hallando desabrigada la Real de la Liga la embistió una de los turcos y rompió el estanterol; pero la Imperial de Sicilia la echó a fondo, y hallándose próximo el marqués de Santa Cruz acometió a las que venían en su socorro y a 35 más que procuraban ampararse en los puertos cercanos; apresó algunas, y a las demás las hizo embarrancar en la costa, sin que de todas se salvaran más de cinco. Viéndose, pues, don Juan de Austria dueño del mar de batalla, vencidos y fugitivos los turcos, rendidas y aferradas la mayor parte de sus galeras, y que Doria y Santa Cruz iban con las suyas recogiendo y remolcando los trofeos de la victoria, trató de reunir sus buques y de retirarse, porque ya la noche se aproximaba, y el tiempo, alterado, comenzaba a ser muy borrasco. Retirose, pues, toda la armada al puerto de Petela, por ser el más inmediato y abrigado, y con tal oportunidad y acierto que aquella noche sobrevino un temporal horroroso de vientos, truenos y aguaceros. Allí se hicieron las primeras curaciones de los heridos, descansaron todos, se arreglaron las tripulaciones, se remediaron las averías y se despachó a don Lope de Figueroa con la noticia de la victoria para el rey. Recibió allí don Juan de Austria los parabienes de todos los caudillos de la armada, y permaneció hasta el 11 de octubre; pero cumpliendo las órdenes del rey para que no inverna-se fuera de sus estados, regresó a Mesina, donde llegó el 31 de aquel mes con los bajeles muy maltratados de las tempestades. Fué solemnemente recibido y obsequiado en aquella ciudad, cuidó con mucho esmero de la asistencia y curación de los heridos y de recompensar generosamente a los más dignos y beneméritos; distribuyó las escuadras de galeras a Palermo, Nápoles y Génova, porque más fácilmente se aprestasen para la campaña próxima,

despidió algunas naves, licenció algunas tropas y a otras dió alojamiento en varias plazas. Entonces pasó Marco Antonio Colonna a Roma, y a Nápoles el marqués de Santa Cruz, y en ambas capitales fueron recibidos con todo el regocijo y solemnidad que merecía un triunfo tan glorioso. Entretanto el Papa procuraba empeñar en esta causa a otros príncipes cristianos, singularmente a los de Francia, Alemania, Polonia y Portugal, sin dejar por esto de concertar en Roma con los aliados el plan de operaciones para la primavera de 1572.

En oposición a tantos preparativos y diligencias se apercibía Selim II en Constantinopla, acrecentando sus fuerzas marítimas y terrestres, y procurando atraerse la voluntad de otros príncipes, en especial del rey de Francia Carlos IX, a quien no sólo disuadió de acceder a la Liga, sino que por su intervención se separaron de ella los venecianos y se promovieron disturbios entre las cortes de Roma y de Florencia. En este estado murió Pío V, pero su sucesor, Gregorio XIII, confirmó el tratado del año anterior y el nombramiento de Colonna en su dignidad de capitán general. Salió éste para Levante en 6 de junio de 1572, mientras don Juan, que permanecía en Sicilia para la defensa de aquellos dominios según la voluntad de su hermano, le auxilió con 27 galeras gruesas cargadas de tropas, vituallas y municiones, y además con las 36 que mandaba el marqués de Santa Cruz, y que transportaron a Corfú la infantería española e italiana que había en Sicilia y en Nápoles. Reunida allí toda la armada, salió Colonna con ella y recorrió las costas de la Albania, avistó el 7 de agosto a los turcos que se dirigían a Cérigo, presentóles batalla en muy buen orden, aunque inferior en fuerzas, llegaron a cañonearse las escuadras cerca de dos horas, pero la otomana, oculta entre el humo de su propia artillería y entre la sombra de la noche que se aproximaba, se retiró perseguida inútilmente por Colona. Entretanto, Felipe II, complacido de sus victorias en Flan-

des, menos receloso del rey de Francia y satisfecho de las intenciones del nuevo pontífice, mandó que saliese su hermano para Levante, dejando en Sicilia a Doria con 40 galeras y algunas tropas. Don Juan debía reunir y mandar todas las fuerzas, que se componían de 7.600 soldados españoles, 6.000 italianos, 3.000 alemanes, 65 galeras y 30 naves; y llegado a Corfú el 9 de agosto no encontró allí a Colonna ni noticia de su paradero. Incorporósele al fin en aquella isla el 31 de agosto, y el 8 de setiembre salió don Juan con la armada en busca de los enemigos, que tenían divididas sus fuerzas en Navarino y en Modón, donde quería sorprenderlos y atacarlos; pero un error o descuido en la recalada frustró este plan y proporcionó que los turcos se reuniesen en Modón y fortificasen las avenidas del fondeadero. Aun allí quiso atacarlos don Juan contra el dictamen de sus generales, y aunque no era menos temeraria la empresa de Navarino, la ejecutó, desgraciadamente, sólo por complacer a los venecianos. Todo su empeño era obligar a los turcos a entrar en un combate general, y para ello enviaba algunos buques sueltos a provocarlos a la entrada del puerto; pero ellos rehusaban cautos el combate y observaban sus movimientos. Descubrieron estos días en alta mar una nao que, apartada de la armada de la Liga, venía en busca de su general, y Mahomet Bey, hijo del rey de Argel y nieto de Barbarroja, salió a combatirla con 40 galeras turcas. Visto esto por don Juan, dió la vela con la armada para favorecer la nao, y Aluch-Alí, general turco, salió a la mar con todas sus fuerzas para auxiliar a Mahomet Bey en su retirada, que emprendieron ya reunidos, ocupando éste la retaguardia. Entonces el marqués de Santa Cruz, con la capitana de Nápoles, ganando el barlovento a la galera fuerte y lucida de Mahomet Bey, la embistió al abordaje, y la rindió después de hora y media de combate, con muerte de Mahomet, prisión de Mustafá, general de los jenízaros, y libertad de 220 es-

clavos cristianos, sin que las armadas que estaban a la vista pudiesen socorrerlos en este empeño, que presenciaron con pasmo y admiración. Viendo don Juan tan adelantada la estación y que los turcos evitaban entrar en un combate general, se retiró a las Gumenizas, donde encontró el 26 de octubre a Doria y al duque de Sesa, que con 13 galeras venían a reforzarle. Reunidos todos navegaron para Mesina, y allí despidió las galeras que tenía a sueldo, distribuyó en cuarteles la infantería y dió las órdenes convenientes para los preparativos de la campaña del año siguiente.

Felipe II meditaba reunir 300 galeras en Corfú para abril de 1573, cuando los venecianos se separaron de la Liga. Esta ocurrencia trastornó los planes de la futura campaña. Algunos eran de opinión que se buscase y batiese la armada del turco; Doria se oponía a este dictamen con buenas razones; el marqués de Santa Cruz pretendía se hiciese la jornada de Argel y se tomase aquella plaza y puerto para evitar los daños que sus piratas hacían en las costas de España, y otros, como don Juan de Austria, preferían la conquista de Túnez, cuya soberanía podría ser el premio de sus triunfos. El rey fué del mismo dictamen aunque por causas muy diferentes, mandando que tomado Túnez, y libre así de la tiranía de Aluch-Alí, se desmantelase, como también la Goleta, para evitar los continuos peligros, gastos y daños que se causaban en sus estados de Italia y España. El 24 de setiembre salió de Palermo la expedición, compuesta de 104 galeras, 44 navíos grandes, 25 fragatas, 22 falúas y 12 barcones de gran carga, e iban de tropa 20.000 hombres de infantería, 740 gastadores, 400 caballos ligeros, mucha artillería, municiones y víveres. Desembarcaron los soldados en la goleta en los días 8 y 9 de octubre, e inmediatamente fué destinado Santa Cruz con 2.500 soldados veteranos y otros capitanes a ocupar los puestos delante de la plaza. Allí acreditó sus conocimientos en el arte de la gue-

rra. Un escritor militar refiere este suceso diciéndolo: que el silencio, el orden en la formación, la colocación de la tropa y el intrépido despejo con que hizo el reconocimiento, sorprendió al enemigo, que apoderado del miedo, se figuró un repentino asalto, y sin considerar las ventajas de su posición, abandonó la plaza y buscó en la fuga su seguridad. Entonces entró en Túnez el marqués y tomó posesión de la fortaleza y de la artillería, municiones, víveres y demás provisiones que allí había. Avisó de todo al generalísimo, y fué el ejército a ocupar y guarnecer la plaza. Lejos de desmantelar sus murallas, como mandaba el rey, hizo don Juan construir un fuerte en el Estaño, capaz de 8.000 hombres para defender y conservar a Túnez; y cuando trataba de ocupar a Bicerta con el mismo fin, vinieron espontáneamente su alcaide y otros comisionados a prestarle obediencia. Con esto, y dejando guarnecidas y provistas aquellas plazas, le pareció asegurada su conquista y conservación; se embarcó mandando al marqués de Santa Cruz que, con las galeras de su cargo y otras pasase a Sicilia, como lo ejecutó, sufriendo una terrible borrasca que maltrató todos sus buques, entrando primero en Trápana, y pasando de allí a Palermo con muchos trabajos. Siguióle don Juan con sus galeras, después de haber permanecido en puerto Farina durante el temporal; llegó a Sicilia el 2 de noviembre, y tomó las disposiciones convenientes para la invernada. Obtuvo entonces licencia para venir a España, pero le detuvieron las alteraciones de Génova, en cuya pacificación entendió por orden de su hermano, dando lugar entretanto, a que los turcos volviessen a reconquistar a Túnez, sin poder socorrerlo, como lo intentó con gran empeño.

Durante estos sucesos permaneció en Nápoles el marqués custodiando las costas de aquel reino, y distribuyendo sus fuerzas como la ocasión lo requerría; y así es que cuando don Juan de Austria llegó a Palermo para ir a socorrer la Goleta, halló que el

marqués había ya enviado a don Alonso de Bazán, su hermano, con 40 galeras a Mesina para estar más próximo al enemigo y obrar según las circunstancias y las órdenes que recibiese. Del mismo modo se hallaba el marqués vigilante con su armada en el año 1576 cuando los turcos, informados de las fuerzas que tenía, sin resolverse a empresa más notable, desembarcaron alguna gente en la costa de Calabria, que hubieron de reembarcar apresuradamente con grande pérdida y escarmiento. Aprovechando esta distracción del enemigo, salió de Nápoles el marqués con 40 galeras a correr las costas de Berbería y Turquía; embarcó en Sicilia 4.000 soldados españoles, recogió en Malta cinco galeras y algunos caballeros, y se dirigió a la isla de los Querquenes, próxima a la costa de Trípoli, donde apenas desembarcó cuando los isleños se retiraron detrás de unos pantanos que tenían de extensión más de un cuarto de legua. Reconoció que se podían vadear entrando en el agua hasta la cinta, y mandó que pasasen con él 2.000 arcabuceros y 500 picas, y que los demás esperasen, para preservarlos de que con el agua se desluciese y maltratase el rico armamento y vestuario que llevaban. Sin perjuicio de su obediencia, manifestaron su resentimiento de no combatir al lado de su general, y éste muy complacido de su pundonor y bizarría mandó que le siguiesen. Atravesaron con denuedo aquellos pasos peligrosos, derrotaron los enemigos, se apoderaron de la isla, cautivaron 1.200 moros, y, generoso el marqués, gratificó a sus soldados con toda la parte que le cupo del botín, para manifestarles así su satisfacción y recompensar sus pérdidas. Regresó desde allí a invernar a Nápoles y Sicilia, dejando más escarmentados a los africanos de aquellas costas que lo quedaron en la desgraciada expedición que a principios de aquel siglo hizo a la misma isla el famoso conde Pedro Navarro.

Después de haber servido con tanto acierto en los dominios de Italia, le nombró el rey a fines de

1576 capitán general de las galeras de España, encargándole repetidamente viniese desde luego; pero no pudo verificarlo hasta mayo de 1578, que entró en Barcelona con 10 galeras. El rey, disgustado por este retardo, le mandó dar las causas de que había procedido, pero debió quedar muy pronto satisfecho, porque le hizo pasar a Cartagena, y lo ocupó sin intermisión en socorrer a Orán, al Peñón de Velez y a Melilla; en la reforma y recorrida de las galeras; en la limpia del puerto de Cartagena; en la inspección del muelle, contramuelle y aljibes que se construían en Gibraltar; en los cruceros de la costa de Andalucía para proteger contra los corsarios franceses las flotas que venían de Indias, y en otras comisiones semejantes, hasta que la desgraciada jornada del rey Don Sebastián al Africa y la muerte de este joven príncipe reconcentraron la atención de Felipe II hacia Portugal y sus posesiones. Entonces mandó al marqués que pasase luego a las plazas de aquel reino y las socorriese, especialmente a Ceuta y a las demás situadas en la costa de Berbería; que condujese 40.000 ducados para el rescate de los portugueses que habían quedado esclavos en la jornada del rey Don Sebastián, y que por sí mismo tomase conocimiento de la situación de Alarache y del modo de sorprender y ocupar de noche sus fortalezas. Mandó le informar sobre el aumento de fortificaciones en Gibraltar y en las proximidades de Cádiz y su bahía, y que atendiese con vigilancia a la persecución de los bajeles turcos y moros en el Mediterráneo.

La dilatada enfermedad del cardenal don Henrique, rey de Portugal, dió tiempo a Felipe II para consultar con el marqués sobre los armamentos de mar y tierra que convendría tener prontos para asegurar sus derechos a aquella corona. De resultas se mandaron venir de Italia 25 galeras para juntarse con las 61 que aquí había y servir todas en la proyectada expedición contra Alarache; se ordenó también que en las islas de Bayona de Galicia se

apostasen 30 naos con 6.000 hombres para impedir entrasen en Portugal socorros extranjeros; que con sus galeras fuese el marqués por la costa del Algarbe hasta Lisboa, observando con destreza el modo de pensar de sus naturales, tratándolos con amistad y con prudencia; que conforme a la sentencia dada por el rey Don Henrique, su tío, contra don Antonio, prior de Ocrato, estuviese a la mira por si venía a estos dominios de tránsito para otra parte, deteniéndole en este caso mañosamente. En medio de estos cuidados atendía el marqués a contener los intentos hostiles de los berberiscos que, capitaneados del gobernador de Argel, se disponían en 1579 a venir con 50 bajeles y muchas tropas turcas para desembarcarlas en Tetuán, teniendo ya apostados otros ocho bajeles sobre Formentera; procuraba dar escolta y protección a las flotas de Indias, y ocupándose de lo porvenir, suponiendo allanado lo de Portugal, proponía emplear aquellas fuerzas el verano próximo en la toma de Alarache y en conquistar, incendiar y demoler a Bujía y Argel, asegurando que no volverían los moros a reedificar estas plazas, como se había visto con la ciudad de Africa y la Goleta, One y otros pueblos que se les habían ganado anteriormente.

Murió al fin el rey Don Henrique el 31 de enero de 1580, y Felipe II, queriendo que el marqués de Santa Cruz solo se ocupase de la reducción y allanamiento de Portugal, le consultó sobre el plan de campaña que convendría seguir, mandándole después que pasase a Llerena para concertar con el duque de Alba el modo de ejecutarlo, combinando las operaciones militares de mar y tierra. Después de esta conferencia pasó el marqués a Sevilla y Puerto de Santa María, y como el ejército se internaba ya en Portugal y el rey se hallaba en Badajoz, le instaba con vehemencia para que saliese con la armada, y aun llegó a reconvenirle agriamente porque retardaba la salida. Era ya el 8 de julio cuando partió de la bahía de Cádiz con 56 galeras y 48

chalupas, carabelas y barcones cargados de vitualla con orden de dirigirse a Setúbal sin detención; pero el marqués, con intento de dejar antes pacificada y sumisa toda la tierra del Algarbe, se fué a Ayamonte y visitó a los gobernadores de Portugal, con quienes tuvo varias conferencias, de cuyas resultas pasó a Faro, que se redujo a la obediencia y servicio de Felipe II, como sucesivamente Lagos, Portiman y Sagres, y sus castillos y fortalezas, dejando así allanada toda la provincia del Algarbe. Continuó su viaje a Setúbal, cuyo castillo que dominaba el puerto, sostenido de dos galeones, hacía resistencia a las tropas encargadas de su rendición; pero llegando el marqués, comenzó a batirle y lo rindió, apresando los buques que le auxiliaban y las tropas que le guarnecían. Restaba apoderarse de Lisboa, capital del reino, donde estaba reunida toda la fuerza de mar y tierra. Habíase convenido, siguiendo la opinión del marqués, en embarcar el ejército y desembarcarlo en Cascaes, o allí cerca, como se ejecutó felizmente, entrando aquel general con su armada por el río, batiendo a los castillos más cercanos, que intentaban impedirle la entrada con gruesa artillería, y a 32 urcas y otros muchos navíos y galeones que rindió con mucha reputación de su esclarecido nombre, mientras el duque de Alba desbarataba y hacía retirar la gente que estaba en Alcántara junto a Lisboa. De allí pasó a Setúbal con las galeras a recoger y embarcar la artillería y toda clase de pertrechos y municiones, ocupándose después en pasar de una banda a otra del río los cuerpos de tropa del ejército, en batir y rendir todos los castillos y fortalezas, en procurar la conservación de los almacenes del rey, y en libertar a los habitantes de la capital de los saqueos y desórdenes, que son comunes en tales casos cuando falta en las tropas la disciplina militar, y en los caudillos la generosidad y prudencia necesarias. En medio de estas ocupaciones recordaba de cuando en cuando su proyectada expedición de Alarache;

el rey conocía su importancia, y aunque le mandó conferenciar sobre ello con el duque de Alba y con don Francés de Alava, capitán general de la artillería, y que se le enviasen sus dictámenes, quedó suspensa esta jornada por las ocurrencias de los años sucesivos. También formó el marqués en Lisboa una junta de personas inteligentes y autorizadas, que propuso al rey las armadas que convendría formar allí para la guarda de las flotas portuguesas de la India y las de estos reinos.

Reducida la capital y las provincias meridionales, huyeron a las del norte los rebeldes acaudillados de don Antonio, prior de Ocrato, quien derrotado muy luego por Sancho Dávila entre Duero y Miño, pudo conseguir su fuga y buscar su asilo en Francia e Inglaterra, donde le acogieron favorablemente, no tanto por lástima que les causase su desgracia, cuanto por la envidia y los celos con que miraban el engrandecimiento de Felipe II. En ambas partes halló protección para recobrar el reino que había perdido, y con menos disimulo en Francia, donde la reina madre, resentida de que el rey Don Felipe no hubiese estimado sus derechos a Portugal, prevenía una armada en favor de don Antonio. Había logrado éste que le reconociesen por rey las islas Terceras, a excepción de la de San Miguel, y para reducir aquéllas y esperar a los navíos que venían de la India, envió Don Felipe una armada de 19 buques con alguna tropa al mando de don Pedro Valdés, quien aguardando primero las naves de la India, que pasaron sin que las viese, y sin esperar después los socorros que llevaba el maestre de campo don Lope de Figueroa, hizo imprudentemente un desembarco en la Tercera, sufriendo tan lastimosa derrota, que dejó orgullosos a los enemigos e inutilizó los planes de la campaña de aquel año.

Animados con este suceso los rebeldes y sus aliados, hicieron grandes preparativos, pensando fijar en la Tercera el apostadero de sus corsarios y piratas para robar nuestras flotas de Indias, interrumpir

pir nuestro comercio y navegación y promover desembarcos y alborotos en la costa de Portugal. El rey de Francia, sin embargo de los tratados y relaciones amistosas que conservaba con España, concitaba a otras potencias a que siguiesen su ejemplo; y Felipe II, que todo lo penetraba y preveía, mandó aprontar una armada en Sevilla al cargo de Juan Martínez de Recalde, y otra en Lisboa con los 14 navíos que había llevado de Guipúzcoa Miguel de Oquendo, nombrando en 13 de enero de 1582 al marqués de Santa Cruz capitán general de la jornada o empresa contra las Terceras, sin dejar de serlo de las galeras de España, para lo cual le expidió las instrucciones convenientes y le mandó pasar con celeridad a Sanlúcar o Cádiz para dar vigor al armamento que debería salir a principios de abril. La peste que afligía a Sevilla y otras ocurrencias lo dilataron; pero con noticia de haber salido de Nantes la armada francesa con dirección a la isla de San Miguel, mandó el rey que, sin aguardar a la de Andalucía, saliese el marqués con la que se había aprestado en Lisboa. Dió la vela el 10 de julio con solas 28 naos y 5 pataches; un temporal de tres días lo llevó a la altura y 50 leguas a la mar del cabo de San Vicente. Separósele sin orden, y so pretexto de hacer agua, una nave ragusea con tropas y medicinas. El 13, mejorado el tiempo, volvió a ponerse en derrota, y el 22 estaba ya a la vista de Villafranca en la isla de San Miguel, a cuyo gobernador avisó de las fuerzas que traía y esperaba, pidiéndole noticia de las que tenían los franceses. Disponíanse los españoles a echar tropa en la isla, recelando estuviese al bando de don Antonio, cuando desde la nao capitana se descubrió hacia la ciudad de Punta Delgada la armada enemiga que se hacía a la mar. Llamó el marqués a consejo de guerra de generales y capitanes, y se acordó presentar la batalla. En esta situación tuvo respuesta del gobernador de la isla, informándole de las fuerzas de que constaba la armada de don Antonio, y aconsejándole

que antes de empeñarse con ella, procurase buscar el amparo de la fortaleza para no aventurar tanto el suceso. Refirió el portador las ocurrencias desde la llegada de don Antonio: su desembarco con 3.000 hombres; que la plebe le aclamó por rey después de haber peleado con nuestra gente, que se refugió en la fortaleza; que su tropa saqueó la ciudad, y que, sin embargo, al saber la proximidad de la armada española, se reembarcó con los suyos, llevándose cuatro naos guipuzcoanas que estaban sin gente por haberse retirado al castillo. La armada francesa se componía de 40 navíos grandes y de otros menores, cuyo total era de 60 buques. La española estaba reducida entonces a 25 naos y los cinco pataches. Ambas con intención de pelear estuvieron maniobrando cuatro días para tomar respectivamente la posición más ventajosa, cañoneándose a veces, pero sin empeñar una acción general. En fin, el 26 de julio la armada enemiga, favorecida del viento, se dirigió contra la española; la capitana, en que iba el comandante general Felipe Strozzi y una de sus dos almirantas cargaron sobre el galeón «San Mateo», que se hallaba rezagado, al mismo tiempo que otros dos navíos sobre la capitana española. Con sus acertadas descargas de artillería y arcabucería y una buena rociada de la nao del maestre de campo general don Francisco de Bobadilla, que acudió a auxiliarle, hizo el marqués que saliesen del tiro las dos que le atacaban, y como tuviese por retaguardia toda la demás armada francesa, siendo por lo mismo más crítico el aprieto en que seguía el «San Mateo», aunque defendiéndose bizarramente, viró en vuelta de ella con todo el resto de la española. El «San Mateo», que por cinco veces se vió arder, fué inmediatamente ayudado por las naos de los capitanes Oquendo, Villaviciosa y Venesa, y otra guipuzcoana que en la virada quedaron más cerca de él. Hízose general el combate, y muy encarnizado por ambas partes: la almirante francesa fué destruída en términos que, medio anegada, dió al través en la costa,

combatida por Oquendo y Villaviciosa, quien murió en la acción con muchos de su nao, y la capitana enemiga, habiendo recibido de los suyos un refuerzo de más de 300 hombres, pudo desabordarse del «San Mateo» y del navío de Venesa, el cual por su situación estorbó la primera tentativa del marqués para abordarla, aunque lo verificó, revolviendo sobre ella, y la rindió después de una hora de horrorosa matanza, en que fueron degollados más de 400 franceses. Cinco horas duró la acción entre ambas armadas, no habiéndose hallado en ella don Antonio por haberse fugado la noche anterior. Fuéronse a pique algunas naos enemigas, otras quedaron sin gente por haber sido degollada o haberse huído a otros buques, y el marqués, no queriendo o no pudiendo ocuparse de ellas, y para quitar estorbos, las hizo quemar o echar a fondo; de las que pudieron escapar, algunas encallaron y se perdieron en tierra. Quedaron prisioneros el general de la armada francesa Felipe Strozzi, que, mortalmente herido expiró al ser presentado al marqués; el conde de Vimioso, que también murió al otro día después de haber declarado todo lo que estaba urdido en Francia e Inglaterra a favor de don Antonio, y de cuyos tratos era él el más acérrimo consejero e instigador; 25 señores de estados o pueblos de Francia, otros 51 caballeros y 313 entre soldados y marineros. Murieron en la acción el maestre de campo general Beaumont, y sobre 1.200 personas de todas clases. Del conde de Brissac, lugarteniente de Strozzi, decían, unos, que había huído en un barquillo, y otros, que había muerto, quedando la misma duda sobre los caudillos de ocho regimientos franceses, que iban en la armada con 6.800 hombres. La española tuvo 224 muertos y 553 heridos. Los prisioneros franceses, condenados en juicio como transgresores de la paz que había entre España y Francia, como fautores de los rebeldes y como piratas, etc.; sufrieron en 1 de agosto, los nobles la pena de degüello, y de horca los demás que pa-

saban de diecisiete años de edad ; horrores lastimosos de la guerra, de que debe acusarse a los gobiernos, que, ultrajando la moral pública, fundan los procedimientos de su política en la mala fe, en el engaño y en la impostura.

Los malos tiempos que sobrevinieron, no dejaron fondear la armada sobre Villafranca para curar sus heridos y reparar sus averías hasta el 4 de agosto, en cuyo día despachó el marqués a su sobrino don Pedro Ponce de León con carta para el rey, dándole la enhorabuena de la victoria conseguida y remitiéndole una relación de todos los acontecimientos. Pedía y encargaba a S. M. que, para el año siguiente, mandase prevenir una armada de mejores y de más navíos, pues «lo certifico a V. M. (dice) que »he habido bien menester la experiencia que tengo, »porque me hallé muy solo y con muy inferior armada de la enemiga, adonde venía mucha gente principal de Francia, y así procedieron y pelearon como muy buenos soldados.» Añadía que el general y los demás traían patentes del rey de Francia, y la gente pagada por la reina madre, contraviniendo a las paces que tenían con España ; que la armada de su mando estaba muy maltratada, con mucha gente muerta y herida, sin pólvora y cuerda, y que la de Andalucía no había llegado ; por todo lo cual, y ser ya tarde, después de guarnecer la isla con 1.500 soldados, dejaría la empresa de la Tercera para el año siguiente. El rey contestó al marqués desde Lisboa en 29 del mismo agosto, diciéndole que había celebrado tan buenas noticias como era razón, «y he dado (añade) y doy por ello muchas gracias »a Nuestro Señor y a vos ; y es como siempre he »confiado de vuestra persona, buena industria, diligencia, zelo y voluntad que tenéis a mi servicio, »como lo habéis mostrado muy bien en esto y en »todo lo demás que habéis puesto la mano.....» Instábale el rey para que acudiese a la empresa de la Tercera y acabase con don Antonio, pues con el auxilio, que ya suponía, de la armada de Andalu-

cía y el terror que había infundido en los enemigos su derrota y vencimiento, podría facilitar la conquista de la isla; concluyendo con esta posdata de su propio puño: «espero a daros las gracias cuando vengáis acá de lo bien que lo habéis hecho» y de lo que confío que más habéis de hacer.» El marqués, sin embargo de los deseos del rey, considerando por las razones ya indicadas, que no convenía por entonces aventurar la empresa de la Tercera, hizo curar los heridos, reparó y reforzó las naves, las proveyó de agua y de cuanto necesitaban, y, dejando en la isla de San Miguel 2.000 infantes de guarnición, pasó con la armada a la isla del Cuervo. Allí esperó las flotas de Indias, y reunido con ellas, se dirigió a Lisboa, donde fué recibido con mucho aplauso y alegría, especialmente del rey, que después de haber visto muy complacido desde tierra la entrada de la armada, mandándole hacer salva con la artillería, honró al marqués con lisonjeras expresiones y le premió mejorándole con la encomienda mayor de León en la orden de Santiago.

Fugitivo don Antonio, pasó a Francia, donde obtuvo nuevos socorros de la reina madre, que envió a Mr. de la Xata o de Catres a la isla Tercera con 2.000 hombres y mucha artillería, pertrechos y municiones. Allí fortificaron las avenidas, ordenaron tropas ligeras, establecieron atalayas e hicieron otros preparativos. Enterado de todo Felipe II, mandó reunir en el río de Lisboa una armada de 60 navíos y otros menores y de carga hasta el número de 98, en que embarcaron cerca de 10.000 hombres, y nombró capitán general de esta jornada al marqués de Santa Cruz y le dió las instrucciones convenientes en 10 de febrero de 1583, encargándole la actividad en el armamento para poder salir a principios de abril. Ni el tiempo, ni la tardanza en la reunión de las tropas lo permitieron hasta el 23 de junio, en cuyo día salió la armada de Lisboa y llegó a vista de la isla de San Miguel el 3 de ju-

lio, surgiendo unos buques en Punta Delgada y otros en Villafranca. El marqués juntó consejo de guerra de los principales cabos para determinar el lugar del desembarco y de ataque a la isla Tercera, donde había cerca de 6.000 hombres entre franceses y portugueses rebeldes y 300 piezas de artillería. Tomada ya la resolución y embarcados los 2.000 hombres que quedaron el año anterior en la isla de San Miguel, dió la armada la vela y llegó a la Tercera el 24 de julio, dando fondo cuatro leguas a levante de la ciudad de Angra. Publicóse un perdón o indulto para los que se presentasen; se reconoció la costa y se señaló el punto más cómodo para el desembarco, que se ejecutó el 26 en el puerto de las Muelas con 4.000 soldados escogidos, amagando a hacerlo por otras partes para llamar o distraer la atención de los enemigos. Intentaron éstos estorbarlo; pero la artillería de las galeras los dispersó, y apenas pisaron la tierra los soldados españoles conducidos por sus valientes caudillos, cuando con admirable intrepidez entraron las trincheras, tomaron los fuertes e interceptaron el camino para la ciudad, obligando a los franceses y portugueses a retirarse a la montaña con gran pérdida de su gente. Entonces envió el marqués 500 arcabuceros a ocupar la ciudad de Angra; permitió a sus tropas el saqueo de la isla por tres días, respetando los templos y monasterios, y, entretanto, los buques de la armada se trasladaron al puerto de Angra, donde entraron cañoneando a 34 navíos que estaban en él; pero advirtieron luego que su gente, como la de la ciudad, había huido a la montaña, llevando lo mejor y más precioso de sus bienes. Sin embargo, además de los navíos de que se apoderaron los españoles, se hicieron más de 1.600 prisioneros y se tomaron 310 piezas de artillería y gran cantidad de pertrechos y municiones. Mandó el marqués que volviesen libremente a sus casas los vecinos de la ciudad y que se soltase de las cárceles a los que estaban presos por afectos al rey católico; supo la

discordia que había entre portugueses y franceses, y que éstos, retirados a unos bosques y preocupados de miedo por los rigurosos castigos ejecutados el año anterior, deseaban avenirse a cualquiera partido razonable que se les hiciese. Mientras que el marqués aprovechaba tan favorables disposiciones en la Tercera, envió a don Pedro de Toledo con varios buques y 3.300 hombres a reducir las demás islas a la obediencia del rey, como lo consiguió luego con la de San Jorge, con la del Fayal después de mucha resistencia y gloriosos combates, y con la del Pico, concluyendo así felizmente su comisión. Con igual objeto había enviado el marqués a Jerónimo de Valderrama a las islas del Cuervo y la Graciosa, las cuales se avinieron inmediatamente y dieron su obediencia al rey Don Felipe. Restaba sólo concluir el concierto con los franceses; sus primeras proposiciones parecieron tan excesivas al marqués, que contestó *les llevaría la respuesta con su ejército al día siguiente*; y, en efecto, le formó en batalla para infundirles mayor respeto. Viéndose los franceses faltos de víveres, mal avenidos con la gente de la isla y sin tener la necesaria para resistir a los españoles, concluyeron la capitulación el 3 de agosto, logrando salvar las vidas y ser transportados a Francia, entregando antes las banderas y todas las armas, excepto las espadas. Así lo hicieron al día inmediato, aunque el marqués por su prudencia y benignidad no permitió que rindiesen las armas delante del ejército, como se usa en semejantes casos, para evitarles tanta vergüenza y humillación. El marqués y sus generales se esmeraron en obsequiar a los franceses con la mayor delicadeza y urbanidad en tanto que partieron para Francia el 12 de agosto en los navíos de Guipúzcoa, dejando en rehenes, hasta que éstos regresasen, varias personas principales. Prendióse a Manuel de Silva, principal caudillo de la isla, y a otros rebeldes, y se les procesó y castigó conforme a sus delitos. Quemáronse públicamente las monedas que allí corrían

con el nombre de don Antonio, prohibiendo su curso e inutilizándolas. Prometió el marqués generosamente la fidelidad que acreditaron muchos portugueses y castellanos, y repartió las haciendas confiscadas entre las viudas cuyos maridos habían muerto en servicio del rey. Nombró corregidor, jueces y regidores para la Tercera, y dejó por gobernador de aquella y de las demás islas al maestre de campo Juan de Urbina con 2.000 soldados españoles de guarnición. Arreglado así cuanto convenía para el buen orden, seguridad y conservación de aquellas posesiones, salió el marqués con la armada para España el 17 de agosto, y detenido por los vientos contrarios y tempestuosos, no pudo avistar el cabo de San Vicente hasta el 13 de setiembre, ni entrar hasta el 15 en Cádiz, donde se le recibió con las muestras de júbilo y satisfacción que merecían sus triunfos y victorias.

Apenas había el marqués allanado la conquista de las islas Terceras, cuando lleno de espíritu militar, de patriotismo y de amor a su soberano, le escribía desde la ciudad de Angra en 9 de agosto: «S. C. R. M.= Las victorias tan cumplidas como ha sido Dios nuestro Señor servido dar a V. M. en estas islas suelen animar a los príncipes para otras empresas; y pues nuestro Señor hizo a V. M. tan gran rey, justo es que siga ahora esta victoria, mandando prevenir lo necesario para que el año que viene se haga la de Inglaterra... y pues se halla tan armado y con ejército tan victorioso, no pierda V. M. esta ocasión, y crea que tengo ánimo para hacerle rey de aquel reino y aun de otros, y de allí se podrán tener más ciertas esperanzas de allanar lo de Flandes; y no es justo que, hallándose V. M. en el mundo, viva y reine una mujer hereje que tanto mal ha causado en aquel reino...» (*Sigue proponiendo todo lo conducente al objeto, y continúa*): «Bien sé que no faltará quien represente a V. M. muchas dificultades, así de socorros de Francia como de Flandes, y falta de di-

»nero : a esto digo que los franceses han perdido
»conmigo mucha reputación, y los demás mirarán
»bien a esto ; y que si se pone la mira a dificulta-
»des, nada se hará. V. M. la ponga en Dios, ya que
»la causa es tan justa y suya, que desta manera
»todo tendrá el buen fin que se puede desear... Tor-
»no a suplicar a V. M. se anime y emprenda esta
»jornada, que yo espero en Dios salir della como de
»las demás que he hecho en servicio de V. M...»
(*Y después de informarle del estado de los ingleses,*
concluye) : «Hame parecido advertir a V. M. des-
»to y ofrecerle mi persona y vida para esta jornada,
»como la ponné alegremente en todo lo que convi-
»niere a su servicio.» Muy complacido Felipe II con estas noticias y esperanzas, después de haber aprobado en 5 de setiembre cuantas disposiciones tomó el marqués para el gobierno y defensa de las islas, le contestaba desde Madrid en 23 de setiembre diciéndole que luego que se recibieron sus cartas «se dieron a nuestro Señor las debidas
»gracias por la victoria que fué servido darnos de la
»isla Tercera ; y aunque a vos os las tengo dadas,
»lo he querido aquí renovar, pues las tenéis tan
»merecidas, habiéndome servido tan bien y tan a mi
»satisfacción, de que tendré a su tiempo la cuenta
»y memoria que es razón ; y también os agradezco
»mucho todo lo que me decís en la carta de vues-
»tra mano, ofreciándoos a nueva empresa y cual
»la proponéis para otro año. Cosas son en que no
»se puede hablar con seguridad desde agora, pues
»dependen del tiempo y ocasiones que han de dar
»la regla después. Mas por sí o por no, mando ha-
»cer la provisión de bizcocho... (*Habla también*
de la fábrica y apresto de buques)... y demás que
»os parece necesario.» Y concluye el rey con esta posdata de su propio puño : «Aunque aquí se os
»dan las gracias por el servicio que me habéis he-
»cho, no he querido dejar de dároslo yo aquí de
»mi mano.» No eran vanas estas expresiones, por-
que habiendo venido el marqués a la corte por en-

tonces entró en Madrid con mucho aplauso de las gentes, y al presentarse al rey le mandó cubrirse como grande España, le nombró capitán general del mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal, y dió a sus hijos hábitos en las órdenes militares, y al mayor la encomienda de Alhambra y la Solana en la de Santiago.

Dueño ya Felipe II de Portugal y de todas sus posesiones a despecho del poder y las astucias de la Francia e Inglaterra, procuraron estas naciones inquietar a los súbditos de aquel gran monarca en todos sus vastos dominios. Para esto fomentaban las discordias y rebeliones en Flandes, bloqueaban y robaban los puertos y costas de la península, al mismo tiempo que las de Chile, del Perú y Seno mejicano; y sus corsarios y piratas, cebados con la ganancia de las ricas presas que hacían, aniquilaban el comercio de la metrópoli con sus colonias. Para remediar tantos males mandó el rey en 26 de enero de 1586 que el marqués de Santa Cruz juntase una buena armada en el río de Lisboa para defensa de las costas de Portugal, Galicia y Vizcaya, mandándole informar y proponer cuanto estimase conveniente para el logro de un objeto tan importante. Con fecha de 13 de febrero contestó el marqués desde Lisboa en estos términos: «S. C. R. M. »=Muchos días ha que la grandeza de V. M. da »esperanzas de la jornada de Inglaterra, así por »ver aquel reino fuera de la obediencia de la iglesia, y ser V. M. defensor della, como por el favor y ayuda que la reina ha dado a los rebeldes »de los estados de Flandes contra V. M.; y teniendo yo esto entendido cuando tuve la victoria de »la Tercera el año 83, escribí a V. M. representándole la buena ocasión que tenía para emprenderlo hallándome con armada y ejército victorioso, pues sobre aquello se podría acrecentar lo que »más fuera menester para la jornada, ofreciéndome servir a V. M. en la empresa conforme a »esperanza que siendo tan en servicio de Dios

»y en la buena ventura de V. M., saldría con tanta
»victoria della como de las demás que he hecho
»en servicio de V. M...» Sigue exponiendo las razones y la justicia, la conveniencia y la oportunidad de conquistar a Inglaterra, y concluye diciendo: «Me ha parecido que no cumplía con la obligación que tengo de criado de V. M. si no dijese mi parecer con tanta libertad como aquí lo hago, certificando a V. M. que no me mueve a esto desear jornadas ni nuevas victorias, ni otro ningún fin, sino sólo el servicio de Dios y de V. M., a que tengo tanta obligación.» Con la misma fecha remitía el marqués en otra carta la razón de todo lo necesario para la armada, con el presupuesto del costo, así de buques como de la tropa que había de ir en ella, y el rey, conformándose con cuanto proponía, le encargaba en 8 de marzo la mayor actividad por su parte para la ejecución.

Todavía se ocupaba el marqués en el apresto de esta expedición, cuando llegaron noticias de los daños que el inglés Francisco Drake hacía en nuestras islas de Puerto Rico y Santo Domingo con una armada de 26 naos y galeones y 5.000 soldados de desembarco. El rey, lleno de cuidado no hallaba otro remedio para mitigarlo que echar mano del marqués, en quien tanto confiaba, y con fecha de 2 de abril le escribía: «El rey. = Marqués de Santa Cruz, primo, etc. No dudo que con el zelo que tenéis a mi servicio, y costumbre de no sufrir semejantes atrevimientos, os habrá dolido mucho el daño que la armada inglesa... ha hecho en las islas de San Juan de Puerto Rico y Santo Domingo. YO, por la experiencia que tengo de vuestro valor en lo pasado y confianza de lo que sabréis hacer en lo por venir, queriendo remediar aquellos daños... *la primera cosa que he hecho es poner los ojos en vos* para que, juntando la armada que se apercibe en ese río con la de los galeones que está ya presta en Sevilla, os embarquéis en persona y vais a deshacer al enemigo y

«reparar todo lo que él hubiere damnificado. Cier-
«to estoy que os dispondréis a ello, como siem-
«pre lo habéis hecho, y conforme a lo que vuestro
«cargo y mi confianza os obliga; de qué, y del su-
«ceso que espero con el favor de nuestro Señor, me
«tendré por tan servido, como os dirá de mi par-
«te mi sobrino (*el cardenal archiduque*), a quien
«me remito.» Sigue haciéndole varias prevenciones
sobre el armamento y la expedición, y añade al fin :
«A esto responderéis luego con lo que se os ofre-
«ciere, que holgaré de ser informado de quien sé que
«*tan bien lo entiende*»; y concluye con esta posdata
de mano de S. M. : «Muy cierto estoy de vos que me
«serviréis en esto, como lo habéis hecho siempre
«en todo lo que se ha ofrecido.» El secretario del
rey don Juan de Idiáquez le escribía en la misma
fecha encareciéndole la confianza que debía a S. M.
por lo que de su brazo se promete, y que aquella
jornada no estorbaba la que tenía propuesta, y se
podría hacer después para que fuese *eslabonando*
victorias. También el presidente del Consejo de In-
dias Hernando de Vega, escribiendo al marqués so-
bre los daños causados por Drake en las islas, y
sobre la expedición que para repararlos se disponía,
le dice : «No puede cierto, Señor, tener buen reme-
«dio nada que no pase por la mano de V. S. I., que
«*tan poderosa, experimentada y útil es para todo.*»
Tal era el concepto que generalmente se tenía del
marqués de Santa Cruz, quien contestando al rey
en 9 de abril le encarecía la necesidad y la urgen-
cia del remedio, le proponía el aumento de fuerzas
que consideraba necesarias con el cálculo muy cir-
cunstanciado de los gastos, y le manifestaba su con-
tento y satisfacción por la confianza que de él ha-
cía, ofreciéndose a servirle en esta y las demás jor-
nadas que ocurriesen con la mejor voluntad durante
su vida, esperando salir de todas con felicidad. El rey
agradeció al marqués su buena disposición y ofre-
cimientos, aprobó los planes y presupuestos for-
mados por *quien tan bien lo entiende*, y después

de algunas prevenciones le dice: «Paresce que es
»muy buena fuerza la que podréis llevar, y bas-
»tante *con tal capitán* para deshacer cualquiera que
»el enemigo tenga, por mucha que fuese.» Las car-
tas del cardenal archiduque y las del secretario del
rey expresan cuánta era la alegría y satisfacción
de S. M. por haber aceptado el marqués el cargo
de esta jornada, mirándolo como *un servicio muy
grande* que le hacía, y cuya noticia *había henchido
de buenas esperanzas y de contentamiento a todos.*

Como Drake había intentado sin fruto hostilizar
y saquear antes las islas de Bayona en Galicia, y la
de Palma en las Canarias, preveía que alguna ar-
mada española le seguiría los pasos para destruir sus
fuerzas y contener sus progresos, y por esta razón,
satisfecho con haber ocupado treinta días la ciu-
dad de Santo Domingo, la abandonó después de sa-
quearla y rescatarla en 25.000 ducados. Con esta
noticia creyó el rey que bastaría fuese allí Alvaro
Flores Valdés con los buques que ya estaban apres-
tados en Cádiz para amparar las colonias, remediar
sus daños y recoger los caudales, trayéndolos a Es-
paña por diverso camino del que tomase el enemigo.
De los avisos que comunicase sobre el paradero y
operaciones de éste, pendía el destino de la arma-
da del marqués, que por lo mismo se acrecentaba
y prevenía para estar pronta a salir del puerto a
la primera orden. Así se lo encargaba el rey efi-
cazmente en carta de 18 de mayo de 1586, añadién-
dole pensase *«qué forma habría para castigar y hos-
»tigar al enemigo, si se pudiesen atajar los pasos a
»Draques y encontrarle a la vuelta... o qué otra
»forma de venganza se podrá intentar este año que
»escarmentase y doliese a ingleses, tocándoles en
»sus casas propias, o en Irlanda, o en otra parte, en
»tanto que Dios dispone lo que más será servido en
»el negocio principal sobre que días pasados me es-
»cribistes, y agora holgaré de tener de nuevo vues-
»tro parecer sobre todas estas materias, con tal que
»sea con el sumo secreto que ellas requieren... En-*

«cárgoos mucho que con este miramiento me advir-
«táis todo lo que se os ofreciere». Correspondiendo
el marqués a esta confianza insistió en su primera
propuesta, persuadido de que las osadías de los in-
gleses debían sofocarse en su raíz conquistando a
Inglaterra. Aprobó el rey este dictamen y mandó
reunir en Lisboa la armada y el ejército necesario,
nombrando capitán general para la ejecución de esta
ardua empresa al mismo marqués de Santa Cruz.
Ocupábase éste con la mayor eficacia en la habili-
tación y arreglo de los buques y en la reunión y
disciplina de las tropas, cuando adoleció gravemen-
te y murió en Lisboa el día 9 de febrero de 1588,
habiendo otorgado su testamento el día anterior.
Desde luego, fué conducido su cadáver a la iglesia
parroquial del Viso, donde estuvo depositado hasta
18 de enero de 1643, en que se le trasladó al pan-
teón propio que los señores de la casa tienen en el
convento de San Francisco de aquella villa, confor-
me dejó ordenado. Algunos atribuyen la muerte del
marqués al pesar que dicen le ocasionó cierta recon-
vención del rey por la lentitud con que disponía la
expedición de Inglaterra; pero la correspondencia
de los últimos meses y días, que se conserva origi-
nal, falsifica esta aserción. En carta escrita al mar-
qués por Felipe II en Madrid a 7 de febrero de
1588 le dice expresamente: «Holgado he por lo que
»en 30 del pasado me escribistes el estado en que
»está lo que toca al despacho y apresto de las cosas
»de esa armada.» Este testimonio desvanece tam-
bién las sospechas de los que achacaron a otras cau-
sas semejantes aquel infausto suceso. Lo cierto es
que fué muy sentido de todos, y que se miró gene-
ralmente como un presagio de las desgracias que le
sucedieron. Así lo aseguran todos los historiadores
de aquel tiempo, en especial Cristóbal Mosquera de
Figueroa, que refiriendo como testigo ocular la muer-
te del marqués se explica así: «Causó en aquella
»coyuntura una general tristeza, y hizo muy nota-
»ble falta por lo que había crecido entre las nacio-

»nes enemigas su opinión, fama y venturoso nombre, digno de ser contado por uno de los más famosos y esclarecidos capitanes cristianos que las historias celebran...» Celebráronlo también las musas castellanas, y cantaron sus proezas y virtudes en numerosos versos don Alonso de Ercilla, Lope de Vega, Luis Barahona de Soto, Miguel de Cervantes, Benito Caldera, Juan Ochoa de Lasalde, don Alonso Coloma y varios militares que supieron unir al estruendo de las armas los dulces ecos de sus liras. Justo era recibiese este obsequio de sus patricios cuando se hallaba tan dilatada su celebridad fuera de España, que el emperador Rodolfo II de Alemania y rey de Bohemia y Hungría pidió al mismo marqués por medio del conde Trivulcio, caballero mayor de la emperatriz, su retrato y armas, que pintó en Madrid el año 1584 el célebre Felipe de Liaño, y se remitió acompañado del elogio que escribió con este motivo el licenciado Mosquera de Figueroa. La afición que el marqués había manifestado desde joven a las bellas artes se radicó más y se perfeccionó durante su mansión en Italia, y así lo acreditó en el palacio del Viso, que hizo construir con magnificencia y buen gusto, y que, como dice su panegirista, *resplandece entre todos los edificios de su tiempo*. En los salones mandó pintar al fresco por hábiles artistas sus expediciones militares, varios pasajes de la mitología y de la historia romana, figuras alegóricas, retratos de famosos generales, planes topográficos, vistas de ciudades, países, marinas y trozos de arquitectura, desempeñado todo con mucha inteligencia y corrección.

Un escritor coetáneo del marqués de Santa Cruz resumió las hazañas de su gloriosa carrera en estos términos: «Rindió ocho islas, dos ciudades, 25 villas, 36 castillos fuertes; venció ocho capitanes generales, dos maestros de campo generales y 60 señores y caballeros principales; soldados y marineros franceses rendidos, 4.753; ingleses, 780; portugueses rebeldes en las islas y armada de Lisboa y Setú-

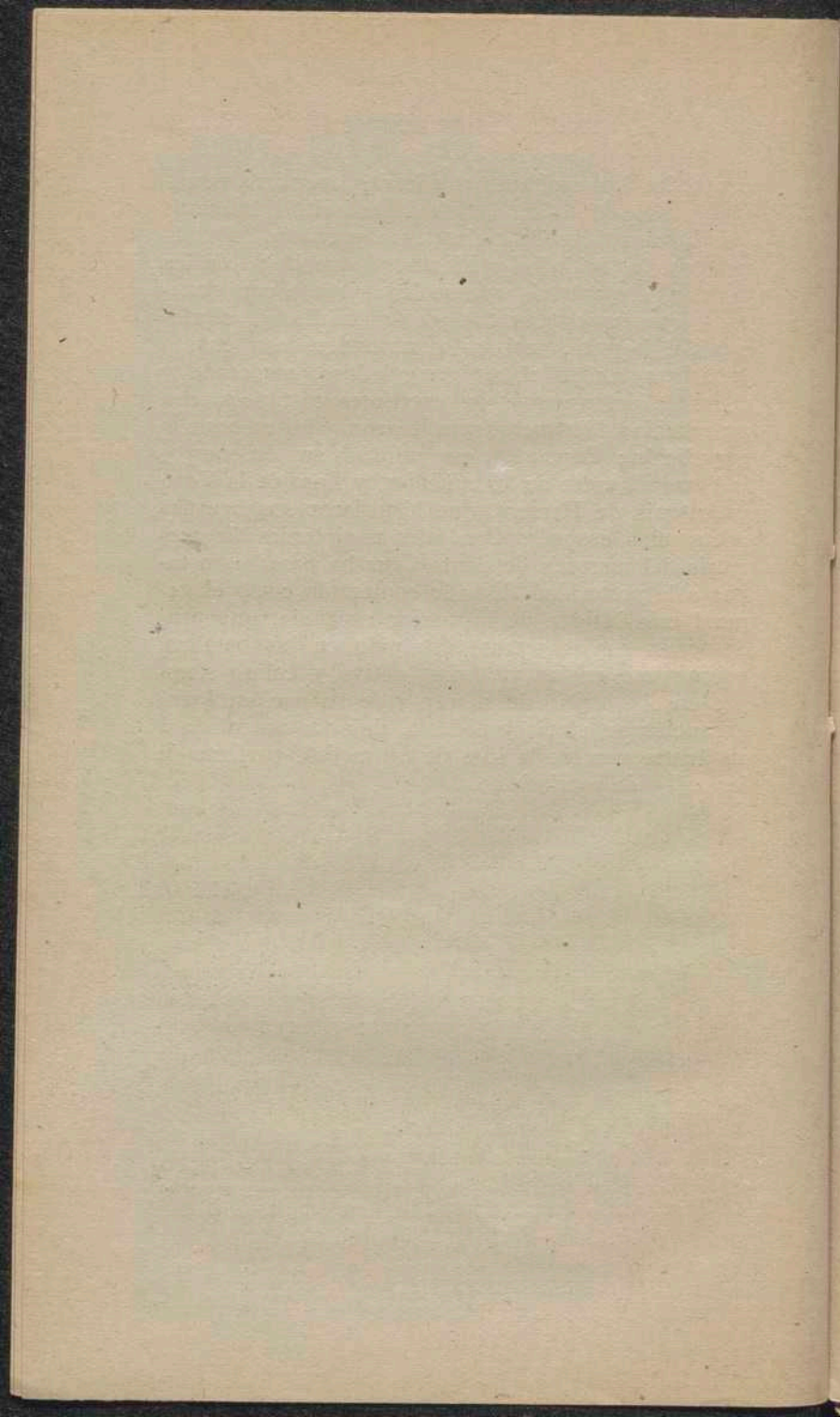
»bal, 6.450; turcos, moros y moras que hizo esclavos, 6.243; cautivos cristianos a quienes dió libertad, 1.564; apresó o tomó 44 galeras reales, 21 »galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de »alto bordo, siete caramuzales (embarcaciones turcas »de transporte), tres cárabos moriscos (embarcaciones usadas en Levante) y una galeaza, y ganó en »todas ocasiones 1.814 piezas de artillería.»

Mucho eclipsaría el esplendor de tantas proezas si fuera cierto el carácter de crueldad que atribuyen al marqués algunos escritores extranjeros por haber mandado sacrificar muchos franceses después de rendidos en la jornada de las Terceras; pero callan cuidadosamente las circunstancias que pueden justificar esta determinación. Las naciones, a quienes infundían recelos la política y el poder de Felipe II, miraban con envidia y aversión su engrandecimiento, y conservando con él relaciones de paz y amistad, apoyadas en tratados muy solemnes, procuraban incomodarle y perjudicar a sus vasallos oculta y disimuladamente. Así lo hacían los corsarios franceses, ingleses y escoceses, que estableciendo sus cruceros en nuestra carrera de Indias, robaban cuantos buques españoles traficaban en aquellas partes, «lo cual (decía el rey en carta escrita al marqués a 13 de julio de 1561) es en deservicio »de Dios nuestro Señor y nuestro, y contra las paces que están asentadas entre nos y los príncipes »de aquellos reinos; y porque los tales corsarios de »derecho deben ser ahorcados como robadores y contravenidores de los conciertos hechos y personas »que van contra la voluntad de sus Reyes y Señores naturales, vos mando que si pudiéredes haber »algunos de los dichos corsarios, y os constare que »lo son, procedáis contra ellos y los castiguéis conforme a justicia, ejecutándolo luego en la mar con »todo rigor; que para lo hacer por esta mi cédula »vos doy poder cumplido, etc.»

Esta política extranjera fué más pérfida y tenebrosa algunos años después. Mientras que la reina

de Inglaterra y la reina madre de Francia se concertaban entre sí y con don Antonio, auxiliándole con poderosas armadas y muchas tropas para hacer la guerra en Portugal y para fomentar a los rebeldes de Flandes, el rey de Francia Enrique III enviaba embajadores a Felipe II para persuadirle de sus intenciones pacíficas y amistosas. No era extraño en tales circunstancias que este príncipe, no reputando a los franceses auxiliares de don Antonio como enviados por su gobierno, sino como piratas, previniese al marqués de Santa Cruz en la instrucción particular que le dió en Lisboa a 13 de enero de 1582, que «si hubiere en la dicha isla de »la Tercera y en la ciudad de Angra alguna gente »extranjera que se haya ido o metido en ella para »su socorro, haréis ahorcar a todos los extranjeros, »como son franceses o ingleses.» Sólo exceptuaba el caso en que rindiéndose los naturales sacasen el partido de que sus aliados quedasen libres, autorizando al marqués para que entonces pudiese obrar según más conviniese al real servicio y al bien de la empresa. El marqués, obedeciendo como debía las terminantes órdenes de su soberano, conformes a las duras leyes de la guerra, mitigó, sin embargo, en cuanto pudo su severidad, anticipando indultos para los que se rindiesen o presentasen, exceptuando a los que no habían cumplido diecisiete años de edad, haciendo valer los servicios de otros, y mandando formar procesos a algunos cómplices para asegurar más el fallo de la sentencia. Son, pues, infundadas las quejas y las acriminaciones de los extranjeros contra el marqués de Santa Cruz, cuando deben imputarlas a la ambición, perfidia y deslealtad de sus gobiernos. Si, por otra parte, se considera que a la generosidad del marqués y a su palabra cumplida religiosamente debieron la vida y libertad en la Tercera más de 2.000 franceses alistados en 18 banderas con otras 36 de portugueses rebeldes; que el general francés fué recibido de un modo afable y obsequioso; que por orden suya fue-

ron todos los capitanes y oficiales enemigos igualmente bien tratados de los del ejército vencedor; que hizo proveer de alojamiento y cuanto fué menester a los soldados prisioneros; que cuidó de los heridos, disponiendo que se les asistiese con esmero, y que fuesen curados por los médicos y cirujanos del hospital real, se comprenderá con cuánta justicia aplauden el carácter piadoso, moderado y clemente del marqués los escritores coetáneos, con especialidad Mosquera, que le acompañó en aquella expedición; Cervantes, que militó a sus órdenes, y le llama *el padre de los soldados*, y Laso de la Vega y Antonio de Herrera, que historiaron sus hazañas pocos años después. Con tales testimonios, la memoria del marqués de Santa Cruz ha pasado sin tacha a la posteridad. Esta le contempla como el general más insigne de la marina española, que prudente en sus empresas, intrépido en las batallas, magnánimo en las victorias, activo y celoso siempre en el servicio de su rey y de su nación, logró ensanchar su gloria y poderío, dejando vinculada a su ilustre nombre la idea de un modelo perfecto de lealtad y de patriotismo.



Don Blas de Lezo

Cuando Luis XIV, rey de Francia, quiso asegurar los derechos de su nieto Felipe V a la corona de España, procuró estrechar de tal modo los intereses de ambas naciones, que el servicio en ejército y marina era común, y comunes también los premios y las recompensas. Así es que don Blas de Lezo, nacido en el lugar de Pasajes el año 1687, y educado en un colegio de Francia, salió de él para guardia marina en 1701, y en esta clase se halló embarcado en la «Capitana» de la escuadra francesa, que mandaba el serenísimo señor almirante conde de Tolosa, cuando encontrándose en 1704 sobre Vélez-Málaga con las fuerzas combinadas de Inglaterra y Holanda, sostuvo aquel combate tan empeñado e indeciso, en que maltratados todos y con mucha pérdida de gente, se separaron, atribuyéndose cada uno la victoria. Distinguióse en esta ocasión el joven Lezo por su intrepidez y valor, y habiéndole llevado la pierna izquierda una bala de cañón, continuó en el combate con tal serenidad, que mereció los elogios del mismo señor almirante, como se lo manifestó en una carta, acompañada de un atestado o testimonio de este caso singular; por cuya consideración le promovió Luis XIV a alférez de navío.

Del mismo modo continuó sus servicios en los años sucesivos, concurriendo al socorro de víveres y pertrechos para las plazas de Peñíscola y Palermo, al ataque y quema del navío inglés «La Resolu-

ción», de 70 cañones, y al apresamiento de dos navíos enemigos, que se condujeron el uno al puerto de Pasaje y el otro al de Bayona. Ascendido entonces a teniente de navío, se le destinó a Tolón, y allí se mantuvo hasta que el duque de Saboya invadió aquel puerto y sitió el castillo de Santa Catalina, donde se hallaba Lezo, que también fué herido en esta ocasión. Con tantas muestras de valor y de inteligencia, le confiaron sus jefes el mando y dirección de diferentes convoyes con municiones y pertrechos de guerra, que desde Francia se enviaban a Felipe V, que se hallaba acampado sobre Barcelona. Logró introducirlos felizmente, burlando la vigilancia de los buques ingleses que cruzaban en aquella costa; pero en una ocasión de éstas, cercado por todas partes y acometido con horroroso fuego, determinó incendiar algunos buques del convoy para salvar a los demás, y batiéndose al mismo tiempo se abrió paso por medio de las llamas y de las balas para salir de aquel apuro, evitando de este modo que ninguno de sus buques cayese en poder de los enemigos.

Promovido a capitán de fragata en 1710, y mandando una de las de la armada real, logró hacer 11 presas, la menor de 20 cañones, y entre ellas el navío de guerra inglés llamado el «Stanhoppe», en cuyo combate recibió varias heridas. Parece que por entonces sirvió también en las escuadras que mandó don Andrés del Pez, según las honrosas certificaciones que éste le dió de sus buenos servicios. Hecho capitán de navío en 1712, fué destinado en el siguiente al segundo sitio de Barcelona, donde tuvo varios encuentros con los enemigos, y de resultas quedó estropeado de un brazo. Hallóse en 1714 en la escuadra que al mando de don Andrés del Pez pasó a Génova para conducir a España a la reina Doña Isabel de Farnesio, pero resuelta S. M. a hacer el viaje por tierra, regresó la escuadra y se preparó para la expedición y recobro de la isla de Mallorca. Verificóse al año siguiente de

1715, destinando siete navíos (uno de ellos el de Lezo), diez fragatas, dos saetías, seis galeras y dos galeotas al mando del gobernador general de la armada don Pedro de los Ríos, y apenas desembarcaron los 10.000 hombres de tropas que conducían, cuando los mallorquines se avinieron a ciertas capitulaciones, en que brillaba la clemencia y benignidad de Felipe V.

Con el mando del navío «Lanfranco» se destinó a Lezo en 1716 a la escuadra de don Francisco Chacón, para transportar la plata y auxiliar el comercio de los galeones y de la flota perdida en el canal de Bahama, pero se le incorporó muy luego a otra escuadra destinada a los mares del Sur, compuesta de aquél navío, del «Conquistador», «Triunfante» y la «Peregrina», con los jefes don Bartolomé de Urdinzu y don Juan Nicolás Martínez. Era el objeto arrojar o expeler de allí los navíos de varias naciones que infestaban aquellas costas, haciendo en ellas un comercio ilícito, muy perjudicial a los intereses de la real hacienda y de todos los españoles. Después de varias campañas y servicio durante siete años recayó en Lezo, por falta de aquellos jefes, el mando de la escuadra y el generalato de la mar del Sur, en 16 de febrero de 1723, haciendo desde entonces frecuentes salidas para perseguir los corsarios enemigos, con quienes tuvo diferentes combates, en los cuales escarmentó su insolencia y extinguió sus piraterías y desórdenes. Así sucedió con ciertos navíos ingleses y holandeses armados en guerra y muy superiores en fuerzas, a quienes atacó y batió al primer encuentro durante ocho horas, con tal resolución y valor, que logró apresar un navío holandés y poner en vergonzosa fuga a los demás. De esta manera desempeñó el mando que el rey le había confiado en aquellos dominios remotos, hasta que por orden de S. M. se restituyó a Europa en el año 1730.

La corte permanecía en Sevilla, e inmediatamente pasó Lezo a besar la mano al rey y a informar-

le de sus operaciones, y no sólo tuvo la satisfacción de que todas fuesen aprobadas, sino de recibir en premio de sus servicios y del aprecio que debía a S. M., el ascenso a jefe de escuadra, con la circunstancia particular de que se le contase la antigüedad desde el día que comenzó a ejercer el mando superior de la escuadra en el mar del Sur, esto es, desde 16 de febrero de 1723. Permaneció después en el departamento de Cádiz hasta que por real orden de 3 de noviembre de 1731 le confió S. M. el mando de una escuadra destinada al Mediterráneo, para estar a las órdenes del infante Don Carlos y asistir a S. A. en los negocios que ocurriesen relativos a la posesión que debía tomar de algunos estados de Italia que le pertenecían, cuyo encargo desempeñó tan a satisfacción de S. A., como lo demuestran las cartas que de su real orden le dirigió el conde de Santiesteban. De regreso a España tuvo otra comisión de nuestra corte, que resentida de la conducta observada por la república de Génova, quiso tomar alguna satisfacción de sus procedimientos. Para esto entró don Blas de Lezo en aquel puerto con seis navíos, y exigió que la república hiciese a la bandera real de España honores extraordinarios y un saludo mayor que los que acostumbraba, y que inmediatamente se llevasen a bordo de los navíos los dos millones de pesos duros pertenecientes a España que estaban depositados en el Banco de San Jorge. Sorprendido el senado con esta demanda, procuró buscar efugios para eludirla; pero Lezo contestó resueltamente a sus argumentos, y manifestando a los diputados que fueron a bordo el estado de sus bajeles, les dijo, mostrándoles su reloj, que si en el término de tantas horas no era saludado cual correspondía y no se le enviaban los dos millones, batiría la ciudad, reduciéndola a cenizas. A tan resuelta intimación cedió la república, y cumplió todo a satisfacción del general español, quien dió la vela inmediatamente que recibió la expresada cantidad. De ella se envió medio

millón, por orden del rey, al infante Don Carlos, y el resto se despachó a Alicante para los gastos de la expedición que allí se preparaba con destino a la reconquista de Orán.

Concurrió también don Blas de Lezo a esta feliz jornada, embarcando en el navío «Santiago», como segundo comandante de la escuadra que mandaba el teniente general don Francisco Cornejo, y pasó desde Cádiz a incorporarse con él en Alicante. De allí salieron todos el 15 de junio; el 28 llegaron a Orán, y después de la rendición de la plaza y de dejarla provista y guarnecida como convenía, volvió Lezo a Alicante escoltando 120 embarcaciones de transporte. Concluida esta expedición, regresó a Cádiz, donde entró el 2 de setiembre de 1732. Pero como la toma de Orán hubiese alarmado a todas las potencias berberiscas, intentaron de mancomún recobrar la plaza, ya atacándola por tierra, ya bloqueándola por mar, por cuya razón mandó el rey en 13 de noviembre que eligiese Lezo dos navíos de los que había en la bahía de Cádiz más pronto, y pasase con ellos al Mediterráneo. Escogió los navíos «Princesa» y «Real Familia», y después se le reunieron otros cinco. Con esta escuadra se dirigió a Orán, y ahuyentando a los argelinos que la bloqueaban, socorrió a la plaza con los caudales y efectos que conducía. Allí adquirió noticias reservadas sobre las fuerzas y proyectos de los buques enemigos, y determinó perseguirlos y aniquilarlos, especialmente a la «Capitana de Argel», que era un navío de 60 cañones. Salíó en su busca, y apenas lo encontró, comenzó a batirlo; pero el enemigo, huyendo con fuerza de vela, logró refugiarse en la ensenada de Mostagán, defendida por dos castillos o baterías a su entrada y por 4.000 moros que acudieron de las montañas inmediatas. Ninguna de estas consideraciones pudo contener el empeño de nuestro general. Entró tras el navío «Argelino» en la misma ensenada, y a pesar del vivísimo fuego que sufrió de todas partes, consiguió incendiarlo con las lanchas

armadas y echarlo a pique, batiendo los castillos, con gran pérdida de moros y turcos. Una acción tan intrépida y arriesgada, concluída con tanta gloria y felicidad, amedrentó a los argelinos, que solicitaron socorros de Constantinopla; y sabiéndolo el general Lezo, reparó su escuadra en Alicante y salió a cruzar desde la Galita hasta Cabo Negro y Túnez, para esperar y batir los buques que habían de conducir a Argel las tropas y pertrechos que solicitaban. Mantuvo cincuenta días de crucero en aquellos mares, hasta que una epidemia de calenturas, producida por la corrupción de los víveres, le obligó a proveerse en Cerdeña de los necesarios, y navegando para Cádiz, según se le había prevenido de real orden, tuvo aún que dejar en Málaga muchos enfermos, y entre ellos a don Jorge Juan, que hacía entonces las primeras campañas de su carrera. Llegó también a Cádiz don Blas de Lezo gravemente enfermo, pero con la satisfacción de haber desempeñado cumplidamente las comisiones que se le confiaron, como se lo manifestó el rey con las expresiones más lisonjeras de su aprecio, promovándole en 6 de junio de 1734 a teniente general de su real armada.

Desempeñó entonces la comandancia general del departamento de Cádiz; mandósele pasar a la corte entrado ya el año siguiente de 1735; regresó luego al Puerto de Santa María, donde permaneció hasta que por real orden de 23 de julio de 1736 le nombró S. M. comandante general de los galeones que, con los navíos «Conquistador» y «Fuerte», habían de despacharse a las costas de Tierra firme.

Prontos y habilitados todos los buques, salió de Cádiz con los dos navíos, ocho mercantes y dos registros el día 3 de febrero de 1737, y entró en Cartagena de Indias el 11 de marzo. Comandante de aquel apostadero de marina, entonces tan importante para la custodia y conservación de ambas Américas, supo en noviembre de 1739 la declaración de guerra entre España e Inglaterra, y que en Jamaica iban reuniendo los ingleses fuerzas muy con-

siderables, que les enviaban de Europa. Desde allí salieron sucesivamente las escuadras o divisiones que atacaron a Portobelo, al castillo del río Chagre, y que amenazaron a la Habana en distintas ocasiones; pero la empresa que más fijó la atención de los ingleses, y en que pusieron mayor empeño, fué la toma o conquista de Cartagena. Estas noticias y las de varias presas que hicieron de algunos buques españoles ricamente cargados, obligaron a Lezo a tomar las debidas precauciones y estar apercebido para todo evento. Situó los navíos de su mando en Boca-chica, paso preciso para la entrada en el puerto, y puso en estado de defensa los castillos colocados en aquel punto, reforzando sus guarniciones con cerca de mil hombres.

En febrero de 1740 tuvo por varias partes noticias muy circunstanciadas de las formidables fuerzas que preparaban los ingleses para atacar a Cartagena. El gobernador cayó enfermo, y murió el día 23 del mismo mes. Las plazas de Indias, en general, estaban en el mayor abandono, como lo reconocieron don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, que las vieron en aquellos años. Don Blas de Lezo, que lo sabía, envió dos condestables de sus navíos a reconocer la artillería de la plaza, y se hallaron los cañones incapaces de disparar diez tiros, sin repuesto ni provisión de balas, y sólo con 3.300 libras de pólvora. A los navíos colocados en Boca-chica añadió dos cadenas por fuera de ellos para impedir la entrada a la escuadra y brulotes enemigos.

Aparecieron éstos el 13 de marzo con ocho buques mayores, dos brulotes, dos bombardas y un paquebote; fondearon a distancia de dos leguas al ONO. de la ciudad. Después de sondar y reconocer varios puntos de la costa, y de establecer cruceros para interceptar los víveres, socorros y comunicaciones, se situaron las bombardas EO. con el convento de la Merced, y comenzaron a arrojar a la plaza bombas cargadas de combustibles, con que lograron incendiar varias casas y edificios. Los cañonazos que

se les tiraban de nuestras baterías, no alcanzaban sino por elevación. Así continuaron los días 18 y 19, hasta que viendo Lezo que no servían aquellos cañones, hizo desembarcar uno de a 18 de su navío, con cuyo atinado fuego obligó a retirarse las bombardas, y toda la escuadra volvió a Jamaica a reforzarse, dejando dos navíos para bloquear el puerto. Hicieron segunda tentativa, avistándose desde Cartagena el 3 de mayo una escuadra de 13 navíos y una bombardas, la cual reconoció la ensenada de Barú. Lezo formó con otros dos navíos segunda línea para defender la entrada, y viendo los enemigos esta vigilancia y preparativos, regresaron a Jamaica. De allí salieron poco después para Santa Marta, donde quedaron bien escarmentados.

En 31 de octubre llegó de España una escuadra de 10 navíos, mandada por el general don Rodrigo de Torres, que facilitó algunos auxilios, y permaneció allí hasta el 8 de febrero de 1741, que se trasladó a la Habana, amenazada también por los ingleses. Ya estaba mandando en Cartagena como gobernador el virrey del nuevo reino de Granada don Sebastián de Eslava, oficial muy acreditado por su valor e inteligencia, y unidos él y Lezo, concertaron los planes de defensa para lo sucesivo. Pocos días habían pasado, cuando el 15 de marzo se avistaron y dieron fondo en la ensenada de Canoas 135 buques ingleses, los 36 de guerra y los demás de transporte, brulotes y bombardas. Lezo se situó en Boca-chica, donde estaban los navíos, y reforzó los castillos de cuanto era necesario. Los enemigos hicieron varios movimientos y tomaron diversas posiciones, hasta que el 20 dos navíos grandes, situados a medio tiro de fusil de las baterías de Santiago y San Felipe, rompieron un fuego tan horroroso que las destruyeron a pocas horas. Igual ataque sufrían por otros navíos los fuertes de San Luis y San José, que contestaban por su parte, destrozando a cuantos navíos los batían. Las bombardas tampoco cesaban de arrojar bombas de día ni de noche. En-

tretanto iban desembarcando las tropas enemigas y formando baterías en tierra, y entre ellas una de 12 morteros, con que incomodaban mucho al castillo de San Luis, llave principal del puerto; pero se mantenía firme, porque si perdía gente, si le volaban el almacén de víveres, si sus defensas y parapetos se destruían y aniquilaban, todo lo reparaba, a todo atendía Lezo con los auxilios que le suministraba su escuadra. Formáronse partidas para reconocer las obras que hacían los enemigos, y destruíselas, atacándolos oportunamente. Todo el empeño de los ingleses era apoderarse del castillo y forzar el puerto. Para esto lo batían alternativamente, empleando hasta cuatro navíos a la vez; multiplicaban las baterías de cañones y morteros, las lanchas armadas, los desembarcos de su gente con que intentaban incomodarlos. El día 2 de abril sostenían su fuego con vigor 16 cañones y 12 morteros. Lezo, con su navío, disparó 760 tiros en defensa del castillo; pero ya iban escaseando las municiones, los parapetos y defensas estaban por tierra, la gente fatigada, los enemigos aumentaban sus ataques, pues que situaron entonces siete navíos, dos de ellos de tres puentes, para batir el castillo y nuestra escuadra, que recibió mucho daño, además del que causaban las bombas incendiarias. Aunque la plaza se halla distante de Boca-chica más de dos leguas y media, el virrey, con suma diligencia y actividad iba frecuentemente de noche a tratar con Lezo sobre las disposiciones que convenía tomar, y hallándose ambos el día 4 de abril en uno de los navíos, fueron heridos, Eslava en una pierna y Lezo en un muslo y una mano. Convencidos de que ya no podía sostenerse el castillo, tomaron sus providencias para abandonarlo, y que la gente se recogiese a la plaza. Así se ejecutó al día inmediato, aunque con algún desorden, cuyo ejemplo siguió la gente de los navíos «San Carlos», «Africa» y «San Felipe», sin que pudiera contenerlos el general, que andaba casi siempre en una canoa para atender y acudir a

todas partes. La precipitación de esta retirada produjo que en lugar de echar a pique un barco con 60 barriles de pólvora, conforme había mandado el general, le incendiaron, comunicándose su fuego a los navíos «San Felipe» y «Africa», que se volaron. Dueños los enemigos de los castillos de San José y San Luis, y franqueada la entrada del puerto, se retiró Lezo a la plaza con su gente y con cuantas armas y pertrechos pudo recoger, después de sostener veintiún días el puesto de Boca-chica, los diecisiete de continuo combate, con un valor y constancia de que hay pocos ejemplos.

Todavía quedaba en lo interior del espacioso puerto la defensa del canal o angostura, que forman el castillo grande y la batería del Manzanilla antes de llegar a la plaza. Lezo, con acuerdo del virrey don Sebastián de Eslava, distribuyó la tropa de marina y la marinería en las fortalezas y baterías exteriores; facilitó cañones, balas, fusiles y otras armas y municiones; dispuso que los navíos «Dragón» y «Conquistador», únicos que quedaban, se mantuviesen defendiendo aquel estrecho paso, y que en el último extremo se echasen a pique ambos buques y los de particulares, para cerrarlo y evitar la aproximación de los enemigos a la ciudad.

La unión de ánimos e ideas de los generales acrecentaba su valor y sus recursos cuánto más crecían los riesgos y los progresos de los enemigos. Entretanto que éstos desembarcaban su gente en varios puntos, Eslava y Lezo animaban y visitaban la suya por todas partes. Llegado el caso de echar todos los buques a pique, después de una resistencia tenaz, se apoderaron los ingleses del castillo grande y batería de Manzanillo; trabajaron mucho en abrirse paso, y al fin comenzaron a bombardear la ciudad el día 12, batiéndola al mismo tiempo varios navíos y fragatas. Así continuaron sin intermisión hasta el 20, en que antes de las cuatro de la mañana atacaron con 1.200 hombres escogidos el cerco y castillo de San Lázaro, que ocupaban 250 soldados

de tropa de marina y de los regimientos de Aragón y de España. El fuego fué muy vivo por una y otra parte. Los dos **generales**, siempre activos y vigilantes, acudieron al momento, y luego que aclaró el día reforzaron la tropa española con algunos piquetes de marinería armada. Desde entonces el fuego fué mejor dirigido y más certero, causando tanto estrago en los enemigos, que a las siete de la misma mañana huyeron precipitadamente, abandonando sus escalas, fusiles y otros efectos, y dejando la quebrada por donde atacaron llena de muertos y heridos. Aprovechó Eslava tan oportuna ocasión de hacer una salida con la tropa de la plaza y consiguió perseguir y escarmentar a los fugitivos. Tal fué la acción decisiva de esta heroica jornada. Los escritores ingleses dicen que por una imprevisión incomprensible las escalas que llevaron para el asalto eran muy cortas, y que no habían llegado aún las faginas y los materiales destinados a ocultar y facilitar la aproximación al fuerte. Achacaban también su desgracia a las desavenencias entre sus generales de tierra y mar, y a las enfermedades que experimentaron, propias de aquel clima y estación. Lo cierto es que en el mismo día 20 pidieron parlamento y suspensión de armas para recoger sus heridos, de los cuales se habían llevado a la ciudad más de mil. En los cinco días siguientes, recelosos de que se les persiguiese, aparentaron que perseveraban en la empresa, y aumentaron sus baterías; pero el 27 ya se notaron señales ciertas de su retirada. Las bombardas se unieron con los navíos, y empezaron a recoger y embarcar la gente que les quedaba. El 28 abandonaron los puntos que ocupaban, incendiaron como inútil el navío «Galicia», y demolieron o volaron todos los castillos y fuertes de que se habían apoderado. El 30 se verificó el canje de prisioneros. Los buques de guerra y transporte fueron saliendo sucesivamente en los primeros días de mayo, aunque algunos quemaron en Boca-chica por inservibles. El 17 salió el almirante Vernon, y

el 20 quedó el puerto enteramente libre de enemigos.

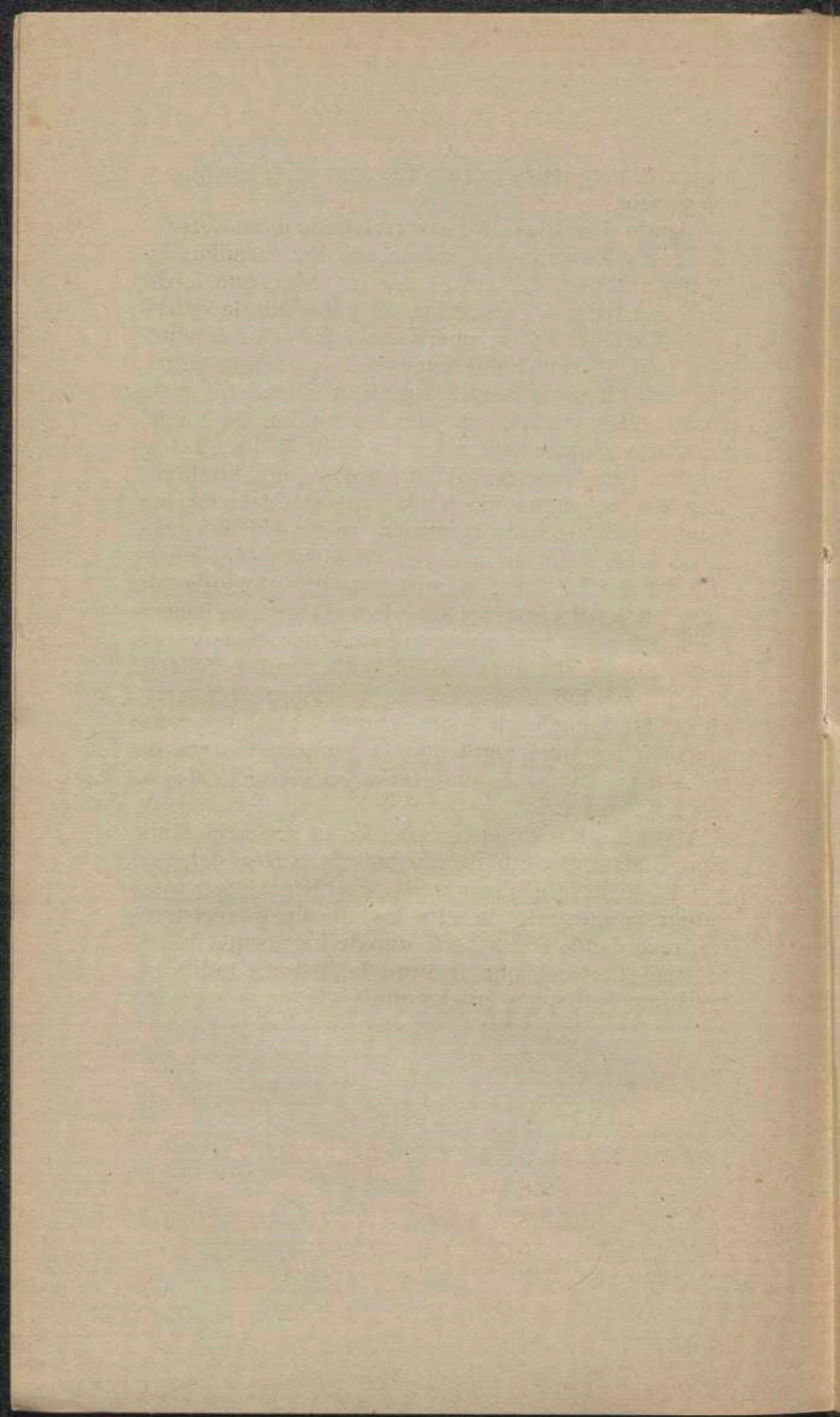
Según los cálculos del general Lezo, consignados en su diario, los ingleses dispararon durante el sitio 6.068 bombas y más de 18.000 cañonazos; y según los partes o avisos del virrey Eslava la pérdida de los enemigos por efecto de los combates y de las enfermedades fué de 9.000 hombres de las tropas y de las tripulaciones de los buques. El autor francés de la Historia general de la Marina dice que perdieron cerca de 20 navíos, y el P. Flórez especifica que 17 de ellos quedaron tan maltratados que tuvieron que quemar seis, y que los demás no podían servir sin notables reparos. La guarnición de la plaza constaba de 1.100 hombres de tropas regladas, y de 300 de milicias; de dos compañías de negros libres, y de 600 indios. Los españoles sólo tuvieron 200 muertos. La escuadra inglesa, compuesta ya con los refuerzos que fué recibiendo, de 36 navíos, de ellos ocho de tres puentes, de 12 fragatas de 20 a 50 cañones, de dos bombardas, de muchos brulotes y de 130 buques de transporte, con más de 10.000 hombres de desembarco, era la mayor y más poderosa que se había presentado jamás en aquellos mares; pero sus obstinados esfuerzos no bastaron a vencer la constancia y el heroico valor de los españoles, dirigidos por tan ilustres caudillos como don Sebastián de Eslava y don Blas de Lezo.

La arrogancia y orgullosa satisfacción con que los ingleses suponían como cierta la victoria, les hizo acuñar medallas en que figuraron a don Blas de Lezo de rodillas entregando la espada al almirante inglés con la inscripción de *Don Blas*, y alrededor, en lengua inglesa: *la soberbia española abatida por el almirante Vernón*. Por el otro lado grabaron seis navíos y un puerto con esta leyenda en el contorno: *quien tomó a Portobelo con sólo seis navíos. Noviembre 22 del 1739*. El éxito desairó aquel presuntuoso pronóstico, debiendo ser en sus autores tanto

mayor la vergüenza cuanto fué mayor su ligereza y arrogancia.

Cuando don Blas de Lezo rechazó con su valor y prudencia los primeros ataques de los enemigos en el año anterior, declaró el rey en orden que le dirigió con fecha 8 de octubre de 1740, que la defensa de Cartagena y su puerto se debía a su conducta y celo, lo cual había excitado su soberana gratitud por el honor y respeto que resultaba a sus reales armas, encargándole por otra real orden de 16 del mismo mes, que continuase haciendo todos sus esfuerzos para repeler los intentos de los ingleses, pues estaba persuadido S. M. que si Cartagena no había experimentado la misma suerte que Portobello, se debía a su vigilancia y disposición. Así lo expresaba el rey, y así procuró cumplirlo don Blas de Lezo en la gloriosa defensa de 1741 de que hemos hecho mención; pero tan prolongadas fatigas y cuidados menoscabaron su salud, y de resultas falleció en aquella ciudad el día 7 de setiembre del mismo año 1741, dejando un noble ejemplo de valor y constancia a los que, siguiendo la honrosa carrera de las armas, hayan de emplearlas en servicio de su rey y de su patria.

Algunos años después concedió el rey a la familia de Eslava el título de *marqués de la Real defensa*, y a la de Lezo el de *marqués de Oviéco*, para perpetuar la memoria de aquellos dos ilustres generales, recordando con aprecio uno de los acontecimientos más heroicos que ilustran la historia militar y marítimo de España en el siglo XVII.



Don José de Mazarredo

Se ha dicho muchas veces que a España nunca le faltaron hombres ilustres en todas las carreras y profesiones, sino cronistas o historiadores que escribiesen y publicasen sus hechos memorables. Esta negligencia ha sido más común desde principios del siglo anterior hasta nuestros días. Un ejemplo de esto ofrece la memoria del general de Marina don José de Mazarredo. Lo que le debe la Marina española, ya en la parte científica y de instrucción facultativa, ya en la gloria que le dió con sus expediciones militares, ya en otros destinos y comisiones que desempeñó con acierto y honradez, sus cualidades personales, en las cuales aparecieron reunidas la sinceridad y el candor con la prudencia y la penetración del sabio y del héroe, son cosas ignoradas generalmente y que sólo se conservan en la memoria de los hombres que tuvieron la dicha de tratarle o el honor de pertenecerle. Nuestro intento sólo es indicar aquí los hechos más propios para dar a conocer su carácter y para merecer el aprecio de los sabios que se interesan en los adelantamientos de las ciencias y en sus útiles aplicaciones a la práctica de las artes o facultades más necesarias al género humano.

Nació don José de Mazarredo en Bilbao el día 8 de marzo de 1745, y apenas llegó a los años de la juventud entró de gurdia marina, a cuya carrera le llamaba su inclinación. En esta clase aún, embarcado en el chambequín andaluz que mandaba el ca-

pitán de fragata don Francisco de Vera, impidió que el bajel se estrellase en la noche del 13 de abril de 1761 contra las salinas de la Mata, en que había dado; y por sus acertadas disposiciones, por su firmeza en sostenerlas contra el dictamen de hombres más prácticos en la mar, y por su osadía en embarcarse de noche con un gran temporal en un bote pequeño para recobrar la lancha perdida y tentar medios de salvar el buque, logró a lo menos recoger la tripulación entera, compuesta de 300 hombres, que hubiera perecido infaliblemente sin tan activas y atinadas diligencias. Este y otros ensayos semejantes de su genio marintero le granjearon desde entonces distinguido concepto, y así es que a los doce años de servicios fué nombrado ayudante mayor general del departamento de Cartagena, y, sin embargo del aprecio y confianza que merecía a sus jefes, anhelando adelantar en su profesión, solicitó embarcarse en la fragata «Venus», que se disponía para hacer viaje a Filipinas en 1772 a las órdenes de don Juan de Lángara. Durante esta navegación introdujo por primera vez entre los marinos españoles de su tiempo el método de las distancias lunares para la determinación de la longitud con el mérito de la originalidad, pues careciendo de las tablas que tanto facilitan estas operaciones, tuvo que valerse de los recursos de su genio y de cálculos sumamente complicados y difíciles. Con el mismo objeto de hacer usuales en la marina española los nuevos métodos y adelantamientos de la astronomía náutica se embarcaron Mazarredo y don José Varela el año 1774 en la fragata «Santa Rosalía», que mandaba don Juan de Lángara, y se ocuparon en reconocer y situar bien la isla de Trinidad del Sur en los mares del Brasil, y en asegurarse de la supuesta existencia de otra isla, llamada de la Ascensión, al oeste de aquélla, como cien leguas más a la costa. En el año de 1775 era primer ayudante del mayor general de la escuadra, que condujo la expedición de Argel, siendo obra suya los planes para la navega-

ción, ancladero y un tan feliz desembarco en la playa como se logró de todo un ejército de 20.000; pero malograda la expedición de tierra y urgiendo el reembarco de las tropas. Mazarredo logró salvarlas de noche con una inteligencia y actividad que nunca olvidó y recordó siempre con gratitud el conde de O'Reilly, jefe principal de aquella empresa.

El rey le premió tan importante servicio con el nombramiento de alférez de la compañía de guardias marinas de Cádiz y con los sucesivos ascensos a capitán de fragata, de navío y de una nueva compañía de guardias marinas creada en el departamento de Cartagena. En este destino escribió sus *Lecciones de navegación*, para la enseñanza de los jóvenes que se dedicaban a la carrera de la mar, siendo tal el celo que manifestaba por sus progresos, que él mismo hacía de maestro, explicándoles no sólo la náutica, sino las maniobras, para adiestrarlos en las prácticas navales. Con igual objeto formó entonces una *Colección de tablas para los usos más necesarios de la navegación*, y habiendo obtenido el mando del navío «San Juan Bautista» en 1778, destinado a perfeccionar con la práctica la instrucción de los guardias marinas, llevó consigo un reloj de faltriquera de longitud construido para él en 1776 por Juan Arnold con el núm. 12, a imitación del que había hecho en 1773 para la expedición que hizo al polo boreal el capitán Phips. Con este auxilio situó en sus verdaderas latitudes y longitudes muchos puntos importantes de la costa de España y sus correspondientes de Africa en el Mediterráneo, cuyas determinaciones fueron de gran utilidad después a don Vicente Tofiño, que corrigió con ellas los errores de sus relojes para situar la costa de Berbería, desde 20 leguas al Este de Argel hasta Orán, en las cartas que componen su *Atlas marítimo*.

En 1779 fué nombrado Mazarredo mayor general de la escuadra mandada por el general Gaston, donde puso en práctica los *Rudimentos de táctica*

naval, que había escrito, y las *Instrucciones y señales*, cuyo sistema mejoró con suma diligencia por la importancia que concibió de facilitar en la mar esta comunicación de ideas y mandatos entre buques separados, que deben obrar con unión y sujeción a las órdenes de un jefe superior. La aplicación de éstos y otros conocimientos se hizo más pública e importante al año siguiente, cuando siendo mayor general de la escuadra que mandaba el general don Luis de Córdoba, se debió el apresamiento de un gran convoy inglés el día 9 de agosto de 1780 a una maniobra atrevida, dispuesta por Mazarredo, que todos graduaban de temeraria. Debíosele también en 1.º de noviembre de aquel año la salvación de las escuadras española (de 28 navíos y cuatro fragatas) y francesa (de 38 navíos y 20 fragatas) y de un convoy riquísimo de 130 buques mercantes, expuestos a perderse por la intempestiva salida que dispuso el conde de Staing, contra el voto y parecer de Mazarredo, subsanando éste el error de aquel general con la pericia propia de un gran hombre de mar.

Al año inmediato de 1781 cruzaba la escuadra combinada de 30 navíos españoles y 19 franceses al mando del señor Córdoba en el canal de la Mancha. La escuadra se hallaba cerca de las Sorlingas en la noche del 31 de agosto con un gran temporal, cuando la almiranta francesa hizo repetidamente la señal de *riesgo en la derrota*. Mazarredo, asegurado por las observaciones astronómicas que frecuentemente hacía de que la dirección o rumbo que llevaba era el que convenía, y de grandísimo riesgo el variarle, le siguió con tesón y firmeza, sin embargo de los anuncios fatales que manifestaban los más prácticos de aquellas costas. La experiencia manifestó después el acierto de esta resolución, y el mismo conde de Guichen, general de la escuadra francesa, decía después con laudable ingenuidad al conde de Artois, que se hallaba en Algeciras: *Yo iba a perder una armada, que Mr. de Mazarredo salvó.*

A principios del año siguiente le debió igual beneficio la escuadra española de 40 navíos y siete fragatas, que después de haber escoltado a una expedición de tropas y pertrechos que se enviaba a América, se restituía a Cádiz en el rigor del invierno. Averiguando por observaciones en los días 26 de enero y 4 de febrero el movimiento de su reloj, conoció los grandes efectos de las corrientes para el estrecho de Gibraltar y el error consiguiente de la estima; y este conocimiento seguro de su posición y el anuncio de un temporal le facilitaron practicar las maniobras necesarias para poder tomar a Cádiz en tan críticas circunstancias. Esta seguridad y acierto, que se debía a su consumada inteligencia en aplicar a la navegación los conocimientos astronómicos, la acreditó también en la campaña que en 1782 hizo dirigiendo la derrota de la escuadra combinada a los mares de Inglaterra y Vizcaya, pues habiendo anunciado próxima la vista del cabo de Finisterre, del cual se creían todos a 120 leguas de distancia, se vió cumplido puntualmente el pronóstico de Mazarredo a las ocho de la mañana del día 27 de agosto. Al fin de esta campaña, que terminó con la paz de 1783, fué ascendido a jefe de escuadra.

Su descanso fué promover con aplicación constante los estudios náuticos. Ya capitán comandante de las tres compañías de guardias marinas, formó el plan de un curso de estudios en academias, para que un competente número de oficiales de cada departamento aprovechase el tiempo de paz en adquirir los conocimientos más sublimes de su profesión. Ningún ramo de la marina militar se ocultó a su inteligencia y a su celo. Ya en 1783 había informado sobre la construcción de buques, dando la preferencia al plan que se siguió en la fábrica del «San Ildefonso» sobre otros dos que se presentaron. Construído éste navío, se encargó a Mazarredo que lo probase en el Mediterráneo con otro navío y dos fragatas nuevas en el verano de 1785, y las prue-

bas prácticas correspondieron al juicio que desde el principio había formado. Entonces fué cuando se le dió la primer comisión diplomática, encargándole la negociación de paz con la regencia de Argel.

Promovido en 1789 a teniente general, concluyó las ordenanzas de marina, que se le habían encargado de real orden, cuyo trabajo le ocupó siete años. Oía además el ministerio su dictamen sobre todos los negocios arduos de marina para el acierto de sus resoluciones. Declarada la guerra a la Francia revolucionaria en 1795, pasó a Cádiz a mandar una división, que debía unirse a la escuadra del señor Lángara en el mediterráneo, cuyo mando recayó después en el mismo Mazarredo; pero mudado el ministerio, viendo desatendidas sus repetidas y enérgicas representaciones sobre el mal estado de la escuadra y la necesidad de reponerla, hizo remisión del mando, y atribuyéndosele a delito el no querer comprometer su gloria bajo el gobierno inepto y negligente de un privado, se aceptó su dimisión y se le destinó al Ferrol, con prohibición de entrar en la corte. Lágrimas de sangre costó a España esta separación; pues terminada la guerra de Francia, la primera operación de la que se declaró a la Inglaterra poco después, fué el desastroso combate dado sobre el cabo de San Vicente en 14 de febrero de 1797 entre las escuadras española e inglesa. El éxito desgraciado de este combate proporcionó a Mazarredo una solemne reparación de tan injusto desaire. Mandósele volver a Cádiz, reorganizar los restos de la escuadra y liberrar aquella rica población de la ruina que la amenazaba si los ingleses intentaban un bombardeo. Su actividad lo facilitó todo; en menos de dos meses puso en ejercicio las fuerzas sutiles necesarias para rechazar las tentativas del enemigo, como lo consiguió en las noches del 3 y 5 de julio, habilitó la escuadra, haciéndola respetable a los ingleses, y en febrero de 1798 salió repentinamente a sorprender una división enemiga de 11 navíos que cruzaba delante de Cá-

diz. Un temporal del SE. que sobrevino, frustró su designio, y previendo que la escuadra del almirante Jervis, que estaba en Lisboa, vendría contra él con fuerzas superiores, determinó mantenerse cerca de la costa, entre Ayamonte y Sanlúcar, hasta que abonanzando el tiempo fondeó en la bahía de Cádiz, cuando poco tiempo después aparecieron los enemigos con fuerzas superiores.

Entretanto había sido nombrado capitán general del departamento de Cádiz, y desde luego propuso al gobierno se trasladasen al observatorio astronómico de la isla de León (erigido antes a propuesta suya) los instrumentos del antiguo de Cádiz y los oficiales destinados a la redacción de las efemérides, agregándose además a este establecimiento dos obradores de relojes marinos y uno de instrumentos a cargo de artistas que, a petición suya, habían sido enviados a instruirse con los mejores maestros ingleses y franceses.

En 1799 condujo su escuadra desde Cádiz a Brest, y dejándola allí al mando interino de don Federico Gravina, pasó a París para concertar con el gobierno directorial las operaciones marítimas, a cuyo efecto se le revistió con el carácter de embajador plenipotenciario. La llegada de Napoleón y la revolución que le colocó en el consulado, hicieron que Mazarredo tuviese que entenderse con él. Viéronse entonces luchar diplomáticamente el candor con la astucia, la verdad con la ficción, la franqueza con el disimulo, y los intereses de España sacrificados a la ambición de un aventurero, que aspiraba al mando universal. La oposición firme y vigorosa de Mazarredo a los planes que le presentaba Bonaparte para disponer arbitrariamente de las fuerzas marítimas de España, disgustó a éste en términos que la corte de Madrid, ya sometida a la de París, llamó a Mazarredo en 9 de febrero de 1801 a su departamento de Cádiz. Disgustado allí al ver los apuros y necesidades que no podía remediar ni con su autoridad, ni con sus vigorosas reclamaciones al gobierno,

solicitó su retiro, que obtuvo en setiembre de 1801, para establecerse en Bilbao. En agosto de 1804 ocurrió en esta villa una de aquellas conmociones que suele causar la rivalidad del poder y de los intereses, y aunque Mazarredo no tuvo más parte que la de impedir los funestos efectos del furor momentáneo, sin embargo, su conducta fué mal pintada en la corte y se le mandó salir de las provincias vascogadas de un modo poco correspondiente a su edad, a sus servicios y a sus méritos. Sufrió con magnanimidad este destierro por espacio de tres años, ya en Santoña, ya en Pamplona, hasta que en 1807 se le permitió volver a su anterior asilo, donde le halló la revolución de 1808 dedicado al ejercicio de las virtudes privadas.

Nada diremos de los últimos años de su vida. Bonaparte, que conocía su mérito y el justo concepto que gozaba en España, lo atrajo y empeñó en su partido, llamándole a Bayona; y Mazarredo creyó, como otros, que debía ceder a una necesidad inevitable. En esta situación y en medio de su compromiso personal, desplegó su carácter benéfico para aliviar la suerte de algunos pueblos y de muchísimas personas; y en tales circunstancias le sobrevino un ataque de gota que le privó de la vida en Madrid a 29 de julio de 1812.

En prueba de su amor a los conocimientos útiles y de su celo en fomentarlos, añadiremos que cuando en sus viajes y destierros atravesaba de un extremo a otro de España, iba observando en todos los lugares de la carretera su respectiva situación geográfica, y en los pueblos de su permanencia cuantos fenómenos celestes ocurrían. En Madrid hizo repetidísimas observaciones para fijar su latitud y longitud; en Santoña observó en 20 de marzo de 1805 la ocultación de Antares por la luna, cuyo fenómeno tuvo correspondiente en Cádiz, y así en otras partes, como lo expresa don Isidoro Antillón en el prólogo a los *Elementos de la geografía de España y Portugal* que publicó en 1808. «Pero a

»nadie (dice en la pág. XXXI) debe más la geografía astronómica del interior de España, que al Excmo. Sr. D. José de Mazarredo. Con un quintante o sextante de reflexión y horizonte artificial de azogue, y por alturas meridianas de Sol, Luna, Júpiter, Marte y algunas estrellas ha determinado la latitud geográfica de Alcalá de Henares, de los pueblos del camino de Murcia al Ferrol, de varios pueblos del de Madrid a Bilbao por Somosierra, de algunos de la carretera de Andalucía y de otros muchos en Navarra, provincias vascongadas y costa cantábrica, entre los cuales se cuentan Pamploña, Roncesvalles, Irún, Vergara, los Pasajes, Bilbao, Portugalete y Marrón, en la ría de Limpias y Colindres. Débesele además la longitud de Pamploña, deducida del ecilipse de sol de 1803, que observó en aquella ciudad. Estos trabajos, ejecutados la mayor parte en viajes de tránsito accidental desde 1792 hasta 1806, reunidos con tantos otros como le debe nuestra hidrografía, dan con justicia al señor Mazarredo una gloria eterna en los anales de la ilustración de la patria.» El señor Antillón encarece además la generosidad y galantería con que aquel sabio general y el capitán de navío don Juan Francisco Aguirre se prestaron a comunicarle cuantas observaciones habían hecho, y no se habían publicado, para dar mayor perfección a sus *Elementos de geografía*.

Todo esto demuestra que la historia del general Mazarredo está íntimamente unida con la de la marina española durante los últimos cuarenta años de su vida. Pocos han hecho aplicaciones más útiles de los conocimientos astronómicos a la náutica y a la dirección de las grandes escuadras en la mar. Débele, sin duda, la Marina española la formación de los más excelentes oficiales que tuvo entonces, los cuales le amaban y respetaban como a su padre y su maestro; la mejora de sus estudios, prácticas e instrumentos, y los progresos de la hidrografía, de la construcción naval y de la policía de los buques.

Débele su patria la conservación de un ejército, de tres escuadras y, en parte, la superioridad marítima en la guerra de 1779 a 1783, y la habilitación de las reliquias de su gloria en la de fines del siglo pasado. La humanidad perdió en él un corazón dulce, candoroso y benéfico; la marina, el genio que más la ha ilustrado en estos últimos tiempos, y la nación un hombre veraz, activo y celoso, que sabía decir al gobierno la verdad *toda entera*, sin disimulos ni reticencias.

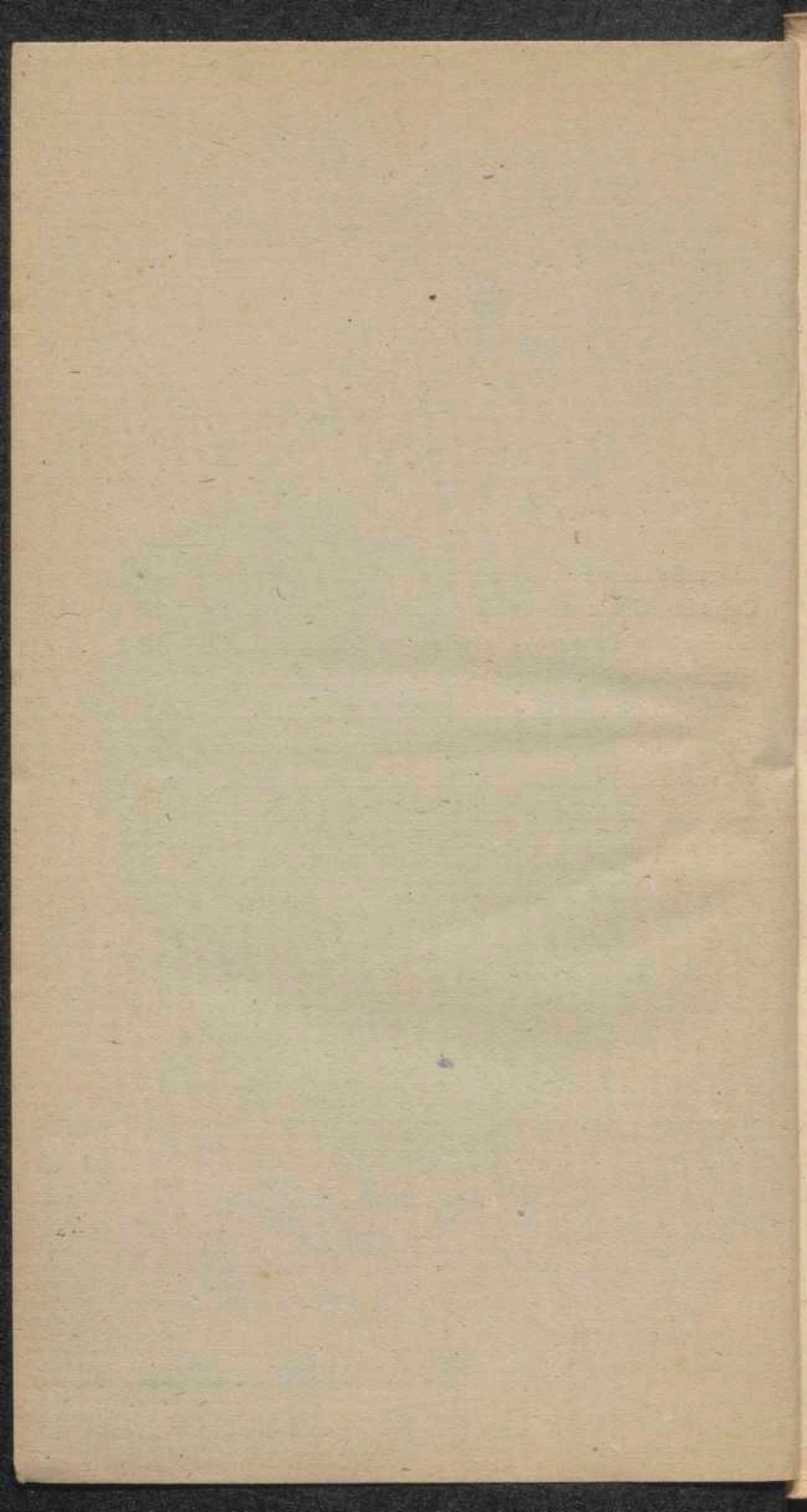


INDICE

	<u>Páginas.</u>
Biografía del autor	5
Capitán Alonso de Ojeda	27
Adelantado Pascual de Andagoya	45
Hernando de Magallanes	49
Alonso de Santa Cruz	93
Don Alvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz	113
Don Blas de Lezo	159
Don José de Mazarredo	173



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA



Reg. n.º 2077

cl. A-4

Est-1

Distribuidor: E. MASIA ALONSO
Zorrilla, 23. - Madrid

COLECCIÓN CÍSHEROS

Precio de la colección: 600 ptas. Tomo suelto: 8 ptas



M. Fer-
ández
Yava-
rete

Marinas
descubri-
dores



929
FER